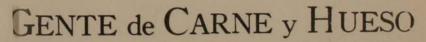
GENTE DE CARNE Y HUESO

ALFONSO ALCALDE





© ALFONSO ALCALDE, 1971 INSCRIPCION Nº 39.345

EDITORES: EDICIONES VALORES LITERARIOS LTDA.

IMPRESO EN EDITORIAL UNIVERSITARIA

PRIMERA EDICION

TIRAJE: 20.000 EJEMPLARES

DISEÑO DE LA PORTADA: LUIS RUIZ-TAGLE P.

colección VALORES LITERARIOS

GENTE de CARNE y HUESO

ALFONSO ALCALDE

BIOGRAFIAS / SANTIAGO - CHILE / AGOSTO 1971

INDICE

PABLO NERUDA .										13
ERICH SEGAL										20
VIOLETA PARRA .										29
BRIGITTE BARDOT										38
OSWALDO GUAYASAM	IN					10				44
ALEJANDRO LIPSCHU	TZ									48
CASSIUS CLAY							4			55
TOM JONES										62
FEDERICO FELLINI										68
MAO TSE-TUNG		(6)								76
ARISTOTELES ONASS	IS									80
RICHARD NIXON .										84
CARLOS DROGUETT					. 1					89
GODFREY STEVENS.										98
SOFIA LOREN										102
LENIN										107
YURI GAGARIN										114
CHARLES CHAPLIN										119
CHRISTIAN BARNARD										124
JOAN BAEZ										129
PELE						1				138
PABLO PICASSO										
AGUSTIN LARA										
RAQUEL WELCH .										158
EUGENIO IONESCO.										165
NEIL A. ARMSTRONG				1.3						174

PABLO NERUDA

"A mi también me hicieron de greda, pero no con tanta gracia", se autorretrató alabando el barro popular, tal vez haciendo referencia a su rostro de mascarón de proa sostenido por dos párpados que caen sin premura. Alto y pausado en el decir, da la impresión que a cada momento estuviera inventando el mundo. Una vez observando a un anciano curvado por los años le oí decir: "Fíjate, ha iniciado el camino del regreso como si su cabeza fuera la primera en tocar la tierra". Invadido para siempre por la lluvia del sur, parece en realidad inclasificable. Se salta los casilleros, los límites naturales de la poesía y de la prosa. Sería necesario registrar otros diccionarios, suspicacias, conveniencias y claves para nadar libremente en su océano, en su abismo o bien en el Mar de la Tranquilidad de sus últimos escritos. Tuvo una infancia pobre y solita-

ria con el pitazo de los trenes escarbando la humedad y su adolescencia. Sintió sorpresa por los insectos y la riqueza que acumula el fondo de los bosques con el peso de los años. Después siguió observando el caos del mundo, las guerras, las victorias, la posibilidad de que el hombre recoja sus mejores dones en esta tierra.

BAUTIZO Y ESTUDIOS

Su madre Rosa Neftalí Basoalto murió a los 45 días de haberlo dado a luz. Su padre, José del Carmen Reyes, conductor de trenes, casó entonces en Parral —donde nació Pablo— con la profesora Trinidad Candia Marverde. Nada más conveniente que llamarlo "El Canilla" cuando se paseaba delgado y huesoso. Al cumplir 65 años, evocó sus recuerdos de Temuco: "De ese paisaje quedó impregnada mi poesía. El mar, las montañas y los ríos de aquella región se me quedaron enmarañados en el alma. Sigue lloviendo dentro de mí...".

La familia hace un esfuerzo y lo envía a Santiago para que estudie Pedagogía en francés. Fracasa. Su padre le suspende la mesada. Anota: "No estoy en edad de no comer todos los días", evocando los días sin esperanza de la pensión de la calle Maruri. Don José del Carmen Reyes no cede, pero detrás del escenario aparece la dulzura y complicidad de su madrastra que el poeta bautizara como ma-madre en un elogio de deslumbrante ternura. Ella parecía un ángel con ocho alas que estimulaba y sobre todo, comprendía.

LECTURAS Y DESTINO

Entonces lee como un condenado y se enferma a cada momento. La Federación de Estudiantes edita su poema "La canción de la fiesta", presagio de avalancha y de inconmensurables diluvios: "Hoy que la tierra madura se cimbra/ en un temblor polvoroso y violento/ van nuestras jóvenes almas henchidas/ como las velas de un barco en el viento...".

A los 19 publica su primer libro Crepusculario y un año más tarde Veinte poemas de amor y una canción desesperada, una biblia amorosa que sigue recorriendo el corazón de los jóvenes de todas las latitudes. De este momento diría: "Allí también (en Puerto Saavedra) me sorprendieron los ojos negros y repentinos de María Parodi. Cambiábamos papelitos muy doblados para que desaparecieran en la mano. Más tarde escribí para ella el Número Diecinueve de mis Veinte Poemas. Puerto Saavedra está también en todo el resto de ese libro, con sus muelles, sus pinos y su inagotable aleteo de gaviotas."

A los 23 años, Neruda es nombrado cónsul honorario en Rangún, Birmania, y luego seguiría caminando hasta los 27 por Colombo, Batavia y Singapur. Epoca difícil y desafiante donde se enfrentó consigo mismo semidestruido por el desorden interior, por porfiados fuegos durables, por un mundo agobiante y resquebrajado que hierve dentro del misterio y la negación de la luz. Recuerda: "El quehacer llegaba una sola vez cada tres meses, al arribo de un barco de Calcuta que transportaba parafina sólida y grandes cajas de té para Chile. Afiebradamente debía timbrar y firmar documentos. Luego, otros tres meses de

inacción, de observación solitaria de mercados y templos. Esta es la época más dolorosa de mi poesía."

AMOR Y ANGUSTIA

Cercado por el misterio del ambiente, conoce entonces a Jossie Bliss, una mujer nativa y celosa que custodia su amor y dispuesta a defenderlo: "A veces, de noche, me despertaba la luz encendida y creía ver una aparición detrás de un mosquitero. Era ella, apenas vestida de blanco, blandiendo su largo cuchillo indígena, afilado como una navaja de afeitar, paseando por horas alrededor de mi cama sin decidirse a matarme." Neruda huye entonces a Rangún y escribe uno de sus poemas más enigmáticos y hermosos: "Tango del viudo": "Oh maligna, ya habrás hallado la carta...".

Los viajes se suceden, los hechos se precipitan. En 1930 conoce en Batavia a María Antonieta Haagenar Vogelranz con quien se casa. Era rubia, alta y de ojos claros. Fue la madre de su única hija: Malva Marina Trinidad que muere a temprana edad. En uno de sus poemas hace una ligera referencia —la única en toda su obra— a este momento: "Para qué me casé en Batavia? Fui caballero sin castillo/ improcedente viajero/ persona sin ropa y sin oro/." En 1934 conoce en Madrid a Delia del Carril. En 1943 se casa con ella en México. La guerra civil española lo envuelve para inspirar uno de sus libros más iracundos España en el corazón. Los poemas nacen aureolados por una serie de acontecimientos recordados más tarde por Manuel Altolaguirre: "El día que se fabricó el papel del libro de Pablo fueron soldados los que traba-

jaron en el molino. No sólo se utilizaron las materias primas (algodón y trapos) que facilitó el Comisariado, sino que los soldados echaron en la pasta ropas y vendajes, trofeos de guerra, una bandera enemiga y la camisa de un prisionero moro." En 1937 Neruda regresa a Chile, para iniciar un intenso trajín por América que se prolonga diez años. Se incorpora al Partido Comunista y es elegido senador. El Gobierno de Gabriel González Videla lo desafuera y persigue. Debe dejar Chile por una garganta cordillerana después de vivir una odisea, saltando de casa y casa, protegido por manos anónimas, viajando de una provincia a otra, escribiendo El Canto General, su obra de mayor registro, la sinfonía chilena que parece escrita con la destreza natural de un río que no llega nunca a su destino.

Neruda conoce a Matilde Urrutia que le inspira verdaderas olas de poesía amorosa. En su libro Arte de Pájaros le inventa el nombre científico de Matildina Silvestre y le promete: "De todas las cosas que he visto/ a ti quiero seguirte viendo/, de todo lo que he tocado/, sólo tu piel quiero seguir tocando/.

HIMNO Y REGRESO

Durante varios lustros, Neruda entra en contacto con lo más representativo de la inteligencia universal. Tiene un poder magnético para hacer amigos y los agrupa en todas las ciudades del mundo. Gusta también de oficiar de casamentero, de travieso Cupido y los matrimonios perdurables inspirados por Neruda no son escasos. Tiene excelente sentido del humor. Ama el misterio de las cocinerías populares y elaboradas. Y ha coleccionado tantos

objetos como para inaugurar el séptimo día, el mayor Mercado de las Pulgas: desde caracolas hasta mascarones, botellas insólitas, toda la colección de barcos navegantes en la botella de nuestro Carlos Hollander, libros incunables, sorpresas del mar y poco menos que del cielo. Todo lo ha ido regalando en sus generosos testamentos. Con el correr de los años su obra sigue creciendo con límites muy singulares. Se calculan hasta el momento quinientas ediciones en 27 lenguas destacando su obra como una de las más sólidas y portentosas de la historia de la poesía. Por encima de recetas, teorías y conceptos, Neruda, como lo anticipara García Lorca, es un poeta que escribe porfiadamente como la gota que rompe la roca. Al aire libre, en su casa de Isla Negra, o en su mesa de trabajo que domina el océano, el amor y la muerte han desfilado como el más completo inventario de los sentimientos de la criatura humana y peces, auroras, trigos reconocibles, etapas duras y renovadas de su condición de poeta. Todo motivado por una clara conciencia del mundo que lo rodea y su obligación de alterarlo, de modificarlo y recrearlo. Escucha, sosteniendo la cabeza. Narra como un maestro del suspenso, con pausas precisas. Sus competencias con el pintor Julio Escámez son verdaderos desafíos. Un día contó que al cruzar la Cordillera disfrazado de "dueño de aserradero", erró el contacto en Mendoza. El y sus acompañantes fueron atendidos por un oficial del Ejército argentino. El militar los invitó a comer y a la hora de los postres recitó su "Poema Veinte". ¿Ustedes deben conocer, le preguntó al Neruda barbudo, que permanecía enterrado en su asiento, a ese gran poeta chileno?

HOY, MAÑANA . . .

Existen mil caminos para llegar al fondo de este poeta abriéndose y cerrándose como una caja de sorpresas. Calles, rostros, atmósferas, sucesos parecen anudados a su mano y su memoria. Es buena parte de la historia de medio siglo. Es la versión de un testigo que inundó la imaginación de todas las latitudes, rompiendo muros arcaicos, inventando otras voces, las sonoridades del alma, el corazón y los huesos de los pueblos. Siempre llevando en la memoria el asalto de los recuerdos del sur de sus orígenes: "Entre Parral y la Frontera, entre las madreselvas y la desembocadura, yo fui un testigo remoto, tímido y solitario pegado a la pared como los liquenes."

ERICH SEGAL

Los que estudiante el mercado literario y cinematográfico llegaron a la siguiente conclusión: está agotada la fabulosa veta del desnudo y el sexo para seguirlo explotando industrialmente. Se saturó la imaginación de lectores y espectadores. Y surgió la gran pregunta: ¿Y ahora qué hacemos? En la práctica, un atlético profesor universitario de treinta y tres años dio en el clavo. Regresar al pasado con heroínas pálidas y románticas, estrujar el viejo limón del melodrama, exprimir las lágrimas con la autoridad de Delly y hasta con la habilidad de Corin Tellado. Dividir otra vez el mundo entre buenos y malos y luego, en medio del escenario, lanzar las criaturas a vivir su propia aventura. Habrá un padre poderoso y frío y una hija que se enamora del desheredado que estaría dispuesto a casarse hasta con separación de bienes. La intriga

permitirá la incorporación de un medio hostil, martirizante. Basta con batir la fórmula y luego poner el pastel al horno cuidando que el guiso no se queme en la puerta. Así surgió —pero con mucho talento— Love Story de Erich Segal, un folletín cebollento que de paso aumentó la producción de pañuelos - sábanas en el mundo entero. En Estados Unidos a la luz de sus inevitables encuestas, cincuenta millones de norteamericanos rociaron las ciento noventa páginas de la novela entre pucheros y muecas de dolor bastante convincentes.

¡OH CUPIDO!

El amor tan vapuleado y desnudado y manoseado entra de nuevo en un cauce alimentado por la memoria de Romeo y Julieta. El galán no exige pruebas de amor, sino que estimula los resortes del sentimiento y de paso atisba que en este mundo, el que sabe, sabe. Es decir, confronta al monstruo de siete cabezas y acepta someterse a sus caprichos. Todo a la manera americana de vivir. En la cúspide está el éxito; es decir, la suma de autos, refrigeradores, cuentas bancarias, la selva incruenta de las comodidades, De paso, en un plano de infidencia, el galán podría decir a qué precio las conquistó, si es que ese es el término más justo. Es la consagración de los valores tradicionales. El sometimiento a la obediencia en los jóvenes, es decir, entrar en las leyes del juego dócil y acomodaticio. Es el éxito fundamental sobre el dinero y por el dinero saludando la promoción social y sálvese quién pueda. El resto bien podria ser considerado como un exceso revolucionario y ramplón. Por eso Segal, que es un intelectual progresista y con la cabeza metida en el centro del mundo, se asombra de su propia hazaña. No en vano está contra la guerra del Vietnam y apela para que desaparezcan las fronteras entre blancos y negros. Copio lo que le dijo a un corresponsal de L'Express: "Cuando llegan a Washington doscientos mil jóvenes protestando contra la guerra del Vietnam y el Presidente Nixon no quiere recibirlos, comete una falta de suma gravedad-".

Este hombre melenudo y pacírico, de color pálido y un tanto aburrido de todo, recuerda una juventud limitada y triste. Por algo se recibió de profesor de latín y griego. Cuando ejerce en la Universidad de Yale sus alumnos aceptan la idea de que es una especie de volcán, un motivador con causa que es capaz de engendrar las peores catástrofes espirituales. Vive en constante desafío con su medio y con la juventud que lo admira porque ha captado la frustración y la tempestad que afecta a sus discípulos.

ES EL MIEDO

Hay un sector, afirma Segal, que calla y es el que tiene miedo, el que no se compromete. Por eso auspicia el diálogo como una solución abierta para resolver los conflictos de hoy. Dice: "Vivimos en un medio tan exacerbado que, si no ponemos remedio, terminaremos en una paranoia generalizada. "Pero en su obra que le ha permitido recibir hasta diez mil cartas diarias, el tema aparece como soslayado bajo uno de sus lemas más característicos: "El verdadero sentido de la vida no es hacer lo que uno quiere. sino querer lo que uno hace." Tal vez en el problema de la alienación y de las gestaciones fallidas, es donde mejor

se desenvuelve siempre en el plano de la teoría. En la práctica y volviendo a "Love Story" preriere no meterse en honduras y cuando llega donde los caminos se bifurcan, sin duda que tomará el sendero más fácil, el más trivial, el más acomodaticio, el que rinde dividendos en menos tiempo. De paso se proclamará como ardiente seguidor de la política de John Kennedy en los momentos de firmar los registros del partido demócrata; luego se incorporará al cine con un argumento extraordinario. Con "El Submarino Amarillo" muestra los puntos que calza y señala una faceta audaz y diferente de Los Beatles. Cuando el Presidente Nixon lo recibe en la Casa Blanca no puede evitar hacerle una pregunta de rigor: -; Para Ud., señor Segal, qué es lo más bello que existe en el mundo? Respuesta: "La paz, señor Nixon, la paz". Casi surge un "plop" como en las historietas cómicas.

Los industriales del cine no pueden ocultar su delirio. Al borde de la bancarrota comprueban que "Love Story" recupera en sólo tres días de exhibiciones la totalidad del capital invertido. Los comerciantes lanzados por la pendiente del desnudo total con agregados se vieron en la necesidad de aplicar frenos de aire. El argumento de Segal se convirtió en un antídoto del sexo.

ESCAPE TOTAL

La presentación del libro no mueve a engaño: "El es rico. Ella es pobre. También eran muy diferentes en sus gustos, en su forma de encarar la vida. Sin embargo, se enamoraron, se casaron. Lo que aquí se cuenta no es nuevo, pero sí tierno, triste a veces, y sentimental en una

manera muy actual y sofisticada, con un soplo de cosas maravillosas, tal como debe suceder en todas las historietas de amor."

La historia del libro se inicia en un verano. Segal escribió un guión cinematográfico pero no pasó más allá de las antesalas en los estudios en que lo ofreció. Entonces convirtió el argumento en novela. Dos años más tarde los mismos ejecutivos que habían rechazado su trabajo le llegaron a ofrecer por él la fantástica suma de un millón de de dólares. Los dos protagonistas Jenny y Oliver (interpretados en el cine por Ali Macgraw y Ryan O'Neal) tienen asidero real. Ella es ahora una robusta matrona, madre de tres hijos. Pero hace diez años despertó insólitas pasiones y el propio Segal parece haber caído en sus trampas. Confesó el autor: "A ella la he creado de nuevo, palabra por palabra." En cuanto a Oliver se trata de un excelente jugador de rugby, de apariencia brutal pero que esconde una colección de sutilezas; era un característico "tough guy", un tipo de acero, hijo de un industrial sumamente rico. En todo caso Segal lo adobó a su manera, quitándole todo síntoma de rebeldía contra el medio. La protesta que propone es contra él mismo, a favor de sus metas y de objetivos concretos, entre los cuales se encuentra el amor. Por eso cuando la heroína pierde la vida, su desamparo tiene mucho de fatalidad. Parece una auténtica trampa del destino y de la sinrazón. Nadie tiene la culpa de todo y por eso se abren múltiples posibilidades para la interpretación de la novela. Por eso también las reconciliaciones están a la orden del día y los que creen que este mundo camina patas para arriba deben ser archivados en el catálogo de los hippies sin destino. Con Oliver no hay dónde equivocarse

aunque su bandera de lucha sean valores tan auténticos como la honradez y la verdad. Casi con los mismos buenos auspicios que enumeran las sociedades de beneficencia en los monolitos a la entrada de las ciudades. Segal agrega otro condimento: la franqueza como el vínculo fundamentatl para establecer una verdadera relación amorosa.

LLOREMOS, POR FAVOR

Un crítico norteamericano anotó: "Es una historia que pasa de largo por el cerebro y asalta el órgano lagrimal." El desenfado del diálogo como que avispa los sentidos. Por momentos la historia parece regirse por las recetas de los cuentos de relleno de las revistas de moda: -Te van a poner un huevo, Oliver. -Te estoy mirando estudiar. -Mentiroso, me estás mirando las piernas. -Sólo de vez en cuando, una sola vez por capítulo." Después se enhebran los garabatos, las chorezas del lenguaje a nivel universitario, la facilidad para que fluya la vida sin literatura, casi bajo el patrimonio de alguna historieta en boga. Por de pronto, él mismo acepta la idea de que su novela, (escrita para demostrar que al margen de su auténtica devoción por Eurípides también estaba en contacto con la vida), es una auténtica fuente de sollozos, de por mayor. Como descargo Segal habla de su capacidad para correr catorce kilómetros diarios y auspiciar la salud más amplia para la mente y el cuerpo. "No vivo enfrascado en un laboratorio", dice cuando le recuerdan que también es un célebre maestro de latín. Hace dos años participó en la maratón de Boston y recorrió 42 kilómetros en un tiempo prudente. Tiene un físico relativamente esmirriado, de an-

chos hombros y se mantiene en estrenamiento constante. Entre sus trofeos guarda el que le recuerda su triunfo en la maratón de Washington que se corre sobre una distancia de cincuenta kilómetros. El hecho es de por sí curioso y único en el caso de la literatura. Es casi natural que novela y deporte se opongan como por derecho propio. ¿Qué le ocurre mientras corre? -le preguntaron. Respuesta: "Me relajo, me siento feliz, se me olvidan todos los problemas". Muchas veces ha invitado a sus amigos a conversar mientras recorrían largos kilómetros. No siempre sus acompañantes pueden seguir su diálogo y alcanzar la meta. En sus cursos de literatura griega y latina figuran inscritos trescientos alumnos, un porcentaje bastante elevado para la Universidad de Yale: "Es natural que los muchachos se sientan atraídos por mi obra y tal vez por el éxito transitorio de mi obra, pero detesto ser un hombre espectáculo."

VENDER LAGRIMAS

La crítica insiste en descubrir el esqueleto de "Love Story" mientras Segal sonríe: "Me han dicho hasta mercader de lágrimas —dice con fastidio. Un reportero le preguntó: "Y usted que parece tan experto en el amor, ¿por qué no se ha casado? El escritor lo miró con detención: "Si usted es casado y feliz ¿por qué no me da su fórmula por favor." Segal es una rara mezcla de hombre lúcido, pleno de responsabilidades sociales, ahito de textos clásicos, un irreverente y hasta un decepcionado. No oculta su fobia por los políticos y su desencanto por la misma juventud "que en el último tiempo parece estar traumatizada después de los sucesos de Kent" (Se refiere a una

batida policial en que perdieron la vida cuatro universitarios). Considera que sus nuevos objetivos son la apatía y hasta la indiferencia. Le consultaron: "Como se explica que los "Panteras Negras" consideren poco menos que "Love Story" como la Biblia. Respuesta: "Demuestra que cada ser humano debajo de la piel, esconde un corazón blando."

ALUMNOS JUECES

Segan acepta que no tiene condiciones de profesor. Me cuesta un mundo hablar en público, confiesa. Llego temblando a las aulas —agrega—; se me crean múltiples problemas de conciencia frente a los muchachos. Tengo la idea que ellos siempre tienen la razón. En una oportunidad una de sus alumnas, vistiendo una tenida hippie, lo invitó a su casa. Al llegar, le mostró el jardín con esta confidencia: "Estas flores que usted ve se llaman Jenny en honor de la heroína de su novela."

Es probable que por fin, la literatura no sea el mejor camino para Segal. Sus canciones continúan ganando popularidad mientras los cronistas deportivos no descarten la posibilidad de que pueda superar alguna marca en su especialidad: salto alto y cien metros planos. Hombre clave para conocer los entretelones de la vida universitaria, Segal usa un lenguaje que pareciera nacer dentro de otro. Es más suelto, natural y fresco. Concluye: "Los jóvenes de hoy quieren cambiar la sociedad de un solo golpe. Esperan casi un milagro. Creen que los bienes de consumo deben ser de todos y para todos, pero muy pronto descubren que colocan sus sueños en el pedestal de una quimera.

En todo caso no he querido escribir un libro sobre la crisis social de Estados Unidos."

Segal hace descansar el destino de la juventud en el amor. Todo converge hacia un fin y sus protagonistas no sólo desafían la muerte y hasta por último la aceptan, sino que revalorizan un concepto que parecía caduco. Es un hecho, al tenor de las declaraciones del director de la película basada en la novela -Arthur Hiller- que después de su versión fílmica se iniciara una nueva etapa de "gente vestida". Lo avaló también en este sentido Robert Evans, gerente de una empresa productora al confirmar: "Ahí están todas las industrias desorientadas, con millones de dólares invertidos para hacer películas pornográficas, al estilo de "Barbarella" o "La máquina del amor" cuando por insistencia el sexo en las películas se vuelve aburrido." El fenómeno Segal irrumpe con una fuerza poderosa y controvertida. Por una parte, desencadena la más impresionante maratón de lágrimas de los últimos años y por otra da la impresión de aceptar la idea que Romeo y Julieta podrían vivir de nuevo en este valle de lágrimas, pese a los peligros y los obstáculos naturales de la sociedad de consumo.

VIOLETA PARRA

"La vimos pasar a nuestro lado y no la comprendimos", confesó uno de sus arrepentidos. No es el único en esta hora del culto de la animita. Cuando se perforó la sien aquel crepúsculo del 5 de febrero de 1967 estaba sola y desesperada. Después de su muerte, su gloria comenzó a crecer como el "musgito en la hierba", con una fuerza inexorable. La aparición de sus "Décimas" la sigue rescatando del olvido. Hoy hay que intrusear en su vida, escarbarla profundamente, darle varias vueltas en su tumba, interrogar sus huesos y decir que estamos arrepentidos. Por eso nos golpeamos el pecho y nuestra conciencia. El pintor Martínez Bonatti en un justificable gesto expiatorio afirma: "Fallamos como seres humanos. Cuando hace años, los tapices de Violeta Parra colgaban en la Feria de Artes Plásticas, nosotros pasamos de largo y no fuimos

capaces de participar, de querer tener esas cosas. Ahora todos queremos tener un tapiz de Violeta Parra." Resulta inevitable reunirla con Crispulo Gándara, ese otro olvidado y marginado. Los dos tienen una raíz común: la fuerza para expresarse contra todo tipo de calamidades incluyendo a los doctos, los inútiles, los burócratas. Cada uno usa la guitarra como una herramienta. Don Críspulo aparece como más ingenuo mientras Violeta se carga de mortificaciones. Don Críspulo casi saborea la carcajada en esbozo. Violeta se carga de tintas más amargas. Pero los dos viven y mueren como una raíz común: su afán por calar en profundidad el sentimiento popular con una dignidad que asombra. Ninguno de los dos reunió un centavo sino para parar la olla y seguir viviendo. Cuando tuvieron algo de dinero lo gastaron a manos llenas. Cuando faltó, vivieron su hambre en silencio, sin darle mayor importancia.

MAÑANA ES OTRO DIA

Don Críspulo se cierra en un ámbito más contidiano. Violeta deja el país, recorre el mundo; lleva a Chile en el alma y en las venas. Es más fácil sentir a don Críspulo como vecino aunque Violeta está en el centro de nuestra propia casa y en lo más profundo de nuestro corazón. He preguntado si se conocieron, me dicen que parece que no. En cambio, la amistad de Violeta con Pablo de Rokha le resultó más fácil. El energúmeno mayor, se volvía casi niño pleno de curioso respeto y cuando chocaban los va-

sos todos veían saltar las chispas. En la casa de Daniel Belmar los dos se apoyaban en la hora solemne de la tarde, con su destino a cuestas, con sus angustias, con sus dolores, con su afán de descubrir Chile en una sola vida. Y por eso les faltó tiempo. No a don Críspulo que vivió agradeciendo los últimos años que fueron como un regalo. En cambio, Violeta se despidió antes, desapareció del escenario protestando, rugiendo, maldiciendo a su manera. Por eso ahora la cultivamos, la rescatamos y deseamos que camine de nuevo. Así le pasará algún día a don Críspulo. Fue tan modesto, tan segundo plano, que lo único que guardó de sus correrías fue su guitarra. Nada de recuerdos vanos. Los dos fueron desdichados en el amor, pero tuvieron también sus recompensas. Violeta se casa en 1938 con un obrero ferroviario; Luis Cereceda. Nacen Isabel y Angel. Don Críspulo fue discreto y buscó la felicidad en dos oportunidad. Se rió bastante del amor como de las grandezas y bajezas de la vida. Violeta militó en la pobreza mucho tiempo. Aparece en Santiago viviendo en una pieza de madera. En plena madurez se despojó de las pequeñas comodidades que había conquistado a lo largo de la existencia. Le gustaba tocar la tierra con los pies y abominó de todo lo superficial y lo que consideraba innecesario. De ahí su cama y algunas sillas. Coincide con Pablo de Rokha que exige limpiar su vida de muebles y aparejos. Todo cuanto lo rodea el día de su suicidio es una cama alta de fierro que le había obsequiado uno de sus hijos. Su riqueza era distinta y lo único que dejaron eran lo que llevaban puesto y su obra.

FRIO Y RESISTENCIA

Contaba Violeta que llegaron a ser pobres, pero tan pobres que en las noches se tapaban con el estuche de la guitarra para reforzar las pocas frazadas. Violeta vendía sopaipillas en la puerta de su casa cuando vivió en Barrancas. Cantó en los cines de barrio y en varios circos. Pablo de Rokha viajó el país en esos interminables trenes de tercera clase. Don Críspulo se defendió como hojalatero sin que los golpes de sus ayudantes le aturdieran el oído; al contrario. Los tres salen fortalecidos con la experiencia de salir al encuentro del pueblo y luchando contra el sistema, la adversidad y medio mundo. Violeta es tramitada por los oficinistas de Santiago y los diplomáticos de París. Pablo de Rokha no tuvo editor. Don Crispulo fue un poco más afortunado en algún momento cuando sus valses recorrían Chile. Después se olvidaron de él y le fue más fácil a la muerte llegar a su lecho que la promulgación de esa ley que le otorgaba unos pesos para su dignidad de hombre viejo. Violeta se levantaba a las cuatro de la mañana. No concebía el sueño sino como una lamentable pérdida de tiempo. Pablo de Rokha comenzaba a escribir antes del alba, era un verdadero obrero de la literatura. Si se había acostado un poco eufórico, decía: "Es la única manera de quedar bien con el tonto Morales", es decir con su conciencia. Don Críspulo fue bohemio y de mucho canturreo hasta altas horas. Violeta desarma su matrimonio con el ferroviario Luis Cereceda y se casa con el carpintero Luis Arce. De este segundo matrimonio nació Carmen Luisa. Su madre, la modista Clara Sandoval, le había anticipado su destino: "Sufrirás mucho en este mundo." En

quanto a su padre, el maestro Nicanor Parra sólo le dejaría un recuerdo vago. Violeta participa en Santiago en largas tertulias de artistas. No se maquilla, Impresiona su rostro fresco y directo. Pronto sale a los caminos a buscar las canciones en su misma fuente de origen. Concluye: "Con mi voz ronca, he podido comprobar que el público de Chile sabe reconocer el esfuerzo de una persona que se ha roto el alma y ha sangrado para decir lo que tiene que decir y fundir estrechamente las almas del artista y del público en la comunión de las canciones." Es una mujer móvil por encima de todas las cosas. La acción es esencial para ella. Recorre todo el país con los conjuntos de "Chile Ríe v Canta" Al regreso de estas giras compone "Gracias a la vida", "Volver a los diecisiete" y 'Run Run se fue pal norte". Como es tan baja siempre se queda colgando cuando debe sentarse. Un admirador le lleva en Punta Arenas una silla "para que desde ahora en adelante llegue con los pies al suelo."

MUSEO POPULAR

Regresa al sur y con el auspicio de la Universidad de Concepción funda el Museo de Arte Popular. Es una época de búsqueda, difícil. Por las calles penquistas caminan los pequeños Isabel y Angel. Aquí también sus hijos estudiaron una temporada. Cuando regresa a Santiago, la invitan a animar un almuerzo al Club de La Unión. Cuando termina su actuación, uno de los anfitriones le pide que pase a la cocina "a servirse alguna cosa". Violeta tuvo uno de sus característicos arranques de ira. Vociferó como nunca, en un estallido de garabatos surtidos. Hasta se

sacó un zapato para defenderse de quienes intentaban hacerla callar. Pero la agresividad no era su mejor arma. En 1964 tomó su guitarra y partió a París en otro de sus gestos impulsivos. Arrendó una pequeña pieza y ante el pavor de los otros pasajeros iniciaba sus ensayos en plena madrugada. Después empezó a tejer tapices. Un día anunció con natural modestia que iba a exponer sus trabajos en el Museo del Louvre. Un amigo recuerda el momento de la inauguración de la muestra de sus trabajos: "Esa tarde estaba vestida con un sencillo traje negro, con el pelo suelto y la cara lavada como una campesina cualquiera de nuestra tierra. La sala estaba repleta de personalidades, coleccionistas de fama, autoridades y artistas. Sus tapices, sus pequeñas pinturas, sobre aspectos populares y unas estatuas de alambre muy interesantes, todo estaba en el imponente Pabellón de Marsan, mientras en la sala del lado se tocaban sus discos."

DON NATURAL

Jamás quiso teorizar sobre la manera de componer o cantar. Buscaba la expresión más libre, siempre que fuera auténtica. Nada de reglamentos o leyes y por eso le dijo en una oportunidad al cantante Patricio Manns: "Escribe como quieras, usa los ritmos como te salgan, prueba instrumentos diversos, siéntate en el piano, destruye la métrica, libérate, grita en vez de cantar, sopla en la guitarra y tañe la corneta. La canción es un pájaro sin plan de vuelo que jamás volará en línea recta. Odia las matemáticas y ama los remolinos." Cumplió al pie de la letra este consejo:

Me han preguntádico varias persónicas si peligrósicas para las másicas son las canciónicas agitadóricas jay! que pregúntica más infantílica sólo un pimpúflico la formulárica pa' mis adéntricos yo comentárica.

El tema de la muerte la obsesionó en algunas oportunidades, pero luego parecía resignarse a esperarla sin desesperación. En una oportunidad dijo: "Una no cree que va a morir jamás, pero está equivocada." Estando en París, Pablo de Rokha le escribió en 1964 una presentación: "La gran placenta de la tierra la está pariendo cotidianamente, como a un niño de material sangriento e irreparable, y el alma milenaria y polvorosa de todos los pueblos, calibra su vocabulario y su idioma folklórico, es decir, su estilo, como un destino estético."

Recorrió buena parte del mundo con una curiosidad inagotable. Pasó por Bolivia, Argentina, Francia, Suiza, Rusia, Finlandia, Polonia, Alemania y cuenta que en muchas oportunidades el cansancio le cerraba los ojos mientras cruzaba fronteras y gente. Después resumió impresiones, sensaciones, triunfos y fracasos. En sus tapices, creados como una necesidad para superar su íntima angustia y desesperación, concentró su inspiración más legítima.

PUBLICO CERCANO

El crítico Ricardo Bindis dijo: "La gracia de ellos está en primer lugar en su candor. Tienen ese algo fuerte que

nace de lo más profundo del ser humano, esto hace que tengan un interés mundial." En la etapa final de su existencia logró una gran síntesis en relación con su pensamiento y su actitud creadora. Confesó: "Yo creo que todo artista debe aspirar a tener como meta el fundirse, el fundir su trabajo en el contacto directo con el público. Estoy muy contenta en haber llegado a un punto de mi trabajo en que ya no quiero ni siquiera hacer tapicería ni pintura ni poesía, así, suelta. Me conformo con mantener la carpa y trabajar con elementos vivos a la vez, con el público cerquita de mí, al cual yo puedo sentir, tocar, hablar e incorporar a mi alma", cantándole:

Me gustan los estudiantes porque son la levadura del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura para la boca del pobre que come amargura. Caramba y zamba la cosa Viva la literatura.

Me gustan los estudiantes porque levantan el pecho cuando les dicen harina, sabiéndose que es afrecho, y no hacen el sordomudo cuando se presenta el hecho.

El público se aleja de la carpa. Y el que llega no es precisamente el pueblo que busca. Llegan con sus autos a divertirse y este contrasentido la tortura. En esos días le escribe largas cartas al artista Gilbert Favre, donde le confiesa sus tribulaciones: "Por suerte tengo la buena costumbre de curar yo misma mis heridas". Inventa un lenguaje especial, que es un romántico remedo de la manera de hablar de Gilbert para confesarle: "Ahora que tiene dos carpas nuevas, yo soy muy contenta y yo pin-

ta... Yo no tiene fuerzas para nada." Parece derrumbarse solitaria como nunca. Distante del amor le confiesa a un compositor: "Imagínate que yo hubiera cambiado mi modo de cantar y de decir; no pasaría de una oveja en el rebaño o de la vaca en el arreo. Si eres fuerte a la vuelta de unos pocos años todos te escucharán cantar porque se habrán convencido de que venías hecho así y que este era tu mensaje, lo que tenías que decir:

Grande es mi agotamiento mi pena y mi soledad.
Señor: ¡qué barbaridad causarme tanto tormento! "Es tuyo el atrevimiento".
Responde el cielo en su altura:—ayer quisiste aventura, hoy te vis arrepentida; mejor quédate dormida para espantar tu amargura.

Primero Pablo de Rokha en una solemne actitud cortó su vida cumpliendo su promesa de salirle al paso a la muerte cuando ésta llegara a molestarlo. Luego Violeta acortó sus días un domingo, usando la misma manera que el poeta para regresar a la tierra y ahora último don Críspulo cerró este ciclo de cantores, de chilenos furibundos que no conocieron el consuelo. Los cegó la pasión por interpretarnos, por contarnos esa vieja fábula de la existencia tan efímera, tan profunda. Nosotros hemos heredado sus voces, sus desafíos, sus dolores y esa inmensa pasión por cantar en representación de cada uno de nosotros.

BRIGITTE BARDOT

Mujer imprevisible, dijo uno de sus maridos. Es decir, inesperada, mujer-sorpresa, mujer-insatisfecha, mujer-búsqueda, mujer-conflicto, y así hasta el infinito. El problema abruma tanto a sicólogos como a los financistas franceses, porque BB produce tantas divisas como la mayor veta de riquezas galas. Su tesoro no está en la cabeza y eso no importa. Reactualizó a una Venus siglo XX con sus tradicionales y sintentizados 90-50 y 90, es decir, 90 centímetros de busto, 50 de cintura y otra vez 90 de cadera. Las medidas comenzaron a dar vuelta al mundo produciendo una avalancha de dólares, promoviendo una imagen típica de la mujer del nuevo tiempo: desprejuiciada, hermosa, libre, bastante tonta, inspirada, apasionada, buena administradora de sus bienes, inconsecuente y además tan insegura de sí misma que pronto en su bitácora anota dos

suicidios frustrados. Es una manera de caminar al filo de la navaja. Pero los dividendos son los dividendos. Cuando en uno de sus típicos períodos depresivos anuncia su alejamiento de las cámaras, el severo y adusto Charles de Gaulle convoca a su gabinete. Que el Ministro de Guerra se aleje, pues es un poco de rutina. Que el Ministro de Cultura André Malraux, uno de los hombres más lúcidos de este siglo, manifieste algún malestar, no importa. ¡Pero Brigitte! Sería como la bancarrota, Francia guarda sus dólares, atesora un juego que le permite hacer tambalear el dólar, ese dulce enemigo. De Gaulle frunce el ceño y envía una misiva secreta. Su amiga, la favorita en la pantalla en su hogar campestre, acepta el desafío. Mejor dicho el sacrificio. Retira su renuncia. Está tan sola que no tardará en insistir con otra carga de barbitúricos. Los hombres la aman demasiado. Son tantos que no puede elegir uno solo y esa es la razón sentimental de su tragedia. Brigitte, educada en un convento junto a su hermana Mijanou, hija de un próspero industrial parisino, nacida en el elegante suburbio de Passy un 28 de septiembre de 1934, tiene sus dudas cuando asoma al mundo. Ciertos valores se le dan vuelta, desde luego por rebeldía. En 1949 cuando era un adolescente bastante desabrida (confesión personal) y se consideraba fea y poco atractiva, Mark Alelgret, famoso director cinematográfico, la presenta a Roger Vadim, quien en ese momento oficiaba de "buscador de talentos", profesión bastante lucrativa en Europa. Vadim ve a la niña y se pone a soñar inventando una "vamp", pero de nuevo tipo, que arrasa con las vedettes gordas y aburridas. Este nuevo ejemplar tiene que irrumpir con una especie de gracia felina, desparpajo, insolencia, tentar a los hombres

podría ser su premisa filosófica. Los padres de Brigitte se escandalizan porque habían delineado primorosamente todo su destino casi dejándola en la antesala del altar sin ningún tipo de contratiempos. Ane-Marie, la madre, entre suspiros exclama: -"La niña salió más avispada de lo previsto."- Nadie puede detener a Vadim que la desposa en la catedral de Notre Dame en Passy. Acuden 104 fotógrafos especialmente "contratados" porque el director tiene montada su maquinaria. Las utilidades saltan a la vista casi de inmediato. BB se ve tímida como una gacela, baja los ojos al dar el primer "sí" de su vida para iniciar la serie. Los sueños de la pareja se derrumban, sin embargo. La novia después de una insegura luna de miel (perseguida por nubadas de (hojalatenos): fotógrafos callampas, regresa a un miserable cuartucho en un departamento ubicado en las afueras de París. Lava platos, friega el piso y maldice su destino. Todo es momentáneo hasta que se le presenta la oportunidad de la vida: filmar. BB lo esperaba refunfuñando. De pronto, un día un ángel tutelar toca el arpa y parece transportarla al paraíso. Llega el contrato que esperaba tanto tiempo para convertirse en estrella. La película se llama "Dios creó a la mujer". Tiene que salir ligera de ropa, ligerísima, junto a un galán que se sale del libreto: Jean-Louis Trintignant, Jeanlou (apodo del actor) le pide que abandone a su marido y BB acepta de inmediato. La ruptura no es violenta. Los une aún la posibilidad de poner en marcha el gran negocio de la vida: presentar a la mujer imposible-posible, esa gacela que parece arrancada bien del fango o de los versículos más hermosos del Cantar de los Cantares. Ninguno de los dos socios quiere dar una puntada en falso. Por lo tanto, la unión co-

mercial persiste. La sociedad conyugal sigue, en cambio, su trámite en los tribunales donde también Brigitte adquiriría insólita y frecuente popularidad. El 6 de diciembre de 1957 BB se aburre soberanamente de Vadim. Solicita el divorcio ante el magistrado que se embeleza con su hermosura. Casi se le saltan los anteojos al representante de la Justicia cuando terminado el "juicio" ve salir al ex marido y mujer tomados de la mano y besándose apasionadamente en pose exclusiva para los cincuenta fotógrafos que los esperan en la puerta de salida. Siguen después Gustavo Rojo, un galán ocasional que conoce en España, y Gilbert Bécaud. Los actores la dejan indiferente y más sola que nunca en la medida que acumula la mayor cantidad de pedidos para sus fines de semana. Mucho más efectista es, por ejemplo, un nuevo intento de suicidio. El hecho ocurre al finalizar 1958. El fracaso le pinta las primeras arrugas en el bello rostro, sensual y provocativo. Un hombre distinto corre a socorrerla para sacarla del pozo en que parece estar sumergida: Raff Vallone. Los periodistas los descubren y el samaritano regresa a su hogar bien constituido, como un hijo pródigo. BB en un programa de TV mostrando a su prometido casi Sacha Distel que es reemplazado sin mayores preámbulos por Jacques Charrier. Es un amor a primera vista, dice BB en un programa de TV mostrando a su prometido casi fuera de sí. Ella baja sus hermosas pestañas largas, rendida. Un tiempo después nace su único hijo: Nicolás. La estrella arma su nidito de amor en el centro de París. Jura pasarse el resto de la existencia bordando pañales y baberos, pero de pronto cambia de opinión. Afuera, otros cantos de sirenas la tientan. De Gaulle exige divisas en forma solapada y con la inteligencia propia de un gran esta-

dista. Además con Charrier se aburre como una ostra porque ostenta la paternidad de un sistema de felicidad que poco menos consiste en levantarse a las nueve de la mañana y acostarse a las 22 horas previa lectura de un párrafo marcado de algún autor de moda. Jacques, el despechado, entra en el juego de los barbitúricos y su suicidio termina, como es de rigor, en el fracaso. Pero en todo caso se cambia de domicilio. Dos meses más tarde Brigitte le sigue los malos pasos y la prensa francesa anota: "¡Se nos muere nuestra principal fuente de divisas!" Pero no. La hermosa emerge de las cenizas a pedido de su público y de Samy Frey, otro que bien baila, y Bob Zaguri, marroquí brasileño que la embruja con malas artes mostrándole el paisaje de su tierra. En 1967 BB le hace una estratégica jugada a su amiga Soraya que pasea su aburrimiento por los principales lugares de esparcimiento de Europa. Le arrebata su casi prometido Gunther Sachs, uno de los codiciados playboy del viejo mundo. Sólo una explicación para sus amigos los reporteros a quienes tanto ama y odia: "El amor es eterno, pero los hombres no." Confiesa eludiendo las respuestas más candentes: -Soy solar por naturaleza; odio las joyas creadas para que las usen las mujeres horribles. No soy realmente hermosa pero tengo "algo". Colecciona departamentos en la Avenida Paul Doumer. Prefiere, sin embargo, su casa rústica en Monfer-l' Amauny, pero su cuartel general lo instala en Saint Tropez. Todo lo que ella mira adquiere un nuevo valor: las mansiones, los autos, los restaurantes, esas cuevas nocturnas donde muestra las tenidas más increíbles v su soledad irremediable. Como la tentadora Otero culminando la bella época, lo hombres se le rinden a sus pies. En un

momento de ocio BB llega a esta conclusión: "Lo más importante en la vida no es el dinero, ni el éxito, sino el amor. Es algo de lo que estoy firmemente convencida y lamento que muchas personas no sepan amar sin reservas. Tienen el temor de entregarse, son avaras de sí mismas, de sus propios sentimientos y no advierten que están perdiendo lo más hermoso de la vida. Yo sé amar totalmente, sin condiciones." Las conclusiones de su teoría son realmente imprevisibles, pero nadie le ha quitado hasta el momento su derecho a conquitar la felicidad.

OSWALDO GUAYASAMIN

Una vez, cuando niño, quiso pintar la Cordillera de los Andes. Entonces sus cuadros se vendían a un sucre. No como hoy, a 15 mil dólares. Su padre lo condenaba tal vez porque lo quería demasiado; cualquier cosa —sentenció una vez— pero no pintor. No quiero que te mueras de hambre.

Su madre lo protegía a tal extremo que para suplir la falta del color blanco cordillerano vació en esa oportunidad, leche tibia de su seno. ¿Este es el color que necesitas?, le dijo desde el fondo de su ternura.

El pequeño Oswaldo vendía sus travesuras a los turistas. Primero el paisaje un tanto inofensivo. Piedras. Luego rostros de piedra. Escuela difícil la suya. Mucha vida, antes que técnica. Ira concentrada que más tarde iba a estallar en uno de los murales más implacables de nuestro

continente. A los 12 años un primer balance: "Seguiré pintando porque no me queda más remedio." Ya se había producido la crisis familiar de rigor. La madre lo proyectaba desde las sombras. Luego el largo oficio. América le brindaba una oportunidad a este pequeño hombre de hombros rectos, mirada larga y rostro de indio. La trama le venía de todas partes. La conquista dejó un reguero de angustia que se mezclaba con la suya. Para adelante iba de sorpresa en sorpresa. Ruptura con la pintura de caballete por incompleta y porque el tema se le cae para todos lados. Los personajes también adquieren una nueva dimensión. Más voluminosa y profunda. Por último la ubicación de los defensores y ofendidos. Se coloca indefinidamente al lado de los humillados. Todo se crispa a su alrededor. Menos su corazón y se casa. El reguero de hijos comienza pronto: Shirma, Dayuna, Auca, Pablo, Sasquis, Cristóbal, Yanara . . . La pintura (ya es una confesión madura) le sigue llegando a raudales. Son oleadas de pensamientos, ideas. Sus pinceles van interpretando el amor, la esperanza, el deseo de justicia como una síntesis de todos sus sufrimientos que fueron integros. Fueron pocos los que se le escaparon. Buen recaudo para su archivo estético. Implacable, la vida le sonrie con triple ironia. Una de ellas: el 80 por ciento de sus cuadros (lleva pintados 3.500)) están en los museos particulares de Estados Unidos. Y una importante mayoría en una de las mansiones de su enemigo personal: Nelson Rockefeller. Tanto contraste tiene una explicación personal. Recuerda Guayasamín que cuando su pobreza tocaba fondo, una de las tantas veces, el agredido enviado especial del presidente Nixon se apresuró en reconocer su talento creador. Rápidamente le subieron los bonos. Dejó de vender cuadros a un solo sucre. Rockefeller le canceló sin vacilar 70 mil. No recuerda si el suceso le borró la tristeza natural que ya llevaba en el rostro. Su padre taxista lo seguía sentenciando para que abandonara el camino. En el colegio, por su color, los otros niños lo condenaban al exilio, al silencio, a la burla. Hoy se los disputan presidentes, poetas y gente de pro. Fue un pésimo alumno. Conducta compatible con su talento. Fue expulsado sistemáticamente de todos los liceos. Nació en Quito, el 6 de julio de 1919.

La amargura la cambió por cierta carcajada rebelde y violenta. Es buen charlador, 250 exposiciones. Menos París, decía hasta hace poco. Se había desafiado a entrar por la puerta grande. Ya no tiene dificultades. Los críticos, incluyendo los que están en el polo opuesto de su ideología, lo consideran un genio, una excepción, un engendro natural y terrible de la naturaleza humana. Es un excelente artesano. Con sus propias manos hizo su casa, después se entusiasmó siguiendo con los muebles. Es parco para noticiar sobre el destino de sus dólares que llegan a sus bolsillos en forma abrumadora. Sabe donde pisa y afirma con terquedad, pero sin orgullo: "Soy uno de los seis más grandes pintores de este tiempo." Reconoce un solo maestro: el mexicano Orozco, que le enseñó la técnica mural. Se parecen en alguna medida. Los dos usan una dosis insólita de fuerza cósmica, arrebatos telúricos, jueces implacables de nuestro tiempo.

Le gusta encarar verdaderas sinfonías, temas escalonados, ambiciosos: "Camino del Llanto", "La Edad de la Ira" (una colección de 250 cuadros), una especie de Juicio Final en que aparecen los rostros de los directos victimarios de este tiempo.

Se formó casi solo. Después, al salir a recorrer el mundo cerró el ciclo de sus visiones. A su regreso, América se le ofrecía en toda su integridad y se lanzó en su blasfemante aventura. Una singular marejada que tiene mucho de cataclismo, ternura, fiereza, rebeldía, dulzura, destreza y vagido apocalíptico.

ALEJANDRO LIPSCHUTZ

Vive a los 87 años en perfecto equilibrio con su conciencia, sus principios filosóficos y el hondo conocimiento de la existencia. De ahí el matiz de su escepticismo, la suave ironía que enriquece su conversación, la sonrisa que enjuicia debilidades y grandezas. Ya de regreso de miles de experiencias vividas (años y años sumergido en laboratorios o cultivando la vid y las más delicadas rosas o la amistad y la cátedra) aún conserva una fuerza vital, asombrosa. Es la imagen real de la acción, del duro oficio de ser hombre en el más estricto sentido de la palabra, curioso hasta los últimos extremos, hurgando siempre el misterio, la posibilidad de descubrir en toda instancia la última verdad aunque no la definitiva. Tiene un rostro delgado y largo, cabellos blancos y abundantes, alguna vez desordenados por los vientos de las playas de Ramuntcho

donde descansaba en su período penquista. Ojos vivaces y movibles que se empequeñecen al reír o hacer alguna observación. Cuerpo frágil, un tanto menudo, manos huesudas, andar sin prisa. Alejandro Lipschütz Friedmann nació en Letonia en 1883. Nieto de un fabricante de fósforos, hijo de un industrial. Le habría gustado estudiar Filosofía o Sociología del Derecho, pero una serie de circunstancias lo hacen aparecer como alumno de Medicina en las Universidades de Berlín, Zurich y Goettingen. En 1907 recibe su título y el autodesafío de transformarse en uno de los científicos que han dedicado una vida a luchar contra el enemigo más implacable de la humanidad: el cáncer.

SIN VANIDAD

La porfía y la tenacidad lo hicieron acumular honores singulares. Pero no es amigo de la publicidad. No se promociona ni crea focos espectaculares de atención. No existe en su casa un solo diploma, alguna mención recordatoria de su talento. Su teoría es la siguiente: "No tolero el egocentrismo ni la vanidad. Creo que son los defectos más perniciosos. Yo tengo también los míos, por supuesto, y tal vez el mayor es la manía de querer meterme en todo. Pero no soy vanidoso ni egocéntrico. Estoy contento cuando reconocen mis méritos, pero doy mi palabra de honor que jamás he solicitado directa o indirectamente alguna distinción."

Una noche de 1936, después de haberse doctorado en Goettinger, recibió un cable del profesor penquista Ottmar Wilhelm que lo invitaba a organizar la Cátedra y el Instituto de Fisiología de la Escuela de Medicina de Concepción.

Aceptó. Le empezó gustando el clima antes de simpatizar para siempre con la gente y el paisaje. Más tarde recordaría: "Afortunadamente di ese paso. De otra manera con seguridad habría sido asesinado por tener sangre judía. Mis tres hermanos, un cuñado y dos sobrinos fueron muertos por los nazis."

SIEMPRE EL AMOR

En la Navidad de 1913 conoció a Margarita Vogel Leech. Fue un romance breve, rotundo. Ella es una mezcla de mujer suiza, inglesa y francesa y formaron una verdadera institución del amor. Emociona verlos. Dedicados el uno al otro: "En los 55 años de matrimonio hemos sido sobre todo grandes amigos. Mi primer prójimo es Margarita y yo soy el primer prójimo de ella." Compartiendo viajes, emociones, jornadas de estudios, el cultivo del jardín, la educación de los hijos y momentos de melancolía y tristeza, atados por mutuas deudas de ternura y amplitud de criterio, parecen seguir renovándose a cada instante. Ella lo llama cariñosamente Sascha y es un año mayor que el científico. Es baja y casi siempre le gustan los segundos planos pero está presente, inspirando, transmitiendo seguridad y entereza. Alejandro Lipschütz tiene amigos muy dispares. El año pasado al recibir el Premio Nacional de Ciencias fue felicitado por políticos de todas las ideologías. No faltó la modesta tarjeta de un presidiario porque "el que sabe, sabe". Parece que en su juventud tuvo carácter firme y vehemente. Al publicar uno de sus libros más importantes, Cincuenta años de Endocrinología Sexual anotó: "Rindo homenaje también a aquellos investigadores vivos

y muertos con quienes he peleado sin necesidad alguna. Pero así era mi costumbre desgraciada. Lo siento profunda y sinceramente." Es un hombre metódico. Se levanta temprano y dedica la mañana a estudiar y escribir. La ciencia ha sido su pasatiempo favorito con la ayuda de la música y la pintura que complementan su cultura. Su placer mayor consiste en viajar. Han dado varias veces la vuelta al mundo. En 1962 recorrieron Africa y buena parte de Europa. Ahora después de un largo período de receso volaron a Cuba. En 1944 la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos le otorgó el premio Charles L. Meyer por sus investigaciones relacionadas con el cáncer. Ya entonces se le había despertado el interés por los problemas indígenas de nuestro continente. Justifica: "Mi interés por lo indígena es un interés por lo social porque inevitablemente si uno se preocupa por los indios americanos, tiene que preocuparse también de la historia." Un periodista después de conocerlo llegó a esta conclusión: "El profesor Lipschütz es varios sabios en uno solo". A pesar de estar cerca de medio siglo en Chile aun conserva un característico acento extranjero con algunas consonantes resbaladizas y dificultosas. Pero afirma: "Soy auténticamente chileno."

DIOS, EL MUNDO

Los gruesos anteojos aumentan la profundidad de sus ojos. Todas las preguntas insondables parecen encontrar en el profesor Lipschütz una respuesta, casi siempre simple, apasionante, comunicativa. La búsqueda de Dios lo torturó desde muy joven para llegar a una conclusión: "El

creador fue creado por el hombre. Nosotros somos demasiado chicos, infinitamente limitados para plantearnos el problema de la creación del Universo." Ateo por conclusión definitiva, militante del comunismo, explica que el hombre "necesita una religión en qué apoyarse, una norma y un castigo para ser mejores, pero no creo en la existencia de un ser omnipotente que esté en todas partes." En 1944 prácticamente abandonó el bisturí que manejaba con tanta destreza en sus experimentos con animales para confirmar una vez más que le gusta meterse en todo. Entonces inicia sus estudios en profundidad de antropología cultural. En 1946 viaja a Tierra del Fuego para llegar a una primera y desconcertante conclusión: "Todo lo negativo que se habla o se escribe sobre los fueguinos es o mal entendido o maldad. Comprobó que los indígenas sabían leer el diario y tenían una serie de conceptos completamente definidos en relación con su conducta, el medio y la moral. De regreso explicó: "El cúmulo de prejuicios ha tratado de deformar la vida de esta gente que son apenas hombres." En 1968 publicó el quinto libro sobre el problema indígena: Perfil de Indoamérica de Nuestro Tiempo.

TRABAJO Y PINTURA

En un rincón de su escritorio, el científico lee y escribe. A su lado, su mujer termina una acuarela de tonos suaves. Toda la casa de este hombre que no cree en Dios está rodeada de íconos y antiguos dioses de nuestro continente. Son el testimonio de su búsqueda de la gran verdad latinoamericana. En un estante se acumulan sus numerosos libros traducidos a varios idiomas. Entre ellos figura *Por qué*

morimos, editado 16 veces en Alemania y vertido a siete llenguas; Indoamérica y raza india; y Tres médicos contemporáneos. En cada uno de ellos va dejando concepttos, especulaciones, su impostergable necesidad de registrar sus ideas, casi todas polémicas:

Tanto el científico como el más fervoroso adepto de cualquier religión estarán de acuerdo de que el hombre ha creado a Dios, o mejor dicho a los dioses tan polifacéticos, a través de los cincuenta mil años que lleva ordenando o fabricando sus conceptos.

El sentimiento religioso arranca, en su profundidad más pura, de un simple y bello principio: amarás al prójimo. Es éste el punto de partida de todo sentimiento religioso, pero también el punto en el cual se encuentran en plena armonía el sentimiento religioso y la ciencia más severa."

PAZ Y SOLEDAD

Abrumado por el peso de dos conflagraciones mundiales que lo golpearon como un hecho personal, humano y modesto recuerda que en su juventud conoció de cerca la pobreza. Tuvo que escribir innumerables artículos científicos para palear los bajos sueldos. Hombre poco práctico, pudo imponerse a la realidad que lo trataba de asfixiar. Su mirada se entristece cuando recuerda a sus dos hijas lejanas: Justine que vive en Australia, casada con un ingeniero aeronáutico y Marion que quedó viuda, tiene un hijo de 21 años y es funcionaria de la Oficina Central de Informaciones del Gobierno Británico. No tiene comunicación con el resto de la familia. A veces —recuerda Margarita—

llega algún pariente lejano con noticias y las últimas fotos de los nietos. Cuando en la abundante correspondencia cotidiana aparece una carta con letra juvenil, es una pequeña fiesta para el profesor. Es emotivo por excelencia, naturalmente distraído, y entonces surge el abuelo preocupado por los mil detalles de la vida que lo rodea. Es un hombre de carácter parejo que por fin encontró su equilibrio interior como contraste de la vehemencia juvenil cuando polemizaba y discutía sin cuartel en defensa de sus arriesgadas tesis científicas.

Al referirse a sus lecturas dice: "Mis mejores 'amigos' son Francis Bacon, Aristóteles (aunque no le perdono la defensa que hizo de la esclavitud). Sigmund Freud y Albert Schwetizer con quien me unió una auténtica amistad y nutrida correspondencia hasta la muerte."

Cuando habla de sus principios, rebrota la pasión que ha caracterizado los actos más singulares de su existencia y asegura que "soy un hombre deseoso de cumplir con el deber de servir al prójimo como lo predicó mi compatriota que nació en Belén..."

En 1960 regresó a Concepción. En este viaje fugaz recorrió las calles penquistas reviviendo los recuerdos de su llegada en 1926 para hacerse cargo del Instituto de Fisiología. Preguntó entonces si el viento de Ramuntcho continuaba agitando el mar, provocando a las gaviotas, endulzando esa parte del paisaje que también se le quedó encerrado en el corazón, no como un recuerdo, sino como una imagen que cada determinado tiempo tiene que ser despertada, agitada, confirmada. Aquí lo atrapó la naturaleza y el desafío para descifrar algunos de los infinitos problemas del hombre.

CASSIUS CLAY

Es mucho más astuto que John Sullivan, el primer campeón del mundo (1882), más diestro que Jim Corbett (1892), más audaz que Bob Fitzsimmons (1897), más cruel que Jim Jeffries (1899), más despiadado que Max Schmeling (1930), más carnicero que Jack Sharkey (1932), más impulsivo que Primo Carnera (1933), más payaso que Max Baer (1934), más implacable que Jim Braddock (1935), más certero y preciso que su ídolo Joe Louis (1937), más inspirado que Marvin Hart (1905), más desafiante que Tommy Burns (1906), más vengativo que Floyd Patterson (1960), en fin, es único y como él mismo lo dice, sin modestia publicitaria "Soy el más grande, el excelente, el distinto, el rey, el boxeador más perfecto de todos los tiempos." Y es cierto. Bufón, payaso, pícaro, poeta del ring, arbitrario, con-

tumaz, increíble. Y mucho más: un idéologo de la justicia, un filósofo a su modo que le "cruje", un pensador que se las trae, un ídolo de los negros, un puntual enemigo de los blancos.

ORIGEN Y GLORIA

Llegó de abajo, con rencores atávicos que ha ido disparando lentamente. Ahora es un ejemplar fuera de serie: excéntrico, extrovertido, calculador, pacifista, enemigo implacable de los discursos de buena voluntad. No cree en el juego de palabras. Asegura fervientemente que su mundo está dividido entre blancos y negros. Y punto. Y con principios implacables. Por ejemplo: "Yo no tengo nada que ver con lo que no sea limpio, moral y decente."

Confiesa que ama el dinero; es un comerciante lúcido y bastante imaginativo, socio principal de una cadena de hoteles en Estados Unidos. Dispone de dos gigantescos servicentros en Texas. Cada vez que gana una pelea (con un promedio de entradas de doscientos mil dólares) deposita una cantidad determinada (21%) en una cuenta especial. Contrajo el compromiso consigo mismo de no tocar un solo centavo de estas entradas hasta cumplir 35 años. Como personaje pensante recorre semana a semana diversas universidades de su país. Da conferencias en California y Notre-Dame o Harvard o en el Massachusetts Institute of Tecnology. No habla precisamente de boxeo. Es el teórico pensante, el que está al día de lo que ocurre en Vietnam o Cambodia, en Africa y en el Extremo Oriente. Es un orientador y a la vez un ofuscado defensor de una tesis implacable: "Sólo habrá paz en el mundo cuando los 'superblancos abran también para los negros las puertas del Cielo, el Paraíso y de la Tierra."

IDOLO PERMANENTE

Cuando recorre las calles de Los Angeles, o las sórdidas avenidas de Harlem, los choferes de taxis lo saludan con las bocinas de sus coches.

Los muchachos negros le piden autógrafos y las mujeres le regalan un beso en la frente. Es una especie de iluminado, el depositario de las esperanzas de su raza, el que vino a este mundo a salvar a sus hermanos de color. Por eso afirma: "Amo a mi pueblo y él me adora; me siento en mi hogar en cada barrio negro porque me identifico con sus habitantes, con quienes he sufrido las mismas injusticias."

Cassius Clay ha confesado que el boxeo es una disculpa, el vehículo que le sirve para hacer proselitismo, para arengar a las masas porque sus convicciones religiosas le han dado la aureola para irrumpir en este mundo con una espada de fuego. Cuando proclamó abiertamente que no estaba dispuesto a ir a la guerra del Vietnam, el Gobierno norteamericano inició una implacable ofensiva en su contra. El proceso culminó cuando lo obligaron a cortar su carrera de boxeador. Su declaración pública no se hizo esperar entonces: "Soy una persona consciente de mis creencias, con ardientes deseos de paz, y de un destino mejor para mi raza y para toda la humanidad, sobre todo para tantos pueblos azotados por el hambre y la miseria."

EL RING ES EL ESCENARIO

Pobre, con bastantes complejos de culpabilidad a cuestas, pero tenaz y desafiante, el joven Cassius Marcellus Clay no tenía mucho destino. Pronto retomó la onda de los negros que encontraron en el deporte una fulminante popularidad. En 1960 regresa triunfante de Roma donde obtiene un título olímpico. Tiene 18 años. Invita a sus padres a un restaurante céntrico y el mozo se niega a servirlo indicándole un letrero: "Aquí no se atienden negros." Pregunta del campeón: ¿Cómo se podía negar el acceso a un restaurante a un hombre que venía de honrar a su país ganando una medalla de oro? Pero éstas y otras interrogantes no tienen respuesta. Dos días más tarde se transforma en un discípulo de la secta musulmana de Elijah Mohammad, Está confuso y desorientado. Carga sus puños con dinamita y se dedica a la meditación. Seis años más tarde es expulsado del movimiento porque Cassius es un hombre difícil, complejo y contradictorio. Sus nuevos principios lo obligan a renunciar a la importancia del dinero, pero el campeón se resiste. Más tarde recapacita: "Me había olvidado que Alá pone a sus hijos al abrigo de todas las necesidades." También reconoce que su mujer Sanjil Roi le hace perder el juicio. Además usa tenidas mínimas y extravagantes y es también como un producto sofisticado de la sociedad de consumo. Sus "hermanos" le hacen el vacío. Nadie le habla y lo aíslan. Llega el momento en que Cassius tiene que ceder y cambia de actitud, de mujer y de método de vida. Entonces se transforma en el defensor número uno de la paz. Los promotores de la guerra lo colocan entre la espada y la pared. Un recuerdo de entonces:

"Fui puesto en el banquillo de la cofradía de discípulos de Islam. Eso quiere decir que el hermoso nombre que Alá me donó me fue arrebatado hasta que fuera digno de llevarlo de nuevo".

LA REDENCION A TRAVES DEL CASTIGO

Se transforma en el hombre espectáculo. Vaticina frente a los periodistas el momento preciso en que mandará a la lona a sus adversarios. Los enfurece, provocándolos, insultándolos. Cuando caen los escupe. Los inunda de imprecaciones: "¡Cobardes, inútiles, inservibles!" Y si el contrincante (blanco o negro) se recupera, recibirá una nueva andanada de golpes: una verdadera máquina enardecida que no conoce la piedad. Cuando su víctima se entrega, abre los brazos y los levanta victorioso. Una sonora carcaja rebotará en el escenario en medio de los aplausos de la multitud. El derrotado irá a parar al hospital como su último desafiante Jerry Quarry que terminó con once puntadas sobre su ojo, después de perder la pelea en Atlanta al tercer round. Casius volvió a reunir una bolsa de cuatro mil millones de pesos nuestros, aunque esta vez advirtió que un fuerte porcentaje estaba destinado a incrementar los fondos musulmanes. La verdad es que la mejor de sus peleas se inicia después del combate, cuando lo rodean los reporteros y el campeón sabe que tiene tribuna universal. No se queda corto de lengua para despotricar contra las matanzas de Vietnam y para asegurar abiertamente que la justicia norteamericana está corrompida desde sus mismos cimientos. Terminará cantando una de sus composiciones favoritas: "Flota como mariposa, pica como avispa..."

EL TEATRO TAMBIEN SIRVE

Un empresario le ofrece un papel de importancia en la comedia "Buck White" y Cassius acepta interpretando el papel de un líder negro. Hace primero una advertencia: "No soy actor. No conozco nada de teatro; no amo el mundo del espectáculo. No hay moral en este medio." Pero descubre que el teatro le abre posibilidades para ampliar su doctrina y acepta. La comedia -según el campeón-"glorifica la fraternidad sobre los negros y axalta su tentativa de recuperar su antigua dignidad." Porque sostiene que los negros han bajado en el escalafón de la dignidad humana mientras proclama que "no soy un hombre feliz". En todo caso se casa con Belinda, una musulmana devota que le da una hija inquietante: Maryum que ahora bordea los dos años. La autopropaganda no tiene tapujos. Porque Cassius ahora ya es un desinhibido completo y proclama sin austeridad sus excelencias. Por ejemplo: "Soy el más grande campeón de la historia del deporte, el más hermoso campeón de peso pesado del mundo entero".

UN IDOLO PACIFICO

Su entrenador Angelo Dundee nos entrega la siguiente imagen de su pupilo: "Es incapaz de odiar a nadie, ama a todo el mundo; nunca lo he oído proferir maldiciones ni amenazas." De lo que se deduce que su furia verbal sólo tiene relación con la propaganda. Sabe cosechar agua para

su molino, impactar en el público, desafiarlo, estremecerlo para preparar el terreno y decir como fin de fiesta (mientras el rival se arrastra en la lona); "¡Alá me ha iluminado!".

En la actualidad está considerado como uno de los tres conferencistas más amenos y atractivos de Estados Unidos. Sólo lo superan el senador Muskie y David Brinkley, comentarista de la National Broadcasting Corporation.

Termina de rechazar una fabulosa oferta para interpretar el papel del campeón Jack Johnson. Su argumento fue: "Yo rechazo un papel romántico no sólo con una mujer blanca, sino con cualquiera. Soy un creyente, un hombre religioso. ¿Puede alguien imaginarse al Papa interpretando un romance en el escenario."

Es el ídolo de la juventud, de los ofendidos y humillados, el líder parlante de la conciencia negra, el jefe de millones de seres que ven en sus golpes compactos el símbolo de la revancha. Por eso Cassius Clay tiene algo de fuerza natural cuando permanece en el centro del ring. Pega para hacer justicia, destruye para llamar la atención, pulveriza a sus enemigos anticipando la hora del Juicio Final, pronosticando que ya llegará el momento en que el hombre—blanco y negro— "tiene que vivir como es, porque en caso contrario su existencia no tiene ningún sentido.".

TOM JONES

Un hombre bajo, con cara de boxeador, que viste como un prolijo gerente, que afirma que "la mujer nació para quedarse en la casa y cuidar de sus hijos", es el símbolo del delirio musical de este momento. Ilustrando el éxito de una cantante francesa que en el colmo de la audacia y el desenfreno optó por presentarse completamente vestida en el escenario, este hijo de minero marca el regreso desde la locura rítmica. Propone como compensación fórmulas estables y hasta pelo corto, no modificar aún más las estructuras del escándalo y del sexo libre. Al contrario. La oveja retorna a su redil, el hijo pródigo pide excusas por los chirreantes ritmos que invadieron los oídos. Es como si el vals regresara a los salones para tranquilizar a las parejas distorsionadas, convulsionadas, al borde del colapso y de la alegría sin límites. La fórmula tan extraña como

precisa rindió dividendos de inmediato. Hace algún tiempo estuvieron a punto de triturarlo mientras cantaba en el "Flamingo" en Las Vegas, Estados Unidos. Los asistentes al casino vieron a este hombre primitivo hasta con corbata y todo, un clásico de los buenos modales y del orden establecido, un marido ejemplar, sin fans y sin amantes, que añora los fines de semana junto a su esposa que también lo espera con cara de postal de comienzos de siglo. Todo el rigor de los superactuados, los chillidos, los aullidos y la prolija escala ascendente de la música metálica, gutural, estertórea, pasaba a un segundo plano mientras el "ídolo" cantaba simplemente "Quiero una mujer" con su tono seguro, casi empalagoso, con la intención de un buen padre de familia que le da rienda suelta a su espíritu y no a los bajos instintos del pentagrama.

Por reflejo, el efecto resulta delirante. En el exclusivo cabaret "Copacabana", de Nueva York, se le terminan de desnudar el 50 por ciento de las mujeres que lo envolvieron en una provocadora lluvia de ropas íntimas. Luego comenzaron a retacearlo con grave peligro de su vida. Cada uno de sus espectáculos termina con un par de camiones municipales que recogen los regalos de sus admiradores que no son precisamente calcetineras, sino damas maduras, tías propiamente tales, solteronas apresuradas. Cada nueva colección de sostenes sin destino es aprovechada por Tom Jones para aumentar sus demandas económicas. Y está en lo cierto. Si la popularidad de un astro actual se midiera por los kilos de ropa que le cae mientras canta, justificaría sus contratos millonarios. Los sicólogos va están alertas para explicar las razones de esta válvula de escape que no motiva con provocaciones rítmicas, sino

con una solvencia que exaspera, con una mesura sin parangón, con una sobriedad desconocida y por eso mismo aumenta la morbosidad, la sensualidad de sus oyentes. Ahora es una verdadera máquina de hacer dinero. Gana mil dólares por minutos y 25 millones por su actuación en los programas de TV que se proyectan por el canal de Eurovisión.

Las explicaciones justificando su idolatría llegan a conclusiones temibles. Por ejemplo, se ha llegado a decir que Tom Jones "produce una reacción química" -un efluvio misterioso- que aún no ha podido ser fotografiado o computado y que enardece a las mujeres, las libera de sus complejos y frustraciones y las lanza al vacío o al abismo con alas, con frenesí, con una secuela de violentos estertores privados, cíclicos, complementarios. Ningún Club de Maridos ingleses, por ejemplo (Tom Jones nació en Gales, hace 30 años), podría agradecerle lo suficiente a este salvador de las dolencias anímicas, a este alquimista moderno que a través de su voz libera al cuerpo, desnudándolo, electrizándolo gratuitamente aunque no por amor a la huminadad. En una época en que la diferencia de los sexos se hace escasa, Tom Jones vuelve a crear los verdaderos límites esculpiendo en el bronce esta frase conservadora: "Creo en la sagrada institución del matrimonio." Para agregar: "No me parece correcto el planteamiento de las mujeres que desean tener hijos ilegítimos", aunque se niegue en forma tajante a contestar a los periodistas las veces que ha recibido ofertas en ese sentido.

El público esperaba —dice su promotor y también millonario Gordon Mills— el regreso del hombre cabal, recto en sus juicios y en sus funciones, profundo en su mensaje, ecuánime en sus sentimientos. El eslogan parece tocar resortes un tanto empolvados, pero el éxito continúa.

Tom Jones, ahora meticuloso coleccionista de Rolls Royce y mansiones, considera que es el fruto de su propio esfuerzo. La vida lo golpeó con porfiada insistencia desde que fue niño. A los 12 años ya bajaba a los socavones de Pontypridd. Pero a su juventud sin destino sumó la inspiración artística. Apenas se sacaba el hollín recorría los bares del pueblo interpretando canciones folklóricas. No ganaba ni para jabón o para ampliar su repertorio. Como si el destino lo enviara al despeñadero, se enamoró a los 15 y un año después se casó. Tuvo que dejar la guitarra para seguir escarbando la piedra. Se arrinconó en una pieza junto a Linda, una niña de otro siglo que lo esparaba regresar mirando por la única ventana del cuarto. Luego la pareja inicia una peregrinación gris, chocando con familiares, problemas ambientales y todos los detalles de la miseria. Por último Tom deja las minas de Gales y se une a un conjunto improvisado "The Squires". Ya los Beatles estaban haciendo su agosto promoviendo cambios inusitados en la música popular y los muchachos dirigidos por Tom comenzaron y terminaron imitándolos sin pena ni gloria. Obligados a tocar por el pan y el vino los parroquianos de los bares de Pontypridd no sólo terminaban silbándolos, sino que les pegaban encima. Tom, cuando aún no soñaba con recibir en pleno rostro alguna prenda femenina de cortas dimensiones, cosechó un puñetazo en la nariz con tal fuerza que casi le transformó el rostro. Desesperado y sin horizontes se embarca rumbo a Londres para vivir la aventura final. Tommy Scott pasa a llamarse Tom Jones (personaje de una película de éxito). Imprime medio centenar de tarjetas con el agregado "vocalista de twist" y arrienda un hueco visitado por las ratas en un suburbio de la capital británica. Tampoco pasa nada. Le anotan en los estudios de grabación su domicilio y prometen llamarlo ese mañana que nunca llega.

Linda sigue en Pontypridd, donde ha recuperado un trabajo. Mark, el único hijo, crece preguntando por el rebelde que debe dejar de comer para comprar estampillas y escribir: "Estoy en la antesala del éxito", aunque más frecuentemente a una pulgada del fracaso total y el hambre. Una tarde decide tirarse al paso de un tren, pero una música interior lo salva y le tiende la mano. Romántico, al fin, sigue esperando hasta que llega la oportunidad con la canción "No es poco usual".

Inglaterra pierde una vez más los estribos. Sigue "¿Qué hay de nuevo pussycat?", y cuando interpreta el tema central para la película "Thunderball", de James Bond, ya su popularidad se ha elevado con una velocidad increíble. Ninguno de los tristes pensionistas puede creer que el Tom Jones asediado por las multitudes, es el mismo que compartía la magra ropa negra de las noches. Los agentes publicitarios crean una imagen distorsionada de un hombre asombrado, triste y riguroso. Lo cuelan entre la promoción de los play boys fatuos, vacíos, incongruentes. Le hacen firmar frases insulsas y sicodélicas, irreverentes. El artista conservador se rebela. Rechaza las indumentarias llameantes, pero pierde una batalla importante. Por razones "técnicas" no puede aparecer junto a su mujer y a su hijo. Le bajarían los bonos, los eléctricos fluidos femeninos, el porcentaje de sus increíbles utilidades ahora contabilizadas al segundo. Linda, la conformista, irrumpe con la fuerza de sus propias admiradoras. Le encara el vacío de un hogar, la tristeza que aumenta sus soledades. Pálida y valerosa le insinúa la separación. Tom Jones cancela una nueva serie de contratos ahora que su voz se ha convertido en una mina de oro. Se hace fotografiar en el momento que colmado de regalos regresa al calor de su mansión. El soldado recibe besos solemnes en la mejilla. Dice que junto con cerrar la puerta terminará su carrera artística. Pero a las pocas horas la jauría casi lo lleva en vilo, exigiéndole un desmentido. El caballero andante saca su pañuelo para una corta despedida.

La acción tiene lugar en St George's Hill, en uno de los barrios exclusivos de Londres. Tom Jones se aleja a cámara lenta. El rugido de las admiradoras esfuma las emocionadas palabras de despedida. A su paso en doble o triple hilera, las mujeres saludan al hombre que salvó el hogar, cantando, a la institución del matrimonio. Por eso se desnudan. No para protestar, sino para protegerlo en una de esas incongruentes ternuras de la condición humana.

FEDERICO FELLINI

No es tan violento ni despiadado como Luis Buñuel, pero en cambio su imaginación y su sarcasmo no parecen tener fondo. En forma implacable se ha ido transformando en un censor de la sociedad, en el gran ojo que parece abarcar todo el panorama de los vicios y las virtudes humanas. Por momentos sus planteamientos se hacen intolerables, repugna hasta los extremos más increíbles. Luego, sublima sus tesis, colma de pureza la gestión de sus criaturas, es un dios que define por última vez la bondad y la maldad sembrando atmósferas intolerables, diabólicas, sublimes y roñosas. Nunca se sabe si su mejor virtud radica en la dosis de perfidia que inyecta a sus personajes y la cálida inocencia que registra como un espectador más de la acción, de la trama. Para muchos es también un loco desatado y sin freno, un inventor que usa un prisma múltiple pa-

ra desatar pasiones de todo calibre y en última y primera instancia un fabricante de monstruos. Ya se han hechos clásicos sus avisos en los diarios en que solicita los entusiastas servicios de los deformes más insólitos; enanos de variadas calañas, gigantes que asombran, desviados de la mente y del cuerpo, lisiados de todos los niveles como si pretendiera mostrar en un corte transversal, el otro lado de la belleza, la visión que es como la presencia sardónica del infierno.

UNA EXPLICACION

Sobre su tema favorito de los monstruos surtidos Fellini tiene esta versión: "No quería vedettes (se refiere a su película Satyricón filmada entre 1968 y 69) con grandes sueldos y grandes caprichos, sino actores modestos pero excelentes, que aceptaran ser desfigurados según sus necesidades. Fue el caso de mi amigo Alain Cuny, al que le pusimos un ojo de vidrio." Decenas de excolmugados de una vida más o menos normal son recibidos con los brazos abiertos por este hombre un tanto regordete, de mirada audaz y vengativa que usa los atuendos más raros mientras filma. Todo parece deformarlo en un afán obsesivo por mostrar, como contrapartida, el lado purificado por la desesperación, los vicios sin cuenta, la gula irremediable y la corrupción de la carne buscando el tope de los goces y el delirio. En ese aspecto nada lo limita. Cuando los ruines personajes no llegan a él, le gusta salir a buscarlos. Recorre entonces ciudades y aldeas. En Roma, sin ir más lejos, descubre a Mario Romagnoli, el dueño de un tranquilo restaurante de barrio que tiene su boliche situado entre la Fontana de Trevi y el teatro Quirino. Se transformará —tentado por Fellini— en el obeso Trimalchion, un monstruo de unos doscientos kilos de peso: la imagen de un senador romano que vive para comer y otras necesidades apremiantes. Es el glotón perfecto descrito por Petronio en su obra maestra, su mundo se rodea de olores y sabores, la comida es la razón de la vida y en torno a esta actitud Fellini plantea una filosofía: el comienzo de la degradación y la ruptura de algunos principios fundamentales.

DEFORMACION PROFESIONAL

Sus intimos hablan de la alegría que le produce al director, el hecho de encontrar en los sitios más insólitos al personaje preciso, bien sea en un prostíbulo o a la salida de la iglesia. Se convierte, entonces, en una especie de detective privado que es capaz de esconderse detrás de un árbol para ver pasar a su próxima víctima, es decir, al gran actor que transformará con su genio diabólico. Por último establece en Nápoles una especie de cuartel general para dar en el clavo. Aún le falta una parte de la comparsa para completar el elenco: chuecos del alma y del cuerpo, engendros dignos de Goya en sus momentos de pesadilla; esos rostros no parecen ser de esta tierra. En un mesón un funcionario elige. Desplaza a los tuertos, mancos, sordos, mudos y raquíticos por falta de interés artístico, pero desde el fondo de la sala, Fellini no podrá evitar un grito de estupor y satisfacción al ver llegar a la mujer calva, un hemafrodita y el hombre trono. Después los mostrará en una secuencia que es como la otra cara

de la existencia: la inmundicia sin fondo, la abyección ilimitada, todo mezclado en un corrupto divertimiento mientras los cuerpos gozan a su manera, protegidos por la sombra y se siente que la muerte rodea el espectáculo para darle mayor significado y hasta dignidad. El hombretrono perdió los brazos y las piernas en la Segunda Guerra Mundial. Se llama Antonio Miro y Fellini recuerda que este ex boxeador que se ganó buena parte de su vida en los rings, estuvo a punto de golpear —ya inválido— a un comensal cuando Fellini lo invitó a cenar después de una jornada de trabajo.

YO ACUSO

La meta parece ser una sola: no dar tregua a la imaginación pero el propio Fellini ha reconocido en más de una oportunidad que jamás podrá superar la realidad. De ahí rescata el hallazgo, por ejemplo de Max Born que hace el papel de Gitón, el joven protagonista cuya belleza es disputada por Encolpius y Ascyltus. Lo descubrió en una colonia hippie de Londres. Era la gran oportunidad de su vida y el muchacho aceptó, dejando de lado la marihuana, su fiel compañera. Le pagaron cinco millones de liras por su actuación. Born hizo un viraje en su existencia y en la actualidad vive en un monasterio tibetano. Como Charles Chaplin, el genio felliciano ha demostrado que puede transformar en estrellas pequeños escombros y luego cuando ya los ha utilizado, los deja librados a su propia suerte, casi sin destino artístico como ha ocurrido en numerosos casos. Pero es con algunas mujeres que el director parece intentar una purificación de su conciencia. Las colma -en algunos casos— de bondad y belleza. Así Donyale Luna es una fabulosa negra de casi dos metros, símbolo de la amplitud sexual. Las mujeres azules del Jardín de las Delicias dan una nota diferente en medio del delirante muestrario de tanta catástrofe física y moral.

CHARLATAN DE FERIA

Nació en Remini el 20 de enero de 1920. Fue un pésimo alumno. No le gusta hablar de esos pasajes secretos de su adolescencia. Sólo recuerda que después de un violento incidente con su padre, deja la casa y parte con un circo miserable. Aquí recoge una de sus experiencias más ricas y conmovedoras porque esta imagen de los payasos que ríen y lloran -habitualmente agotada- le sirve para inspirar escenas coamovedoras en su historial fílmico. Ahora mismo está terminando los detalles de una película para la televisión en que muestra todo el andamiaje singular, triste y melancólico de los circos, ataviados como siempre con una fuerte dosis de ternura, dolor y agobiamiento. Empezó a ganarse la vida como dibujante. Reconoce que era mediocre. Cuando tiene veinte años aparece contratado por un diario humorístico de Roma. Su participación en el cine se inicia con "Documento Z 3". Viene la guerra y produce como libretista seis trabajos de bastante interés: "Cuarta página", "Adelante que hay lugar". Pero es su encuentro con Roberto Rossellini (1944) el que le permite realizarse. Entre 1945 y 1948 Fellini es un subalterno de quien sería en definitiva su gran maestro. Producen entonces "Roma, ciudad abierta" (1945), "Paisá" (1946). Después de varias películas escribe el guión y codirige con

Alberto Lattuada "Luces de varieté" donde ya se encuentran en potencia las cualidades que mostraría más tarde: el ambiente de los circos, los personajes desvalidos y su afán de mostrar todo lo grotesco que aparece delante de sus ojos. Debuta como realizador en "El jeque blanco", una desgarrada caricatura de un personaje ingenuo que llega a la gran ciudad a conquistarla. El provinciano, por fin, cae doblegado por el ímpetu del progreso y la civilización. Su consagración mundial, se inicia con "La Strada", una dolorosa y tierna historia de una mujer simple y limitada mentalmente que es comprada por Zampanó, un bruto saludable, vital y primitivo que recorre los pueblos mostrando sus absurdos dotes artísticas.

CALAR HONDO

Desde entonces apunta con implacable tesón hacia la soledad actual y los valores vigentes. En el fondo del corazón de los seres más desvalidos (como en el caso de la honorable prostituta de "Las noches de Cabiria"), Fellini encuentra la última dosis de salvación de la humanidad. Todo parece haber sido drenado por dentro, la incomunicación ha llegado a los extremos más deformantes. En principio, sólo a través del dolor y de las experiencias más vitales sería posible encontrar el Paraíso Perdido. Sin embargo, las miserables criaturas, agobiadas por el pecado llegan demasiado tarde a la meta y están irremediablemente perdidas. Cada nuevo filme de Fellini levanta verdaderas olas de escándalo. No parece ser un francotirador al mejor estilo de Buñuel. Es más hiriente aún y, por lo tanto, las partes afectadas ponen el grito en el cie-

lo. En 1960 Fellini produce una de sus obras maestras "La dolce vita", frase que permanece acuñada para decir, vida fácil, existencia vacua, sin compromisos. Un periodista enlaza una serie de personajes que pretenden encontrar la verdad definitiva. Pero en realidad vienen de regreso. Ya no parece interesarles la tentación de la existencia. Todo lo han experimentado hasta las últimas consecuencias. Fellini muestra una sociedad sin destino, gris, calamitosa y bostezante. Como señaló un crítico este filme es "un desolado expediente del hombre moderno". Los valores han sido trastrocados: el amor es casi una prueba deportiva, el destino, una fatalidad que se lleva como una maldición. Sólo al final, Fellini, como una tímida compensación, parece recuperar el derecho a luchar por la felicidad y la quimérica alegría de la existencia.

MARAÑA DE ARTIFICIO

En 1963 produce "8 1/2", otro de sus grandes filmes. Muestra un ángulo desolador del hombre presionado por sueños, frustraciones y prejuicios absurdos. El hombre ha caído en la gran trampa, en la más absurda maraña de mentiras y juegos de artificio que no le permiten encontrar su verdad. Otra vez el tema de la farándula aparece como eje de los días de muchos personajes, un contraste público de la tristeza y el dolor.

Felline es un hombre tranquilo y apasionado, aunque escandaloso y ascético. Gustador de la vida, casado con Giuletta Massina, no ha tenido hijos. Forman una pareja diferente dentro del ámbito cinematográfico. Mujeriego por excelencia, tiene un atractivo fantástico con una ver-

borrea superior en que mezcla denuestos con ironía, carcajadas solemnes con burlas de niño adulto.

Al explicar a un periodista del "New York Times" el sentido de su discutida película "Fellini - Satyricón" dijo: "No hay nada que sepamos a ciencia cierta de Roma de hace miles de años. Es una gran nebulosa, llena de mitos, cuentos de hada, imágenes a lo Cecil B. De Mille. Me entusiasmé al sentir que la película sería un viaje hacia lo incógnito, un decenso en submarino, una cienciaficción, algo sicodélico. Me di cuenta de que no quería apoyarme en libros. ¡Es un viaje total a las tinieblas. Un planeta que yo poblaría."

Mistificador, y desesperado buscador de la verdad, juez y parte en el programa de circo que presenta a cada instante, es en los payasos donde refleja su sombrío concepto de la ignominia. Parece decir "basta" a cada instante como un pintor desaforado, en una enloquecida danza de colores y situaciones que fatalmente desembocan en la boca del Infierno. Ahí abajo entre llamas, aullidos, crujidos y ayes de socorro, posiblemente Fellini lance un leve chorro de agua, que no se sabe si servirá para apagar el siniestro o para aumentar más su combutión.

MAO TSE-TUNG

Duerme hasta después del mediodía en el más absoluto de los silencios en una sala biblioteca rodeado de 10 mil libros que parecen apuntalar sus planteamientos de todo orden: políticos, económicos, literarios, el destino de las artes y de 750 millones de seres. En el otro extremo de Pekín vive Chiang Ching su cuarta mujer que en su juventud fuera actriz de cine. Su hija mayor Li-na es experta en los problemas de la tierra y trabaja en la zona agrícola de Manchuria. Su regalona es Mau-mau que sigue estudios universitarios. Un hijo, An-ying, perdió la vida en la guerra de Corea. El menor, Yung-fu, es profesor de ruso. Este es el grupo familiar. En 1958 después de sufrir un ataque de hemiplejía los médicos le recomendaron que olvidara para siempre la naturaleza, su más violenta inspiradora de la acción. "Desde la isla Naranja, veo a mi alrededor milla-

res de colinas escarlatas y el rojo de los bosques", dice en su poema "Changsha", Obeso, canoso, le gusta jugar al ajedrez. El grupo de sus amistades íntimas se reduce a diez personas. Cuando el número se amplía es el presagio de dramáticos acontecimientos. Vive con modestia, dejó de fumar.

Este hombre que, impulsado por la necesidad de los intereses políticos internacionales, es capaz de atravesar a nado un río a los 70 años, ahora medita en el silencio casi absoluto. Fue el gestor de una de las marchas más temerarias de la historia de la humanidad. Al mando de 50 mil soldados partió desde Kuangsi, en el sudeste de China. Corrían los meses de 1934. El objetivo consistía en llegar a Shensi, situada a 6 mil millas de distancia. Las tropas del poeta-teórico tomaron el camino de Juichin a Hsinfeng y estaban integradas por los seres más heterogéneos: campesinos armados con palos, mendigos, bandidos, patriotas, mujeres sin destino, aventureros. Las armas parecían de utilería. Las hábiles modistas de campaña producían un distintivo que era lo único que los unía con cierta uniformidad: la estrella roja que colgaba del pecho de los revolucionarios.

La Gran Marcha inspiró los más insólitos casos de heroísmo cruzando montañas y pantanos. Del ejército inicial de 50 mil hombres salvaron con vida 4 mil. De todas las mujeres que iniciaron la aventura sólo quedaron nueve, una de ellas se transformaría en la primera esposa de Mao, Ho Tzu-chen. Pero el 1º de octubre de 1949 el líder proclama la República Popular China.

Mao Tse-tung nació el 26 de diciembre de 1893 en la aldea de Shao Shan, una zona sacudida durante siglos por

rebeliones. Tierra de héroes y bandoleros, campesinos rebeldes, soldados insignes. Recordando su niñez le confesó en una oportunidad al periodista norteamericano Edgar Snow: "A la gente contratada le daban un huevo con el arroz dos veces al mes": vo no tuve ese privilegio. Días difíciles. Muestra interés inusitado por los libros. Trabaja las tierras de su padre; inicia sus estudios. Un breve paso por el ejército (1912). A los 19 años es sorprendido en una posada para estudiantes pobres. Se dedica 5 años a estudiar literatura, biología, filosofía. Por instinto se interesa por la natación, deporte que le ayudaría a desarrollar su físico. Recordando su niñez y la vida miserable de los campesinos sueña con liberar a los oprimidos, en 1923 se convierte en agitador y más tarde en conductor de impresionantes grupos de trabajadores de la tierra. En enero de 1935 en medio de la Larga Marcha los dirigentes populares lo convierten en el líder de las fuerzas revolucionarias. Durante largos años Mao vivió en una cueva sembrando el tabaco que luego necesitaría para sus interminables cigarrillos. Cuando la victoria arrasó con las fuerzas del líder nacionalista Chiang Kai-chek escucha un coro estremecedor que repite: "Tú eres el Sol resplandeciente y la bandera de la victoria. Te seguiremos y entraremos en un mundo nuevo". Se inicia la reconstrucción de la vasta nación. La imagen del conductor frugal, sobrio que según Chen Shan-feng su compañero de lucha: "tenía dos chaquetas y un pantalón de uniforme, un paraguas remendado v se alimentaba sólo de arroz y verduras. En la noche cuando lo vencía el cansancio se refrescaba el rostro con un paño mojado en agua fría y continuaba inclinado sobre sus mapas, plumas y papeles, a la luz de un candil."

Luego su Gobierno toma caminos insólitos. Se produce la ruptura con los dirigentes de la URSS, se inicia la controvertida revolución cultural con variado y polémico saldo. Ahora en otro giro desconcertante Mao habría ordenado "la concertación de un acuerdo sobre coexistencia pacífica entre el nuevo Gobierno (Nixon) y el régimen chino".

Detrás de los ajetreos políticos continúa inmutable, hermético, este hombre que parece hecho de piedra, sensible, inmutable, cerrado, hábilmente risueño, cáustico, vengativo, tenue, amable, profundo. En sus espaldas no sólo carga el destino de la más impresionante cantidad de vidas sino la increíble suma de sucesos que han conformado la estructura política y social de este siglo.

El recio guerrero de antaño, agotado por la jornada, convertía la noche en día, para escribir: "Fustigo a mi caballo veloz, sin desmontar jamás/ Tan pronto parto, vuelvo la cabeza/ asustado de ver el cielo un metro más arriba."

ARISTOTELES ONASSIS

Parece uno de los personajes sacados de las fábulas modernas, con un burdo eslogan que podría decir: "El que la sigue la consigue". Ayer buscaba basura en los tarros pintorescos de la Boca, en Buenos Aires, y hoy es el hombre más rico del mundo, "Mister Dólar". Ayer fue ascensorista de una empresa de tabaco y hoy amaneció convertido en gerente. Entonces la profesora le puede recalcar a sus alumnos: ¿No ven? Ese es el fruto del esfuerzo y del tesón. ¿Será efectivamente cierto? —se preguntará a solas la maestra—. ¿Qué leyes se conjugan para que un lavacopero, un hombre que afirma que el único amor de su vida es el dinero (con el perdón de Athina Livanos, su primera mujer, y Jacqueline) traspone todas las barreras de la miseria, el hambre y su secuela de humillaciones y vejaciones y de pronto aparece comprando aviones, petroleros, acciones,

palacios, paraísos terrestres? Domina poblados enteros, gobiernos políticos. Ya con las uñas limpias pasea a baronesas y otras damas con infinito estado de merecer. Cuanta diva quiere enceguecer a sus amiradores con joyas y diamantes acudirá a los departamentos privados que el magnate desparrama por Europa y saldrá triunfante, airosa, enriquecida por la experiencia. En su juventud fue una víctima de la violencia política: de ahí su desprecio relativo por la gente que maneja "la cosa pública", su ironía temible cuando califica a los gestores y autores de ciertas leyes. Prefiere la calma para recordar la brutalidad del general turco Kemal Attiurk que lanzó a miles de sus compatriotas griegos al exilio ¡América, América, era el gran tesoro de la imaginación. Otros viajeros italianos llegaban con lo puesto y les bastaba comenzar a parar andamios en la construcción y no comer para ahorrar a la vuelta de los años el pasaje y reunir de nuevo la familia en Buenos Aires. Onassis copia el ejemplo y sueña despierto. Parece que le sobra talento como para mezclar el cemento con la arena y parte a vivir su aventura. Tiene una meta y por eso cuando rema llevando pasajeros por el riachuelo está seguro de que en esa forma conseguirá el capital inicial; el más difícil. Vive en obscuras pensiones, comparte cuartos miserables con marineros y tripulantes. El mundo toma dimensiones gigantes como para atacarlo sin más armas que la buena voluntad y la astucia personal. Pero su estrella refulge con destellos increíbles. Huele el dinero aun cuando busca la comida en el tarro de la basura. Aun cuando junta las migas, su único capital, que guarda en los bolsillos. En 1924 entra como mozo de los mandados en la Compañía Internacional de Teléfonos de Buenos Aires. Tiene que barrer un extenso patio, llevar paquetes, alejar a los ladrones nocturnos. Duerme muy poco, disciplina que aún conserva seguramente para alegría de las personas que están a su lado. En las horas libres mediante el préstamo de un amigo, compra cigarrillos y sale a revenderlos. Tiene un solo traje y naturalmente la mirada puesta en el horizonte. Al poco tiempo este vendedor volante sin crédito se transforma en uno de los principales accionitas de la tabacalera argentina. Ya tiene unos ahorros, una disciplina para el trabajo y conoce las flaquezas humanas. Aprendió en forma rudimentaria que el dinero no puede descansar un solo segundo como su propia imaginación. Saca sus ahorros para hacer las primeras importaciones, se asocia, extiende sus actividades. Deja de ser empleado y contrata a otras personas para que trabajen por él. En 1927, después de haberse nacionalizado argentino emprende viaje en el "Constantine". Esta parte del mundo le queda chica. Lo tienta ese universo desconocido de las grandes finanzas que tiene su capital en Europa. En 1943 se casa con Athina Livanos, casi una adolescente que tiene como dote la flota de petroleros más impresionante del momento. Onassis sigue deslumbrando por su habilidad para hacer negocios aun en el plano sentimental. El suegro -que se insinuaba como rival comercial- lo asocia a una serie de maniobras bursátiles. Onassis desarrolla una personalidad brillante, cautivadora, sagaz. Cuando menos lo espera está en la cúspide. Inicia la etapa de sus venganzas sutiles. Todo competidor que pretende obscurecerle su camino, perecerá. Se transforma en el hombre más importante de los salones europeos. Hace reír hasta las lágrimas recordando

sus hazañas -que nadie cree, por supuesto- cuando sólo tenía un par de zapatos y ninguna corbata. Compra flotas de aviones, barcos, islas -ese paraíso terrenal de Escorpión avaluado en tres mil millones de pesos chilenos-. Para recibir a su nueva reina ordena levantar un palacio con 180 habitaciones y jardines colgantes con un helipuerto y 200 cocineros, amas de manos, jardineros y servidumbre inferior. La atractiva viuda Jacqueline llega a la frondosa isla del Mar Egeo a bordo del yate "Christina" que naturalmente también cuesta tres mil millones de pesos. En una de las puertas ribeteadas de oro aparece un risueño anciano de 70 años protegido desde el aire por sus aviones personales. La pareja penetra a la mansión mientras las telefonistas reciben órdenes de no contestar ningún llamado. Afuera, en el mundo exterior, los que tienen un sentido pedagógico de la existencia, recuerdan las moralejas de las fábulas de la infancia.

RICHARD NIXON

300 expertos en sicología, política y economía hicieron de nuevo a un personaje que conoció el sabor de la bancarrota, el fracaso y la vuelta casi sin retorno a la popularidad. Sentado en la esquina de su cuadrilátero, mirando fijamente al enemigo que bien podía ser esa imagen implacable de la opinión pública, Richard Milhous Nixon, un hombre que pesa 90 kilos y tiene 55 años volvió a la carga para recuperar el cetro. Hoy levanta la mano victorioso. La gracia le costó 20 millones de dólares a él y su partido. Pero detrás de esta hazaña se pueden recoger todos los hilos de una aventura épica. Ulises regresa a su reino, a la misma Casa Blanca que le había dado rotundamente con la puerta en las narices hace menos de dos lustros. Pidió que lo pusieran en el último lugar de la lista para hacer méritos sin charreteras, desde el llano. Quería una

oportunidad para hacer saltar fuera de las cuerdas primero a George Romney, un titular ingenuo, después de Nelson Rockefeller que apenas resistió un cambio de golpes. Dejó al último al cinematográfico Ronald Reagan que tiró la toalla ante este molino de golpes que los pegaba certeros y al plexo, implacable.

Sus detractores terminaron por aceptar que era una verdadera escultura frente a los movedizos contrincantes. Un hombre que había nacido de nuevo después de caer al abismo. Controlaba sus nervios y no como hace 10 años cuando se enfurecía con los periodistas. Tenía una nueva escala de valores: los mediocres con los mediocres y los grandes con sus mayores. Esta vez -después de aprender la dolorosa lección— no se dejó tentar por las intrigas de baja estofa, ni por el dulzor de las polémicas estériles. Sabía que estaba obligado a pegar tres o cuatro golpes maestros y con paciencia musulmana se puso a esperar que pasara pronto la imagen del próximo rival político. Uno de ellos fue HH. Humphery, el escogido de los demócratas, pero también sabiamente seleccionado por Nixon para que pagara su imprudencia y el ímpetu oficialista. Nixon tuvo buen cuidado en asomarse al nuevo panorama político con la curiosidad de un joven, pero con la sapiencia de un veterano de muchas guerras. Siguió al pie de la letra los consejos del jefe de sus asesores -John Mitchell- un talento hecho para sacar a ciudadanos más o menos iracundos de sus hogares y llevarlos a la Casa Blanca. La procacidad, el lenguaje de los débiles, no pudo rozarlo. Ni la tertulia en la TV -que hace 8 años le costó el puesto- ni el tiovivo de las palmeras

que llenan espacios, páginas en blanco y por último no dicen nada. Nixon, un hombre cómodo que vive como un príncipe en un departamento de lujo de la Quinta Avenida con una fortuna declarada de 6.000 millones de pesos, no estaba dispuesto a felicitar a su ganador. Por eso se disparó, raudo, sabiendo que el que pega el primer golpe, ya tiene varios puntos a su favor. Cuando el binomio Johnson-Humphrey se dio cuenta de las verdaderas intenciones de su rival, Nixon ya venía doblando la curva con un porcentaje de casi un 25% en las encuestas preliminares. Johnson tuvo que detener el fuego aéreo en Vietnam, pero ya era tarde. Nixon, ese tranquilo abogado asociado con Mudge, Rose, Guthrie, Alexander y Mitchell, no abandonó su placer favorito -tocar piano entonando canciones frívolas— para hacerle juego al contrincante. Dejó estampada, al salir a la calle, una frase efectivamente destinada al bronce: "Quiero -dijo- reunir de nuevo a la familia norteamericana, quiero la paz en Asia". Wall Street afinó el oído sin hacer mayores conjeturas. Sus 300 orientadores abrían el difícil camino con un eslogan atrevido: ":Nixon es el hombre!" Mostrando su cara de boxeador jubiloso prometiendo la unidad total, la familia en torno a la mesa, dando gracias por el pan de cada día. Una imagen armoniosa y no distorsionada. El faraónico Nixon antiguo quedó archivado y ni sus contrincantes más enconados tuvieron tiempo de reactivarlo. Hasta el presidente Johnson señaló: "Después de todo, es un Nixon de carne y hueso" para decir que no era un fantasma que se paseaba, misterioso por Estados Unidos de costa a costa su-

mando votos, voluntades, deseos de triunfar, sin ánimo de revancha. Nadie como él sabía que la derrota no tiene sabor a miel. En 1964, después de la catástrofe política sufrida por el Partido Republicano, olvidó sus juramentos privados y se tentó de nuevo. Su mejor impulso era la derrota, la incredulidad, el desafío. Comenzó a trabajar 20 horas diarias, un desayuno de madrugada con un jugo de fruta y un vaso de leche y luego hacer frente a la avalancha de acontecimientos. Luego vino el mito de su resistencia: "Nadie como Nixon puede soportar tantas horas continuas de trabajo". Detrás de esta fachada existía el embrujo del desafío, el afán de sobrepasar todas las medidas de seguridad ideológica. Pidió ir a Vietnam para discutir la paz; dijo que los negros debían ser incorporados a la Gran Familia. Rememoraba como una obsesión una frase que en otros tiempos le hizo mucho daño: "Ser derrotado por un pelo". Por eso en esta nueva oportunidad junto con su equipo de asesores, proclamó la consigna de ganar por una abrumadora mayoría, para que la revancha tuviera el desafío de las victorias inapelables. Su barba caprichosa -que según algunos expertos le significó la derrota en el diálogo Kennedy-Nixon— ahora se la rasuraba dos veces al día para aparecer optimista, fresco y rejuvenecido. El "viejo" Nixon había aprendido la lección. Comprendía la importancia de las relaciones públicas, la necesidad de presentar una imagen tranquila, solvente y segura por anticipado de su triunfo. La vieja y manida leyenda del Ave Fénix recobra actualidad con la figura de este político increíble, duro, tenaz, solitario cuando camina entre los rascacielos a la hora del cerpúsculo, seguro de su vitalidad, temible cuando traduce ese grito guerrero: "¡Volveré!" Su regreso desde las cenizas asombró al mundo aunque no a sus 300 consejeros que se dieron a la tarea de reunir sus escombros para elaborar la vida de un hombre porfiado, vital, acuñando la fórmula de la salvación nacional.

CARLOS DROGUETT

Viéndolo caminar por las playas de Los Morros, subiendo y bajando por los cerros de Tomé, después de dar con la picada clave de "El Paleta" donde en su homenaje y casi sin saberlo le abrieron una pipa de quinientos litros de un vino ámbar, casi como si fuera de oro, da la impresión de un hombre tranquilo, casi en la frontera del bien y el mal, como si viniera de regreso de todo, cansado de saborear una gloria un poco tardía, agotado por la estridencia de un mundo interior que parece mantenerlo en estado atlético y tenso. Lo escuchamos desde lo alto de las colinas pesqueras: una melancólica historia de sus dos hijos, el teólogo, el médico (el mayor y el menor como consta en la dedicatoria de El compadre), y el impresionante respeto que siente por Isabel, su mujer, su víctima, su muro de los lamentos,

la ternura donde da la impresión que disminuye su ira y las más violentas de sus furias. Este energúmeno casi unánime, tremebundo, agresivo y dispuesto a decapitar a cuanto osado aparezca, crece ante los ojos de Isabel como un ángel tutelar, "el mejor hombre de la tierra", el padre ejemplar que ha educado sus hijos y construido, con cien gotas de sangre, su casa, su refugio. Con Pablo de Rokha -a quien defendió hasta en el mismo instante de su sepultura— parecen ser los volcanes más evidentes de nuestra literatura. Y si uno dijera que don Pablo fue un hombre tímido en el fondo, estallaría de inmediato alguna carcajada. Con Droguett ocurre lo mismo. Silenciado 30 años en las galeras, vapuleado, esquilmado por un sistema y por la más selecta cofradía de los mediocres, parece guardar en su memoria verdaderas bombas de tiempo. ¡Ya estallarán y en qué forma! En una oportunidad lleva los originales de su novela Eloy (ahora traducida a ocho idioma). En la editorial los lee un analfabeto, que fabrica folletines en serie, y los rechaza. Pasan los años y cuando vuelve a recuperar su trabajo, lleva en su bolsillo el texto impreso en España por Seix Barral que lo ha premiado en un concurso internacional. En otra oportunidad, un asesor literario no acepta "por poco clara y por inconsistente" otra de sus obras claves. Y es este mismo personaje -convertido por obra y magia en jurado del Premio Nacional de Literatura- el que le da su voto, precisamente por la novela que había rechazado años antes.

Droguett desconfía de estos seres humanos. Viajando en tren a la orilla del mar y viendo en una pequeña isla una familia de pingüinos, dijo a quemarropa. "¡Bah, pa-

rece una reunión de la Sociedad de Escritores!". No; sus amigos están en otros fondos, en otras trastiendas de la vida.

LA PASION DE ESCRIBIR

Se matriculó para ser abogado y jamás ejerció. Fue periodista y corrector de pruebas y un burócrata y un observador profundo de la condición humana y de la trastienda de los dolores sin libreta de apuntes. Terminado su horario, la humillación de las ocho a las doce horas diarias, vuela a su casa porque necesita escribir "como un esclavo, nada me hace detenerme, ni siguiera la promesa de libertad o manumisión". Delgado, con las manos nudosas, habitualmente apoya su cabeza para reafirmar algún argumento. Tiene el pelo corto y gris, el rostro encendido por múltiples neurosis, la congestión, la combustión que se libera sólo con sus libros. Confiesa: "Fui apuñalado. ¿Qué importa que lo haya sido con el cuchillo del matarife o con el cortaplumas del profesor? De todas maneras, he muerto desangrado en este papel especial, ¿quiere tocarlo? No puedo trabajar si no tengo la seguridad absoluta de que algo nuevo me saldrá mal, más mal que lo anterior, más malo que lo malo que hice el año pasado. Es cuestión de amor propio ser cada vez más imbécil". Parece que su consigna consiste en no tener piedad de sí mismo como si viviera gestando todas las formas más dramáticas y urgentes de autodestrucción. Implacable. Corrosivo, dándose el lujo de poner en la herida la dosis de sal necesaria y de resignación y comprensión. Y vamos sufriendo. Lo he sentido escuchar

historias como si estuviera dispuesto a dar un salto, sintiendo a su manera como si de pronto una piedra palpitara. Una palpitación minuciosa, enérgica y un poco brutal. El resto es misterio y también silencio. En ese mundo no entrará nadie y muy pocos.

PARA COLMO EL PREMIO

Un día caminando en Valparaíso me señaló una fuente de soda: Aquí estaba, confesó, comiendo un plato mezclado con marineros y viajeros de paso cuando informaron que me había dado el Premio Nacional de Literatura. Seguimos. Me mostró un banco. Dijo: "Aquí en esta plaza dije: "¡Con que te dieron el Premio, Carlos Droguett!".

Encogió los hombros antes de sonreir. Habían pasado algunos meses como para celebrarlo pero terminamos sirviéndonos una doble copa de helados con galletas. Una vez le dijeron, entre tantas cosas, que era un escritor fantasma y de pronto apareció entre los vivos. Había perturbado el ambiente con sus parrafadas que parecían no tener fin, esos círculos viciosos de la angustia y la desesperación donde nacen y mueren sus personajes. Tantos golpes recibidos hacen tambalear la resistencia más obstinada. Hablando de Cristo hace esta asociación: "El miedo crucificado con él en la cruz, a su lado el miedo, y al otro lado el terror". En su caso lleva la fuerza necesaria -como De Rokha- para defender su obra, sin miedo. Cuando aparece Cien gotas de sangre y doscientas de sudor, la crítica académica pone el grito en el cielo. Droguett responde titulando: "Cien gotas de envidia y doscientas de estupor". Explica: "Querían una novela de nervios apaciguados —o sin nervios—, querían una conquista exangüe de América, una suave, encantadora, versallesca, administrativa y reglamentada conquista; han querido, seguramente, unos conquistadores dóciles, amables, snobs, rascacueros hambrientos, pero elegantes y donosos; unos aborígenes encantadores, suavemente acogedores, tibiamente sonrientes, progresivamente dóciles y adoctrinados, clamando de rodillas que los conquistaran". Muchos después cuando le preguntaron su opinión sobre el crítico Hernán Díaz Arrieta (Alone) dijo: "No me gusta hablar de ciertos cadáveres".

DIAS DE INFANCIA

En un capítulo de tentativa de "Memorias": "Materiales de Construcción", cuyo título definitivo no sería nada de raro que fuera "Materiales de Destrucción", Carlos Droguett recuerda: "La calle Copiapó fue testigo de mi despertar a una vida dura". "Hacía siete años que mi madre había muerto de algún misterioso modo, yo no sufría directamente su muerte, sólo al paso rápido o lento de los años ella se había estado muriendo poco a poco en mi alma". "Lo pasé mal en el colegio, fue para mi meterme violentamente, fuera de mi voluntad, y mi voluntad no contaba, en un ambiente que me rechazaba. Estaba solo en el mundo cada vez más solo". "Me parece, me pareció desde que sentí mis primeros terrores, mis primeras angustias impregnadas de dudas, que la literatura es una maldición que se debe asumir hasta las últimas consecuencias, como un vicio atroz, esperando todo de ella, entregándoselo todo, en una pasión cri-

minal por la carne, por esta carne unitaria del arte que no admite postergación ni segundo grado, ni segundas nupcias; es una tara, un opio, una ceguera, una total alienación, una esclavitud más allá de la muerte". Cuando aparecen sus libros impregnados de esta fuerza vital v de esta maldición, el medio intelectual se contrae. Como con De Rokha casi consiguen su obietivo: silenciarlo Con Carlos Droguett, se equivocaron. Acosado por serios problemas económicos, precursor de un nuevo estilo irrumpe con una furia un tanto satánica y temible. Es un escudriñador de almas y personajes fuera y dentro de sus libros. Hablando de ese pasado confiesa alguna vez: "Cuando se mide la verdadera profundidad del energúmeno, llegan los conciliadores, los representantes del término medio". No. Prefiere comerse los libros o quemarlos. Prefiere seguir esperando, hasta que Eloy publicado en 1960 lo rescata de la oscuridad perfecta en que lo tenía sumido. Después aparecerán su polémico Cien gotas de sangre y doscientas de sudor. Patas de perro (1965). uno de sus libros más queridos. Supay el cristiano, El compadre (1967), El hombre que había olvidado (1968). Alguien le pregunta: ¿"Cómo se explica la acogida tardía a su obra?" Respuesta: "No me lo explico". Mientras la crítica en el extranjero habla de Eloy como una de las mejores novelas sudamericanas de la década v su autor es calificado como poseedor de una de las prosas más ricas y deslumbrantes de la narrativa contemporánea, Droguett arremete sin piedad contra ciertos valores establecidos. En un foro afirma: "La novela chilena es la más mala de América". Entrevistado por el escritor Guillermo Blanco dice: "La novela chilena es

cobarde y nunca se ha preocupado de la realidad nacional; hemos tenido Guerra del 79, Revolución del 91, los Pincheira, Manuel Rodríguez, los Carrera. Y de esto se han preocupado los folletinistas como Inostrosa, Pacheco y la Magdalena Petit. En cuanto al tema del conventillo y la explotación en la fábrica, felizmente algunos han picoteado en esto".

¿QUIEN ES QUIEN?

Es en los foros y en los programas de TV donde Droguett, según la opinión de uno de su hijos, arremete de acuerdo con la obra de Unamuno: Contra esto y aquello: "No envidio a Jorge Luis Borges, lo respeto, aunque me parece un miserable políticamente". Neruda ha sido siempre para mí un turista; un turista como hombre, un turista como político, un turista como poeta".

Cuando, el vacío era total —ya casi perfecto— Droguett se convierte en un curioso carpintero que diseña una mesa para el comedor y termina cepillando un paragüero. Se enjaula en medio de temibles vacilaciones cuando el desafío con la literatura parece total. Traza en forma previa cientos de esquemas, extermina los archivos, ordena los personajes con esta advertencia: "¿Qué saco con hacerme ilusiones? Críticos conozco y adivino que soñaban antaño con fabulosos esquemas, de novelas, de cantos épicos, de tratados magistrales, ¿y ahora qué son los pobrecitos? Fígaros peinados en el vacío en el gran salón de peluquería de Dios padre". De pronto, con una sutileza extraordinaria cuenta algunas intimidades hogareñas muy a su pesar. Confirmando que su pequeña casa

se le va haciendo cada vez más chica dice: "Cada vez sentíamos que el aire nos faltaba y a última hora he tenido que poner mis labios en los de mi mujer para respirarla". Justificando su agresividad manifestó: "En un país de pusilámines y de genuflexos no es raro que yo tenga fama de escritor agresivo. En los funerales de Pablo de Rokha ante la expectación general afirmó: "Se alza solitario y por lo mismo más fuerte, con esa fortaleza insolente que duele a los débiles, en nuestra incipiente adolescencia literaria, gravemente enferma de literatura. Su obra aparece tosca, bravía y balbuceante, con el balbuceo del corajudo y no del miedoso, con el balbuceo y la falta de cálculo y programa y técnica y cánones del mundo primitivo, de la selva exuberante y la montaña salvaje y abrupta que hay que romper a hachazos, maldiciones y dinamitazos".

CARDOS Y HIERBAS

Caminando junto al mar en Coliumo, Droguett vislumbró la posibilidad de levantar una pequeña casa "para venir a escribir seis meses del año aquí". Era una mañana radiante y tranquila del verano con ese equilibrio de luces y sonidos de la caleta. Recordó entonces que Baldomero Lillo había sido una paria de las minas y "habría que levantarle un monumento lleno de orgullo". Subimos más tarde, después de saludar a don Conco, doña Maigda y al tío Cocho hasta alcanzar la ladera y el bosque de pinos que ahora desapareció para siempre. Encendimos el fuego y otra vez se nos apareció el Droguett íntimo, fluido, contagioso en entusiasmo y en optimismo. Ya lo había

dicho antes: "Sentirme habitualmente optimista es una de mis cualidades, tal vez mi única cualidad. Este saludable optimismo es el que me ha permitido juntar madera en todos los rincones de la casa, maderas informes a medio terminar, apenas empezadas, dejadas de lado cuando recién sacaban unas penas impresionistas o mostraban unos centímetros de piel tersa en una sábana, de ripios y peñascazos". En la hora de levantar su copa, el ámbar del pipeño de Guarilihue tenía esos matices rescatados por Van Gogh y tan amados por Droguett. Tal vez dijo muy pocas palabras alrededor del fuego, pero sin guererlo estaba demostrando que era partidario de la más modesta solemnidad, de la justicia humana, de la confraternidad, de la alegría de vivir, y por eso miraba a Isabel su mujer en la ternura de un hijo que lavó sus heridas más profundas con la literatura. Cuando el sol más denso de Coliumo arreciaba. Carlos Droguett se tendió entre los cardos y la hierba, como lo ha hecho toda su vida.

GODFREY STEVENS

Era esmirriado. Cuando le contó a sus amigos que sería boxeador todo el mundo le siguió la broma. Un profesional le dijo que se había equivocado de puerta. Tiene que ir al médico —fue su consejo—. Y en vez de colocarse los guantes de box debe tomar vitaminas, crecer, tomar el aspecto de un atleta. Tarea imposible. El muchacho enclenque insistió. Tenía algo que a la larga emocionaba por su seguridad, un deseo de triunfar, de superación que por lo menos convertía las bromas más sórdidas en silencio. No hubo más remedio que aceptarlo porque era una verdadera pulga en el oído y desde luego el hazmerreír del gimnasio. Un palillo que entre las cuerdas pretendía castigar al contrincante poderoso. Sacó por cansancio a la gente. Convenció en la práctica. Si llegaba sería un boxeador diferente. Frío, calculador, metódico, disciplinado

hasta lo increíble, sistemático. Un relojero que convertiría cada músculo en una delicada pieza en una sincronización perfecta: reflejos dinámicos, precisos. Cauto, con la materia prima vital: la "cachativa" nuestra, olfatear el peligro y la debilidad del rival, estudiarlo como si en su exageración lo colocara dentro del objetivo de un microscopio. Y luego, después de construido el esquema, atacar con la seguridad de un hombre humilde que está levantando su propia casa. Los contendores fueron cavendo. No fulminados porque el incipiente boxeador que había empezado a subir de peso no poseía una pegada fulminante. Era otra de sus desventajas. Pero acumulaba puntos como una máquina. Los que se reunían para reirse de él se transformaron en sus admiradores. Después en amigos. Era algo obsesivo. Cada golpe de Godfrey era producto de metódicos ejercicios; cada ángulo de ataque estaba dentro de un plan. Los rivales se le aparecían en el espejo en las interminables tardes de entrenamiento. En una pizarra Balbontín, su manager de toda la vida, daba la impresión de tener algo de mecánico. Cada golpe era desarmado meticulosamente para que el pupilo conociera los íntimos detalles como para convertir una fuerza desatada en el comienzo del triunfo. En esa pizarra Stevens conoció los secretos de su oficio, las fórmulas que le permiten escabullir las trampas, eludir los momentos de apremio, atacar cuando llega el momento. El campeón cuando estaba seguro que había encontrado su vocación cortó por lo sano. Estudiando la vida de otros colegas proyectó también su drama. Muchos han terminado sus días vendiendo baratijas en la vía pública. El inefable "mono" Gatica, el astro argentino, que tuvo en sus manos el campeonato del mundo, escondía su última miseria en una población marginal antes de caer bajo las ruedas de un ómnibus. Entonces nada de despilfarro. Había que preparar la máquina. Y así lo hizo. Trabajo metódico desde las seis de la madrugada. Una caminata alternada con carreras breves de 10 kilómetros todos los días y contemplar la vida como si fuera un monje tibetano. Tal vez esta posición frente a las cosas le dio oportunidad de conocer otros aspectos de la existencia. Por eso Stevens es hoy un boxeador distinto, casi de otra serie. Lector ávido que de la simpleza aparente puede pasar al análisis de problemas profundos. No "transmite" por deformación del oficio. Al contrario. Por eso se ha conquistado un vasto público nuevo, aun al margen de la agresividad del boxeo.

Ha sido designado en cinco oportunidades "El Mejor Deportista", pero aún el ex esmirriado boxeador superó esa marca hasta ser elegido como "El Mejor de todos los deportistas". Al cumplir los 30 años sigue buscando el cetro mundial.

Casado, cuatro hijos (Catherine, Constancia, Godfrey John y Paul), el boxeo es en su hogar como un tarea difícil. Los pequeños preguntan, el campeón contesta. La oportunidad es buena para que cada golpe dado al contrincante tenga el carácter de un símbolo. La vida, les cuenta el padre, es como si uno a cada instante subiera al ring. Nunca sabemos lo que puede pasar "allá arriba". Pero si estamos preparados, pareciera que los golpes no duelen tanto. La primera pausa sirve para cambiar de tema. Leer en conjunto revistas de historietas. Terminar la última novela de Simenón, su autor favorito. Luisa Mal-

donado, su esposa, confidencia: Godfrey vive obsesionado por tener una casita en la cordillera. Le gusta la naturaleza. Está haciendo méritos. Terminó un curso especial I.B.M. para subir también otro peldaño en su trabajo. Todo lo que obtiene en el box lo invierte pensando en el futuro de sus hijos. Este hombre que conquista el centro del ring, casi siempre al segundo round, tiene algo de representativo. Es como el enviado especial de muchos chilenos. En él se reflejan luchando contra la frustración, los obstáculos aparentemente insalvables de la vida real. Es como la imagen del hombre bueno, aquel padre de antaño que llegaba al hogar y pedía que uno de sus regalones le pusiera las pantuflas antes de empezar a contar las peripecias. Y en los golpes que dispara da la sensación de que tampoco son impactos aislados sino como el castigo que merece la adversidad, la mala suerte. Esa "mala pata" que llevamos tan clavada en el alma.

SOFIA LOREN

Cada determinado tiempo la más institucional de las estrellas de este tiempo, la más rica de todas —gana por una sola película el sueldo que recibiría una empleada trabajando 400 años— hace una nueva noticia, sin ribetes espectaculares. Confirma, simplemente, en forma oficial una actitud, una acreditada conducta sobre sí misma, no malversa palabras preparadas de antemano por sus relacionadores públicos, no enfoca ningún turbio problema como para estremecer el fabuloso mercado común de sus películas, algunas bastante mediocres. Rodeada de los objetos de arte más exquisitos, ubicada en el centro de una mansión casi imposible, con 12 autos exclusivos a su disposición, sólo marca el rumbo de una mujer normal y por eso sigue asombrando a los periodistas, alimentan-

do la hoguera del suceso noticioso con un resplandor propio y casi clásico dentro de las limitaciones del término.

La imagen de la pobre muchacha angulosa, que ayudaba a empujar el carro de la miseria a su madre cada fin de semana, quedó para siempre rezagada en el olvido, aunque no tanto. Sus vestidos Dior, sus esplendorosas joyas y sombreros parecen servir de máscara a una nueva actitud en que cierto tipo de venganza podría diluir todo un paso amargo y solitario. La niña creció ante el asombro de sus vecinos y por el azar del destino se convirtió de la noche a la mañana en una exuberante representación de un nuevo estilo, también de una nueva forma, integral, saludable: la materia prima de una industria millonaria.

Era su escote el que promovía los mejores argumentos, una cintura académica, y en general una institución física que borró sin dificultad la manida silueta de la vampiresa ojerosa, voluptuosa y envuelta en extrañas atmósferas de humo y vicio. El nuevo producto era tan saludable como el sol y aun en el colmo de su drama irradiaba salud, posibilidades de días mejores. En su vida personal, después de arrasar con concursos de bellezas y filmar casi en serie una media docena de argumentos triviales, encontró al prícipe azul Carlo Ponti, un hombre adinerado, independiente, a quien también le gustaba el cine como una manera de decir algunas cosas. La alianza se produjo con serias irregularidades porque Carlo no podía obtener su divorcio. La bígama pareja debió soportar el asedio moral de numerosas organizaciones, deambular por varios países de la tierra buscando una solución a su problema. Hubo tentativas de arrestos, procesos iracundos, tan particularmente italianos, con gestos amenazantes del fiscal. Pero la pareja ganó todas las batallas, saltando aduanas, eludiendo funcionarios. Por fin, la paz y la noticia de la llegada del primer hijo. Era la obsesión de la melancólica harapienta de antaño, su frustración mayor tal vez cuando observaba a su alrededor ese mundo vacío que sólo dan los millones, las casas espectaculares, la servidumbre, toda la escenografía de la victoria material. Presurosa Sofía cancela sus contratos, que equivale a decir burdamente el cierre de una industria. Sigue paso a paso los consejos médicos, pero pierde la guagua. Así sucesivamente. Mientras dura el proceso de gestación sueña y casi delira. Busca la complementación de una vida que no conoció el descanso. Sueña con una nueva realidad de madre que podría convertirse -oh ironía- en esclava de todas las circunstancias, de todas las ternuras. Se mira cuidando su criatura día y noche. Adiós al cine y las ofertas cada día más increíbles. Le llegaron a ofrecer 150 millones de pesos por una foto suya en su octavo mes de embarazo. Pero la realidad es más cruel que la fantasía y deja la clínica, vencida, sola, para enfrentar de nuevo el destino, es decir las cámaras, las luces, que encierran en su interior un desagradable tintineo de dinero. Quisiera abandonarlo todo, pero no puede. Interpreta mujeres sofisticadas, bailando en la cuerda floja de la felicidad. Se adueña -en los filmes- de los salones; sus grandes ojos no encuentran obstáculos. Es la estrella -tal vez la última antes que la palabra caiga en definitivo desuso- una especie de monstruo sagrado de la sociedad de consumo. Se defiende. Dice: "No soy un mito, sino una mujer que ha conquistado con lágrimas el pequeño lugar que tengo en el mundo. Me gusta cocinar, limpiar la casa, los dulces detalles que encierran en su conjunto la felicidad". Luego, otra vez el golpe de gracia, el suspenso, la posibilidad de la maternidad. Corre a decir que dejará el cine a lo mejor para siempre y entra en esa agonía que esta vez iba a durar nueve meses. Ya había agotado todas las ilusiones, quería usar sus mejores poderes para concentrarse y ser la madre. Se había ganado el derecho. Algunos reporteros sensacionalistas le inventan las más desconcertantes historias. De noche deja la clínica de Ginebra, disfrazada. Se divulga que todo es un perfecto show publicitario. Aparece una campesina que sería, en verdad, la verdadera madre para aumentar el interés de los reticentes espectadores. Pero el ansiado día llega. Una buena parte del mundo humano se estremeció libre y solidariamente. Porque este embarazo de la estrella contó con una complicidad múltiple. Era un verdadero símbolo. El pequeño ser que Sofía muestra a los periodistas no sólo agita el cable sino el corazón de millones de mujeres. La napolitana del suburbio completaba el capítulo de una novela casi rosa. Las iras que desataba su esterilidad se aplacan no tanto como la confusión de los productores cuando ella entra en receso y entonces no produce, no alimenta esa caldera cinematográfica que devora argumentos: condesas tristes, mujeres aventureras, mujeres perdidas y encontradas por el talento magnético de la nueva madre. La experiencia personal sirve de lección. Dice emocionada: "Cada vez he vuelto a juntar coraje y fe para luchar de nuevo. Estaba segura de que podría tener un hijo, como las demás mujeres. Anhelaba tener una familiar normal como la tienen casi todas las mujeres".

Un extraño encanto, la había convertido en un familiar, tal vez un pariente que sufre y no se conforma con el éxito, que sin quererlo pide ayuda, sin saber qué necesita. Montañas de cartas protegieron a Sofía en los momentos culminantes de su tristeza, como así también cuando pudo mirar de cerca al pequeño ser que completó su existencia. Son estas separaciones, estos instantes domésticos de su vida, estas ternuras tan íntegras y honestas las que mantienen su éxito rutilante. Es el contraste triunfador en la era en las que estrellas terminan junto a un tubo de pastillas para dormir y al lado de un teléfono blanco que no contesta.

LENIN

"Lenin simboliza el siglo XX"
René Cassin, Premio Nóbel, miembro
de la Comisión de las Naciones Unidas
para los Derechos del Hombre.

Era bajo y robusto, de ojos chispeantes que se iluminaban aún más cuando hablaba. Entonces su rostro ovalado adquiría nuevos destellos, cada nueva idea se transformaba en mínimos relámpagos que buscaban un cauce. Tenía un imán poderoso para hacerse escuchar y la palabra certera para expresarse. "Era todo palabras, dice su amigo Máximo Gorki, porque bullía por dentro con eclosiones volcánicas." Después, cuando bajaba de la tarima parecía perder la fogosidad diamantina después de pronosticar que exigía la felicidad sobre la tierra de todos los seres humanos.

Recorrió la más vasta gama de pruebas y sometimientos. La cárcel fue su escuela bastante continua. Estuvo preso 14 meses en una celda en la prisión de San Petersburgo. Luego el exilio. Siberia, varios países de Europa.

En los momentos culminantes de su pensamiento adoptaba una pose característica: echaba hacia atrás su voluminosa cabeza y metía las manos en los bolsillos de su chaleco. Fue una mezcla de acero y arcilla, roca de seguridad y titubeo, hasta que elaboró la teoría de una nueva justicia social, una utopía que llevó a la realidad para cambiar el curso de la historia. Fue también despiadado, violento y cáustico con una voluntad de trabajo inconcebible. No perdió un solo minuto de su existencia. Aun gravemente herido por un terrorista continuó en viva actividad. Solía responder a varios nombres: William Frey, Nikolai, Ilya, Volodia.

Su historia comienza en Simirsk, una ciudad próxima al Volga en una casa que se levanta en la calle Moskovskaia. Su padre era inspector de escuelas. Nació el 22 de abril de 1870. Su verdadero nombre fue Vladimir Ilich Ulianov. Jugó en los bosques, hasta que comenzó su interés por conocer el secreto de las cosas. Creó su propio método de estudio y una fórmula para aislarse y concentrarse. Luego de largos períodos de silencio se mostraba expresivo, con leves cargas irónicas. Tenía una manera especial de hacer las tareas: en los márgenes de los textos anotaba los fundamentos de un problema y luego las conclusiones, así se tratara de los asuntos más simples. Al respecto, uno de sus biógrafos recuerda: "Al leerlo resultaba fácil recordar que siempre partió del planteamiento de organizar una revolución con el objetivo de llevar al proletariado al poder. En llenar los blancos entre uno y otro extremo transcurrió la vida de Lenin." Cada uno de sus pasos señala la partida y conquista de un objetivo aun en la época de las incipentes profecías. El ganado

humano se debatía en el barro y el hambre mientras su Salvador —que se convertiría en uno de los hombres más grandes de los tiempos modernos— preparaba la estrategia.

En su familia, Alexander, el hermano mayor, de aspecto apacible y romántico, rompe el fuego. Participa en un complot un tanto descabellado para matar al zar. Los terroristas comenzaron por vender una medalla de oro que Alexander había ganado en la Universidad de San Petersburgo para comprar armas y pólvora. Fueron sorprendidos. Terminaron ahorcardos el 20 de mayo de 1887. en la fortaleza de Schülssenburg. Lenin ya tenía sobre su velador El capital, de Carlos Marx, cuando entró a la Universidad siendo expulsado al poco tiempo. Estudió solo v se transformó en un alumno brillante. Se recibió de abogado, pero sólo ejerce por poco tiempo. Presionado por sus ideales y la necesidad de llevar a la acción sus pensamientos, alquila una pequeña casa en San Petersburgo. En el día tomaba un aspecto tranquilo, pero de noche cubierto por un viejo abrigo y un gorro echado sobre los ojos, partía a los barrios humildes. Sostuvo interminables conversaciones con los obreros. Parecía sumido en una verdadera vorágine, saltando de puerta en puerta, como mensajero de una causa que aún no encontraba su camino. Era directo, sin preámbulos en sus preguntas: ¿Cuánto ganaban?, ¿cómo vivían? Su rostro había adquirido una súbita madurez y los ojos parecían chispeantes de cólera. Quería ordenar el caos, restructurar la sociedad, recuperar a los humillados y ofendidos, sacar a los poderosos del templo, llenar de chispas el Universo para que se iniciara la revolución.

Su pasión era contagiosa y pronto conquistó discípulos. Habían caído al pozo de la degradación total. No vislumbraban una sola salida para sus existencias cuando Lenin empezó a tocar las campanas a rebato, cuando les destruvó el miedo v en cambio les clarificó sus derechos. Era un loco y tránfuga, para los sectores que amenazaba. Un individuo sin razón que hablaba de milagros imposibles. Decía: "La crueldad de nuestra vida, obligada por las circunstancias, será comprendida y justificada. Todo será comprendido." Creía en la belleza, en la verdadera razón de la vida, en el establecimiento de profundas escalas de valores. En una oportunidad le confidenció a Gorki: "No conozco nada mejor que la Apassionata de Beethoven. Me gustaría escucharla todos los días. Es una música sobrehumana. Siempre pienso con orgullo: ¡Qué maravillas pueden hacer los hombres!"

Llega el momento de la acción. Impone nuevos criterios, fulmina teorías equívocas. Traza un esquema que señala entrenar su partido para la lucha. Ya los obreros se habían sumado a su cruzada, pero los campesinos permanecen aún distantes y desconfiados. Los trabajadores de la tierra muestran "una sombría desesperación", porque les parece que el milagro propuesto resulta imposible. Dejar el arado para tomarse el poder no les resulta una tentación, sino una quimera.

Lenin que le dedicaba escasas horas al sueño, que no bebía ni fumó nunca tuvo una vida sentimental tranquila. Por su camino se cruzó la hermosa Nadezhda Krupskaia, frente amplia, nariz recta, labios delgados, inundada de una incontenible pasión por la causa. Fue la muda testigo de sus anhelos y fracasos, sus debilidades, sus triunfos y

grandezas. Nadezhda, se transformó en muchas mujeres a la vez, desde enfermera a secretaria con una dulzura y sentido del sacrificio increíble. No se separaría de Lenin sino hasta el día de su muerte. Cuidaba su ropa, cocinaba, se encargaba de contestar parte de su correspondencia y en los momentos culminantes de las grandes crisis se encargaba de levantarle el ánimo. Fue un amor diferente. Hecho de fragmentos, de violentas emociones, hermanados por un amor profundo hacia la humanidad, por todos los hombres y las mujeres. La ternura de Nadezhda superaba los problemas. Se los veía cargados de archivadores, saltando de un lugar a otro, ella casi siempre en un segundo plano, pero lleno de dignidad. También fue condenada y vivió en los calabozos. Pasó por todas las pruebas del amor mostrando un temple increíble. En los buenos momentos, Nadezhda se tendía junto a Lenin en algún sendero para escucharlo o simplemente para mirar el paisaie. Luego regresaban a la clandestinidad con mayor coraje y voluntad.

Lenin jugaba al ajedrez, su entretenimiento favorito y era capaz de leer desde *La Historia del Traje* hasta el último volante clandestino, casi en forma simultánea.

La policía termina por cercarlo y debe partir a Génova, Suiza, París. Su camino hacia el Kremlin donde se instaló en marzo de 1918 fue largo y tortuoso. Removía el fondo de los conceptos, sus tesis apuraban la revolución, pero múltiples obstáculos paralizaban la acción. Las bibliotecas se convertían en su domicilio mientras formaba grupos adictos que terminaron por seguirlo en forma incondicional.

Cuando permanecía en Berna, recibe la noticia de la

destitución del zar Nicolás II en marzo de 1917, mientras anuncia su inmediata partida para iniciar "la verdadera revolución".

El 16 de abril de 1917 los obreros le abren paso mientras el Gobierno Provisional lo invita a integrarse. Caminaba por dentro un movimiento arrasador que tendría las características que Lenin deseaba para instalar el socialismo en su patria. El golpe fracasa y debe exiliarse una vez más; ahora en Finlandia. De ahí nació toda esa argumentación casi cinematográfica. Huyendo en una locomotora para volver más tarde a Petrogrado cuando históricamente todo parece dispuesto para concretar sus ideales.

Los revolucionarios terminan por tomarse el poder después de una serie de dramáticas jornadas. Lenin se instala en el Kremlin. No cambia sus hábitos. Come en la cocina, vive con el reloj atrasado un cuarto de hora y contesta la abultada correspondencia. Tiene en sus manos el destino de millones de seres que confían en su poder para conducirlos. Se inician las grandes proclamas. La tierra pasa ser de los campesinos. Una ola de optimismo recorre la nación.

Máximo Gorki anota este otro detalle de su carácter: "Nunca había visto a un hombre que supiera reír de manera tan contagiosa como lo hacía Vladimir Ilich. Hasta causaba extrañeza ver que un realista tan austero, un hombre que percibía tan bien, tan profundamente lo inevitable de las grandes tragedias sociales, pudiera reír como un niño, con lágrimas atragantándose. Para reír así, había que tener una gran salud espiritual."

En los primeros días de marzo de 1923, Lenin enfermó

gravemente. El 21 de enero de 1924 dejó de existir a consecuencia de un derrame cerebral.

Sus restos fueron trasladados a Moscú y velados en la Sala de las Columnas de la casa de los Sindicatos. Era pleno invierno y miles y miles de obreros, campesinos, empleados y delegaciones de todos los sectores desfilaron ante el féretro para rendir su homenaje póstumo.

Una proclama decía que "Lenin encarnó la pasión revolucionaria que remueve montañas, la fe infinita en las fuerzas creadoras del pueblo, el inmenso genio organizativo hasta convertirse en el símbolo de un mundo nuevo desde el oeste hasta el este, desde el norte hasta el sur".

El rostro de Lenin había perdido su brillo esencial, pero encerraba en su conjunto la tranquilidad total, la conciencia de haber puesto su vida y su genio al servicio de todos los hombres de la tierra. Su muerte tuvo una respuesta inmediata. A las pocas semanas de su desaparición, 240.000 hombres y mujeres pidieron sumarse en forma inmediata a la causa que había inspirado.

El crítico soviético Vatslav Vorovski comentó: "Las borrascosas épocas de los cambios históricos producen hombres que parecen encarnar el alma del momento vivido. Son los portadores de todo lo nuevo, que en la lucha, se abre camino y conquista el derecho a la existencia. Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, fue un hombre de este tipo."

YURI GAGARIN

El héroe del siglo XX, el primer hombre del Cosmos, el Cristóbal Colón del espacio sideral, coronel, diputado del Soviet Supremo de la URSS, Yuri Gagarin, perdió la vida cuando estaba próxima la celebración del séptimo año de su hazaña que abrió la puerta a los navegantes del espacio para curiosear los misterios de las estrellas y de las galaxias: todos los mundos ramificados en el infinito. La radio y la televisión de Moscú interrumpieron sus programas habituales para confirmar que el cosmonauta de 34 años, casado, dos hijos, había perdido la vida a bordo de un avión de entrenamiento biplaza que partió desde un aeródromo militar, en Chkalovdkoye. El motor del aparato se detuvo mientras Gagarin enviaba a la torre de control un sereno mensaje. "Estoy cayendo." Los restos del avión fueron encontrados cerca de la ciudad de Vladimir.

Algunos científicos norteamericanos dudaron de esta noticia oficial afirmando, en cambio, que tanto Gagarin como su acompañante, el coronel Vladimir Sereguin, de 46 años, habían perdido la vida en un vuelo orbital iniciando una nueva hazaña cósmica soviética.

La misma agencia TASS que el 12 de abril de 1961, a las 9 horas y 7 minutos, informó al mundo de que los científicos soviéticos habían logrado colocar en órbita un satélite tripulado, ahora dio los detalles del trágico fin de Yuri Gagarin.

Los dos impactos noticiosos estremecieron las campanillas de alerta de los teletipos. Gagarin, después de su descenso victorioso respondió cuando le preguntaron cómo se veía la Tierra desde "allá arriba": "La Tierra, desde la nave espacial, parecía azulada. Se veían montañas, costas, ríos y bosques y los océanos se apreciaban claramente. En el cielo negro se destacaban las estrellas como puntos brillantes." Había un trasfondo poético en estas observaciones, como en otras que anotó cuidadosamente en su bitácora de viaje (el primer libro llevado al espacio exterior).

La última información divulgada por la TASS (ahora para anunciar su muerte) dijo que Gagarin pudo salvarse, lanzándose en paracaídas, pero se quedó a bordo tratando de evitar que su avión se estrellase.

Sus amigos coincidieron en que se trató de un "típico acto de heroísmo" realizado por un hombre fuera de lo común.

Era de regular estatura, de ojos claros, risa bondadosa. Los que conversaron con él coincidían al afirmar que a medida que iba desarrollando la charla su figura se agrandaba, con algo de una insólita fuerza interior, modesta, pero soberbia a la vez, inteligente, y de una serenidad pasmosa. Físicamente era como el símbolo de la nueva juventud del mundo: soñador realista, un visionario partiendo y llegando del Cosmos, inspeccionando rutinariamente las estrellas, los planetas distantes, las galaxias infinitas. En una oportunidad dijo: "Antes de terminar esta década los científicos instalarán en órbitas cercanas a la Tierra gigantescos laboratorios tripulados que incluirán equipos de comunicaciones, laboratorios y observatorios astronómicos y meteorológicos a cargo de personal especializado."

Si le preguntaban si él sería el primer navegante del espacio soviético en poner los pies en la Luna, se limitaba a contestar: "En la URSS hay astronautas muchos más avezados que yo." De hecho los científicos de su patria no deseaban que su héroe máximo espacial corriera nuevos riesgos. Gagarin pidió entonces que le dieran un papel activo en la preparación y adiestramiento de nuevos tripulantes siderales.

La URSS lo nombró embajador, visitando a Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y varios países de América Latina, entre ellos Cuba y Argentina. Las estrellas de cine norteamericanas, cansadas habitualmente de firmar autógrafos, le cerraban el paso para que Gagarin pusiera su firma en el libreto de los argumentos que estaban interpretando.

Su padre fue un modesto carpintero, un artesano lleno de sabiduría, y su madre, Ana Gagarin, le dio una educación optimista y creadora. El Cristóbal Colón del espacio dio muestras de un carácter indomable antes de convertirse en el primer astronauta de la humanidad. Fue sometido a todas las pruebas imaginables, para graduar su temple, su espíritu de lucha y su personalidad temeraria. Salió airoso. Recién el día que iba a ser lanzado al Cosmo, le confidenció a su mujer Valentina: "Hoy saldré a cumplir una misión importante." Horas más tarde les dijo a los científicos en los momentos que comenzaban a cerrar la cápsula para la histórica proeza: "¡Hasta la vista, amigos . . . hasta pronto!" Luego un fuego infernal impulsó el cohete que se elevó llevando a Gagarin en el extremo, sereno, vigilando el complejo instrumental del Vostok 1 (Oriente 1) de 4.725 kilos.

Gagarin había vivido en las últimas semanas una serie de celebraciones emocionales: su cumpleaños Nº 34, el séptimo aniversario de su hija menor Galya. Su otra hija Yelena, se despidió de su padre el día de la tragedia en forma emotiva. Gagarin partía en un vuelo de rutina a bordo de un viejo caza de reacción de los tiempos de la guerra de Corea.

En muchas oportunidades había hecho dramáticos llamados a la paz, a una mejor convivencia entre todos los humanos, haciendo ver que desde el Cosmos la dimensión de los habitantes de la Tierra, era mucho más pequeña y todavía deberíamos estar preparados para comparar ese pequeño mundo terrestre con los millones de otros mundos que giran con sus ráfagas de estrellas y galaxias.

Cuando el pueblo soviético rindió homenaje al astronauta Vladimir Kómarov que perdió la vida al culminar un vuelo espacial. Gagarin hablando en la Plaza Roja pronunció estas palabras que ahora tienen para él mismo un hondo y emotivo significado y reconocimiento: "Ha sido trágicamente tronchada la vida de un hombre valeroso y de gran talento. Continuaremos la causa a la cual consagraste tu vida, Vladimir Mikhallovich."

CHARLES CHAPLIN

CHARLIE, Carlitos, Charlot... Un pequeño hombre pobretón, chistera, bastón de bambú, fragmento de bgiote negro y esos zapatos enormes, casi torpes. Dentro de la indumentaria, el sobreviviente de un folletín. El recuerdo de la madre que pierde la razón, el hambre sombrío de los suburbios de Londres, el desamparo, la humillación de la pobreza. Bulle un mundo que busca un camino para expresarse. La humanidad se entretiene con sainetes hechos a base de puntapiés, tortas que dan en pleno rostro. El ingenio empieza cuando el malo persigue al bueno alrededor de una mesa circular, cae, tropieza, se hunde. Carcajada general. Chaplin mira el espectáculo que no coincide con su propio dolor ni tampoco con su sentido de la alegría. Cuando su mínimo personaje aparece en la escena, su presencia tiene algo de universal. Viene a reivindicar al

pobre hombre, al más desdichado de los habitantes de este valle de lágrimas. Será el prototipo del indefenso, el vagabundo, el que debe desempeñar cien empleos para comer. No conocerá el reposo. El mundo que lo rodea está lleno de contradicciones. Lo habitan monstruos y ángeles. seres perversos y puros hasta la exageración. Son gigantes tiernos y enanos torvos, mujeres que hacen sonar las pestañas en escenas fulminantes de amor, porteros implacables, policías que más parecen custodiar la puerta infranqueable del Paraíso. Entre estos límites se moverá Charlot cuando Hollywood lo tienta con el esplendor del dinero que se multiplica con la celeridad que sólo antes había sido motivada por el Evangelio. El pobre hijo de un frustrado actor alcohólico recibe cheques que oscilan entre los quinientos mil y el millón de dólares porque su personaje logra impactar, promueve la movilización de millones de seres en el mundo entero que ven en este pequeño ser travieso, pasmoso, trivial, profundo, su propia imagen. Bordea las risas y las lágrimas según la legitimidad de los sentimientos de los espectadores. Chaplín filma en 18 meses 12 obras maestras, entre ellas: "El usurero", "El emigrante". De 12 mil metros de película, sólo deja 500. Es un maestro de la precisión formal, un artesano que deslumbra a sus colaboradores. Corren los primeros meses de 1917 y se independiza. Se apresta para filmar "El Pibe" -otro hito de su historia- (1921) un canto lleno de ternura y emoción desconocida.

La gloria parece abrumarlo. Viaja a Europa para recibir el emotivo reconocimiento de miles de admiradores. Mientras permanece en Londres recibe un promedio de 73 mil cartas diarias. Visita de incógnito Kennington Road.

Clava los ojos en el número 287. Ahí nació y algunas vecinas salen a mirar a un hombrecito elegantemente vestido que no oculta sus lágrimas. Visitará también su verdadero mundo de la infancia: el orfelinato de Hanwell, Los niños lo rodean. Promete regresar para proyectar sus películas. No puede. Tambalea. Un chofer regresa colmado de golosinas y regalos. Pero Chaplín proyecta su argumento en una pantalla mayor: en la conciencia de la humanidad que sale de la primera guerra preparándose de inmediato para la segunda. Fortalece su personalidad transformándose en un peligroso "hacedor de paz" según sus propias palabras. El ciudadano Kane (Hearst), propietario de una cadena de diarios se transforma en su implacable enemigo. Lo acusa de extremista. Chaplín contesta con nuevas películas: El Circo, Luces de la Ciudad. Fracasa rotundamente en su vida sentimental. En noviembre de 1924 su esposa Lita Grey pide el divorcio acusándolo de graves irregularidades privadas. La separación le significa un millón de dólares. Lita, en el apogeo de su gloria, figura como estrella sin ropa en los cabarets de moda v terminará sus días escribiendo sus Memorias contra Chaplin, sumergida en el alcohol y en el fracaso. Chaplin busca desesperadamente el amor hasta que lo encuentra en forma definitiva en Oona O'Neill, hija del célebre dramaturgo norteamericano que la deshereda. Chaplin tiene 54 años, ella 18.

Al culminar la década del 40, Estados Unidos desconfía de sus cimientos democráticos. Se inicia una intensa cacería de brujas, Chaplin figura entre los sospechosos. Promueve un mejor entendimiento entre los hombres, desea la paz por encima de todas las cosas, predica la armonía, el bienestar común, la posibilidad de abrir un diálogo a nivel internacional entre los gobernantes de prestigio. Se ve en la necesidad de aislarse en su casa de Hollywood. Filma entonces una de sus obras cumbre *candilejas* que es, a la vez su testamento, un mensaje profundo a la humanidad. En 1952 el ministro de Justicia norteamericano James McGranery, anuncia que tiene suficiente documentación como para sostener que Chaplin es un antipatriota.

Una madrugada se embarca con su mujer y sus hijos rumbo a Londres. Una fantástica multitud lo espera en el muelle gritándole ¡"Quédate con nosotros Charlie"! El 16 de abril de 1953 Chaplin renuncia a seguir viviendo en Estados Unidos. Después se concentra en la filmación de la película Un Rey en Nueva York una sátira moderna en que juzga y critica los procedimientos de los tribunales estadounidenses y las contradicciones del mundo moderno. Vive en la actualidad en Suiza. En su residencia escribió sus Memorias, un vasto resumen de sus experiencias. Tierno, apasionado, intransigente, todos los críticos y expertos del cine coinciden en afirmar que Chaplin es el único genio que ha producido la cinematografía mundial. Uno de sus grandes amigos anunció, como regalo de cumpleaños que postularía su nombre al Premio Nobel de Literautra. En este último tiempo, da la impresión de haber alcanzado en forma definitiva la paz interior -que tanto buscó- siempre rodeado, Oona que es su secretaria, amiga y mujer. Con el rostro melancólico, cabello blanco y una especie de dulce mueca, saludó a los escasos amigos que lograron franquear la frontera de su silencio, de su estupor frente al nuevo destino del mundo, reviviendo esa frase final de sus Memorias: "Me siento a veces en nuestra terraza, a la puesta del sol, y contemplo la amplia pradera verde con el lago a lo lejos, y más allá del lago veo las tranquilizadoras montañas y en esta disposición de ánimo, no pienso en nada y gozo de su magnífica serenidad"".

CHRISTIAN BARNARD

Hace tres años. Un oscuro médico de Sudáfrica, delgado, de apariencia serena, torturado interiormente, ojos azules, frente amplia, alto, fraterno, abría las puertas del hospital para anunciar al mundo que él junto con un equipo de 30 extraordinarios ayudantes había colocado en el cuerpo de Louis Washkansky el corazón de una muchacha negra muerta en un accidente. El suceso estremeció no sólo al cable sino la conciencia, la moral y la sensibilidad de toda la Tierra. Cuando el hombre-milagro logra ser atrapado por las nubes de reporteros gráficos, sonríe melancólico. En un gesto tierno y romántico tomará de la cintura a su esposa Lowjie, una hermosa enfermera de pelo castaño y ojos dorados que conoció cuando era estudiante de Medicina. Luego se agrandaba el grupo familiar con la presencia de sus dos hijos: Dierdre y André.

Barnard habitualmente se mostró cauto y reservado en las primeras entrevistas mientras una lluvia mundial de cables caía sobre sus hombros. Pronto las ofertas más insólitas se fueron acumulando en su mesa de trabajo. Dijo que le gustaba la natación, leer en la noche, conversar con su gente y estudiar. Le fotografiaron las manos -afectadas por una aguda artritis que le endurece los dedos produciendo fuertes dolores— desde los ángulos más increíbles. Un escultor las reprodujo en bronce. Su foto a todo color es colgada en los puestos de diarios. Algunos reporteros rastrearon su pasado humilde y oscuro. Barnard no lo ocultó. El resentimiento comenzó a aflorar precisamente en el momento cumbre de su carrera. Contó que fue vendedor de diarios y de leche. Que se ganaba algunos centavos en los campos de golf cargando las bolsas de los jugadores, que debía caminar kilómetros para ir a la escuela, que su madre, una mujer luchadora y ambiosa, lo golpeaba cuando no obtenía buenas notas, que su padre, un pastor calvinista, lo amenazó muchas veces porque era distraído y soñador. Luego vinieron tiempos mejores. Fue becado. Era efectivamente, un alumno excepcional. Estuvo en Estados Unidos. Ya experimentaba trasplantes con perros. Vivía obsesionado, cuenta Lowjie, ahora que se ha quedado sola. Casi no dormía. Tiene una fuerza de voluntad enorme, pero daba la sensación "que estaba esperando algo grande". Una hazaña que torciera el rumbo de la medicina. Pasaba largas semanas sin hablar, sin un solo comentario. Podía ocurrir un accidente, tal vez las desgracias más grande, pero Christian no escuchaba. Era tierno, sin embargo, en los escasos momentos de euforia, recuerda ella. Se robó el amor de sus dos hijos que ahora están

viviendo una crisis tremenda porque el ídolo mostró que tenía los pies de barro y los abandonó en medio de nubadas de flashes, cables de radio y TV y gente que pregunta cosas, y que saberlo todo, para contarlo todo porque el papá de la noche a la mañana se convirtió en uno de los hombres más famosos del mundo. André, recuerda que era macanudo que entendía casi todo, que quería hacerlos estudiar medicina, que habían hecho planes juntos muchas veces especialmente en la noche cuando lo sorprendía retorciéndose los cabellos en un gesto de desesperación. Con su pequeña filosofía adolescente ha dicho: "Mi papá tiene que volver." Simplemente. En cambio, Dierdre piensa de otra manera, porque las cartas de papá escasean cada vez más y la ausencia se debe hacer más desesperante, más inexplicable.

Cuando Barnard apareció espectacularmente en el escenario mundial de la noticia algunos de sus colegas conservadores criticaron su exhibicionismo, su afán por verse en todas las portadas, en los noticiarios. Una editorial le propuso de inmediato un libro y el cirujano aceptó. Una productora, un argumento de cine. Y Barnard no se negó. Los modistos desde Londres a Berlín se lo disputaban para estrenar sus atrevidos modelos de temporada. Algunos médicos lo calificaron abiertamente de inmoral. Barnard contestó: "La peor inmoralidad es dejar que se muera un ser humano."

Empezaron los viajes, las conferencias. Las mujeres revolotearon en torno a su fulgor casi diamantino. Estrellas de cine y las damas europeas consideran que recién era un éxito una fiesta cuando contaban con la presencia de Barnard, ese galán que baila con el entusiasmo de un

estudiante y hace conquistas sin ningún esfuerzo. Le dicen: "Todo el mundo creía que usted era un anciano gruñón con anteojos". El muestra su perfil y pone el ojo en la mujer que sigue. Le atrae la noche, las bambalinas, una vida frívola que lo lleva a realizar los peores disparates.. Lo sorprenden en una actitud excepcional con una corista. Le pega una bofetada al reportero gráfico, pero se conocen detalles. Ya Lowjie había regresado a su hogar. Permanecía a la expectativa. Barnard se transforma en su propio Relacionador Público. La princesa Grace de Mónaco organiza un baile en honor del "cirujano de las manos de oro". Se le ve con Gina Lollobrigida (hasta se anunció su posible matrimonio después desmentido). Se fotografía con Sofía Loren y con Uta Revka. Lo descubren en una playa con una muchacha hija de un fabuloso industrial. Los médicos jóvenes no salen de su asombro cuando lo escuchan. En cambio, un amplio sector lo descalifica. La ciencia parecía haber aflorado al nivel de Los Beatles. Las encuestas descubren que llegó a ser más popular que Bob Kennedy y De Gaulle. Cada día le suben los bonos. Se muestra generoso y desprendido. En Sudáfrica, Lowjie, mordiendo su fracaso, confiesa: "Christian jamás ha amado a nadie fuera de él mismo, naturalmente. Yo que lo conozco tanto tengo miedo por su futuro. El sabe que va al despeñadero." Cuando se produce la ruptura oficial y el matrimonio tiene que asistir a una sesión pública, los mutuos cargos que se hacen en los tribunales espantan a los testigos presentes. La pareja humana con los pies de barro mostraba sus heridas, sus acusaciones quemantes y terribles que obligaron al juez a terminar con los alegatos. Hubo después un silencio. Por una puerta salió Barnard

abatido, con un mechón de pelo caído en la frente pensativa. Ahí iba asediado por los fotógrafos, el genio médico. el cirujano excepcional, el audaz precursos de una vida más larga, el hombre que iluminó este siglo con su capacidad v talento. Ya no parecía fuerte ni seguro. Ya no tenía en los ojos esa rebeldía de antaño que le permitió derribar montañas, prejuicios, dificultades casi sin límites. Todavía dio vuelta la cabeza para mirar por última vez a Lowjie que seguía de pie como esperando que cavera definitivamente el telón sobre la grotesca comedia. Nadie intentó fotografiarla en un gesto de piedad y comprensión. En cambio Barnard caminaba entre los flashes escandalosos, no se sabe si victorioso o condenando el momento en que se convirtió en astro, en galaxia, en el ejefe de ese universo irreal, tan intangible que ya no era ni sombra de ese muchacho que repartía diarios para llevar un poco de pan a la casa.

"No tiene el corazón bien puesto", confesó a media voz Lowjie en la última y lapidaria ironía de mujer divorciada.

JOAN BAEZ

Es el más auténtico producto del contrasentido, y la paradoja. La propaganda la convirtió en el ídolo de quienes critica y acusa casi sin piedad. Sus canciones la transformaron en el símbolo de la protesta por los mismos que ella ofendió y denunció con voz triste, suave pero implacable. Colmada de gloria y dinero, viviendo en las cárceles y en los principales escenarios del mundo, da la impresión de un ángel que vuela con una espada de fuego y la fuerza necesaria para repetir la historia de la expulsión del templo de los mercaderes. Antes de su aparición, la mayoría de las canciones servían para ponerle ritmo a la existencia, era una entretención más o menos inofensiva. Pero Joan Baez sembró una carga de dinamita. Esta pacifista por excelencia, lanzó verdaderas bombas de profundidad

en su contorno para denunciar que algo, en este mundo. no marchaba como era debido. Las fábulas de antaño, la letra fácil, insípida y pegajosa, la poesía de segunda y tercera mano, que explotaba los sentimientos domésticos. la ramplonería en boga, el teje y maneje de argumentos baladíes y superficiales, quedaron en un segundo plano, "La vida, dijo, es algo más serio que cantarle a la Luna". El impacto gustó a los muy jóvenes que promueven a cada instante la caída y remplazado de sus ídolos de turno y a un amplio sector de auditores marginados un poco del trajín del cancionero llamado popular. La meta de la nueva cantante era encontrar, sin pérdida de tiempo, un mundo mejor. Pronto descubrió que los que decían luchar por esos postulados, estaban con las manos atadas. Los políticos, los estadistas, demostraban una cautela peligrosa. Aun las Naciones Unidas eran una especie de templo del bla bla. De Gaulle ya mostraba su cansancio y escepticismo. Las amenazas de una hecatombe nuclear no pronosticaban un mañana esplendoroso. Joan Baez derivó sus canciones en este sentido, haciendo su aparición en una tribuna que parecía destinada sólo a los políticos.

MAÑANA ES OTRO DIA

Para los jóvenes, el mundo caminaba al revés. Paz significaba guerra. Amor era la otra medalla del odio, la persecución, las discriminaciones raciales que, por otra parte, Joan Baez había sufrido en carne propia, por ser descendiente de indios. Cuando aparece en el escenario artístico, primero le produce una especie de vacío absoluto:

queda colgando en el espacio, sin ruido, sin ámbito, sin núblico. La policía le saca los partes correspondientes, pero la indiferencia es el arma más práctica. Hace tres años llegó a Roma para ofrecer un par de recitales. Entonces. aún entraba por la pequeña puerta de los espectáculos. Los movimientos hippies terminaban por obstruir el tráfico v sólo preocupaban a los reporteros gráficos de algunos diarios amarillos. La protesta era tema de sobremesa para gente un tanto ociosa y sin argumentos personales. Las drogas se encargaban de enviar al desvío a los más recalcitrantes. Las protestas morales de las altas jerarquías eclesiásticas pasaban por alto y las matanzas en Vietnam y otros lugares del mundo continuaban. Para los más exigentes existía una especie de complicidad en este juego y de ahí su desesperación. Cuando el gigantesco De Gaulle se levantaba para decir su palabra, también lo silbaban porque era un severo defensor del orden establecido: es decir, de millones de seres sin luces y esperanza. Y el que protestaba no tenía buen fin. Los jóvenes universitarios de París y Ciudad de México salen a la calle y queda un reguero de muertos y heridos. Las palabras ya no provocan otras palabras, sino, ráfagas de metralleta. Joan Baez escucha en Roma una composición de Gianni Morandi: "Era un muchacho que como yo, amaba a los Beatles y a los Rollings Stones", una fórmula simple, pero poniendo el dedo en la llaga, quejándose por el destino del universo. Joan quedó entusiasmada y se aprendió la letra de memoria. Los expertos se desconcertaron. Jamás se había escuchado un idioma tan poco melodioso y en cambio tan combatiente y cruel.

Ella se justifica: "Es una forma como otra cualquiera de protestar contra las bombas que caen en este momento en diferentes partes del mundo".

Pronto descubre que la canción puede ser un arma formidable, una herramienta de trabajo para expresar sus ideas. Caso curioso: su interpretación tiene un éxito extraordinario. Mucha gente parece despertar de un sueño y se siente golpeada por este toque de atención que interpreta una muchacha delgada, estática como si estuviera indiferente, mientras el auditorio ruge, Joan no se siente tentada por las ofertas que le hacen los sellos grabadores. Al contrario. Rechaza varios contratos y se dedica a viajer para asistir a una serie de encuentros pacifistas. Cuando le piden que cante, se niega. "Hay mucha crueldad en la tierra", dice, como única respuesta. Regresa a Nueva York y graba "Un mundo de amor". El éxito rebasa todas las expectativas. Cada actuación pública le significa una entrada de 80 millones de pesos. Sus canciones son arrebatadas en pocas horas. La reacción no se hace esperar. Ciertas instituciones se ven directamente afectadas: oradores múltiples se levantan en tribunas bien sincronizadas para pedir el silencio de Joan. Nada. Termina en la cárcel y no acepta la fianza que le exigen los jueces para recuperar su libertad. Verdaderas romerías de admiradores le llevan su adhesión. No estás sola en este momento, le aseguran con franqueza y candor. Los procesos no hacen otra cosa que hacerla más famosa y le dan oportunidad para explicar su pensamiento pacifista: "Hoy día, afirma, consideramos aún la guerra como un mal necesario. Nadie quiere abiertamente la paz, y la mejor de las intenciones se diluyen como la sal en el agua. Los viejos gobernantes han fracasado, están caducos, deben dejar sus puestos a la gente que tiene fe y esperanza en el destino de la humanidad". Mientras aumentan los obstáculos, crece su optimismo. Desde algún rincón se le critica que vive como una reina rodeada de comodidades extremas. Respuesta: "Me han obligado a mostrar los recibos en que dejo constancia que hasta el último centavo que gano lo entrego a la causa de la paz".

¡OH, LA JUVENTUD!

Algunos senadores respetables le piden que en todo caso modere su vocabulario explosivo y musical. Cuando cae asesinado el líder negro Martin Luther King, un poco después de los discursos propios de la ocasión, Joan se acerca a la viuda y le entrega una considerable cantidad de dólares acompañados por estas escasas palabras: "Usted no está sola. Tiene que seguir su prédica en favor de la integración racial". Ya es un hecho que cada determinado tiempo termina entre rejas. Pero sus discos se continúan agotando. Más tarde transforma su casa de Carmel Valley, en California, en escuela. Nadie tiene necesidad de pagar un centavo por la matrícula ni por nada. Joan auspicia un encuentro con los valores más puros del pensamiento, quiere hermanar a los seres que están en trincheras opuestas, desangrándose, odiándose, mientras los que dirigen y fomentan la guerra siguen gozando de los placeres de la paz. Lo foto de Gandhi, su ídolo, preside las largas sesiones en que se discute y medita. Hay abundante verduras y frutas, y un ambiente de serena responsabilidad. De ahí empiezan a salir algunos de sus discípulos. En un momento de abatimiento confiesa: "Muchas de mis canciones han tenido enorme éxito. Pero jamás he logrado alcanzar con ella el definitivo objetivo que me proponía. La gente sigue muriendo en guerras insensatas y sufriendo injusticias y privaciones que no son sino el resultado de una misma violencia. Ante nosotros se extiende un inmenso campo de desolación y dolor. No clasifico a los hombres en buenos y malos. Es necesario buscar las causas de la violencia y combatirlas; sólo así el mundo se salvará". Palabras aptas para que se las lleve el viento. Por momentos las presiones gubernamentales son tan fuertes, que tiene serias dificultades para ofrecer sus recitales. La acusan de sospechosas militancias que Joan niega con energía. Cuando decide casarse con David Harris, la pareja debe enfrentar un nuevo juicio. Ella por fomentar "al abatimiento del patriotismo" y él por negarse a cumplir con su servicio militar y pelear en Vietnam. Lo condenan a tres años de prisión en la cárcel de Saffor, Arizona. Cuando nace el pequeño Gabriel, Joan está sola y sentencia: "Nada ni nadie nos hará apartarnos de nuestro camino. Muchas humillaciones se transforman en una fuerza positiva. Mi amor por mi hijo, por David y por la humanidad es cada día más grande y aunque nos golpeen nuevamente, nuestro cariño por todos los seres humanos se multiplicará cada día más".

HECHOS Y CIRCUNSTANCIAS

Estas actitudes transformaron a Joan Baez en el símbolo de la rebelión pacifista en América. Algunos de sus detractores la calificaron como una "simple guitarra contra la guerra". Por lo tanto inofensiva. Pero los hechos demuestran lo contrario. Después de una entrevista, el Papa Juan XXIII, dice de ella: "Esta voz de ángel, tiene también un corazón angelical". Contra todos los pronósticos, ha ocupado en dos oportunidades la portada de la revista "Time" que toma semana a semana el pulso de la actualidad norteamericana. Por otra parte, Joan descongestionó la imagen de mujer rebelde, un tanto sofisticada y arbitraria. Ella, como la mayoría de sus discípulos, viste con extremada sencillez y no usa joyas. Cuando sube al escenario, parece una estatua, una mujer en pleno éxtasis en que sólo da importancia vital a las palabras y no a los gestos. Un tiempo se presenta descalza; se justificó: "Era sólo por comodidad, no tengo por qué impresionar a la gente. Mi voz es mi única verdad y esto lo he explicado hasta el cansancio". Jamás bebe. Sólo toma agua; tampoco fuma. Se alimenta con verduras y en forma muy moderada, siguiendo un régimen estricto. Le gustan las largas conversaciones sobre temas de actualidad, sonríe con un dejo de tristeza. Se pone eufórica en los desfiles, cuando ve converger grandes masas de estudiantes en son de protesta. Se acompaña con guitarra en forma simple. No es una eximia en la interpretación de este instrumento. Cuando tratan de encasillarla en algún tipo de escuela o estilo, aclara: "Me definen como una cantante comprometida, pero no es cierto. Cantar es sólo una forma de amar,

de entrar en el corazón de quienes escuchan para decirles que hay que vivir, que la belleza y la bondad existen y que es preciso encontrarlas. Hay que tener paciencia porque no siempre es fácil".

LA MUSICA UNE

Joan recuerda con nostalgia sus comienzos artísticos hace 10 años al presentarse en un festival de verano en Newport. Un experto profetizó: "Esta muchacha será la más grande cantante popular de América". Así fue. Pronto tuvo oportunidad de recorrer todo Estados Unidos hasta que se unió con Bob Dylan, que también interpretaba canciones iracundas. La ruptura se produjo cuando Joan acentuó sus propósitos más idealistas. Dylan usaba su arte como una meta para sus ambiciones comerciales. Joan que ha cambiado todo el sentido del cancionero tradicional, innovó con un espíritu de creación. En una de sus interpretaciones más famosas "Soplando en el viento", dice: "¿Cuantos caminos debe recorrer un hombre antes de que se le pueda llamar hombre? ¿Cuántos mares debe recorrer una gaviota antes de llegar a una playa? ¿Cuántas veces debe un hombre mirar a lo alto antes de descubrir el cielo? ¿Cuántos años debe existir una montaña antes de ser lavada por el mar? ¿Cuánta gente deberá morir antes de que diga ¡basta!? La respuesta, querido amigo, está en el viento".

Joan en muchos oportunidades deja de lado sus temas favoritos: el racismo, el hambre, la guerra y entonces habla del amor, ese amor que ella defiende con ternura y poesía como la fuerza más poderosa que sostiene este

mundo. En su libro autobiográfico: "Te sentirías molesto si digo que te quiero" dice: "Gracias, Dios mío, por haberme permitido nacer, por haberme dado ojos para ver los juncos movidos por el viento. Estamos en vísperas de la destrucción. Pero nosotros, con nuestra voluntad, con nuestra fe, podemos lograr que el sol salga todas las mañanas. Si no lo hacemos, nos hundiremos en la melancolía y llegará, verdaderamente, el fin".

PELE

Ahí va. Esmirriado, con los brazos largos jugando con la camiseta del Baurú de Sao Paulo. Sólo tiene 14 años, pero un curioso que mira la pichanga a pie descalzos —Waldemar de Brito—, dirigente del Santo le dice: "Muchacho tú tienes ángel". Edson Arantes do Nascimento, uno de los tantos hijo de un mediocre futbolista entusiasta y puro, sonríe. Es probado días más tarde ante la mirada de otros expertos que lo habían descalificado por su contextura física y su juego negativo. El principiante se desplaza con una velocidad increíble, inexperto pero oportuno. Tiene olfato, visión. Convence a medias, pero en todo caso deja de recoger maní del piso de los trenes para venderlos después en una bolsita de diario. En el hogar la miseria zumba, el padre, como en un tierno folletín de esos por entrega, tiene confianza en el heredero. La madre, por supues-

to, teje y lava día y noche y suspira. No se vislumbra una sola esperanza en el horizonte y Edson permanece silencioso. Claro que no podrá evitar la frase que más tarde haría llorar a miles de desamparadas mujeres brasileñas "Mamita, cuando sea grande ganaré mucha plata y todo el dinero será para ti". La tierna escena termina con una caricia en la cara alargada de este muchacho sin destino. En la próxima entrega del folletín ya se han producido algunas novedades. El jugador es incluido como titular en el equipo que le extiende un tímido contrato de prueba. Un detalle importante: tiene 16 años. El padre se come las uñas en la galería. Ya muestra el hijo un sentido endemoniado del ritmo, una singular destreza para sondear la debilidad enemiga. Y donde pone el ojo, ahí salta el gol. Remata con precisión de relojero. Apura todo el equipo. Sabe ordenar para luego desconcertar. Ocupa la primera página de los diarios. Se lo ve sonriente y optimista. Se produce una escena conmovedora en el hogar cuando llega con una lavadora a cuestas. "Mamita -le dice siempre con el tono de folletín- para que sus manitos no vivan estrujando la ropa . . ." Hay abrazos. Todo el barrio se conmueve con el gesto. El hijo noble se despide con las manos en alto y no hay una sola vecina que no saque el pañuelo para sonarse. En 1958 vuela a Suecia defendiendo la camiseta de la selección brasileña. Ya lo llaman "Pelé", aunque ni el mismo sabe la razón. Entonces electriza a las multitudes. Es una saeta, un pez en el agua, un relámpago que avanza lleno de luces y talento. Es una especie de matemático frío y ángel endemoniado. Dobla las piernas, la cintura hace un esguince increíble, pega un salto, elude a uno o a todos los jugadores y todavía se regodea un poco

con la pelota y por fin enfrenta al arquero...; y Gol!. Esta escena se fue repitiendo cientos de veces hasta convertir su gol Nº 1.000. Se produjo un espectáculo fantástico. Esas válvulas de escape populares que parecen propias de la ciencia ficción. En el delirio, un dirigente le anuncia que le regalarán un pelota de tamaño natural, pero de oro. Se anuncia la emisión de 2 millones de estampillas con su efigie saltando de gusto después de haber colocado nuevamente a su equipo en ventaja. 600 mil estampillas de esta serie son vendidas antes de cricular. Y los cables siguen llegando y acumulándose ante los asombrados funcionarios de Correos y Telégrafos.

Es "El Rey". "La Perla Negra", el más extraordinario jugador de todos los tiempos. Es "El Angel Negro", el "Negrao" es decir el negrazo, el negrote, el requetenegrazo. En fin, no hay límites para alabarlo, para colocarlo en su pedestal donde cada nuevo adjetivo lo va elevando a las nubes. Ya no sabe, para volver a la historia del folletín, qué regalarle a su mamacita que siempre lo está esperando. El padre usa el pecho como para que le cuelguen medallas a cada rato. Y no es para menos. "A mi hijo —asegura— lo formé yo. Yo le aconsejé que fuera sobrio, que no bebiera, que no fumara. Que se acostara temprano". Los abrazos menudean y ahora las vecinas "lo tocan" porque aseguran que trae buena suerte: que cura males, que puede casar hasta una hija que va pintando para vestir santos.

Le ofrecen a Pelé las cosas más increíbles. Sale en los diarios y en la TV ofreciendo camisas para dormir, se deleita probando toda la red de productos de los grandes emporios, recomienda chocolates, alaba una corbata, el

azúcar de tal fábrica y para qué decir de las pelotas de fútbol. La sociedad de consumo lo usa -y le paga sumas astronómicas— para que el astro hable de las virtudes de la producción. Y así entre peinetas, barbitúricos, zapatos, acuarios, betunes y cremas, se desplaza de un país a otro. Vive buena parte de su triunfo a bordo de los aviones. Cruza todos los mares. El Rey gusta dormir. Tiene los nervios de acero. Si está inspirado sacará un papel para anotar: "Heme aguí Kelly Christina, un día sabrás el afecto y el amor que con preparamos tu cuna. Me arrodillo ante ella y cuido que por la gracia de Dios, te sientas feliz". Es un poema en prosa dedicado a su pequeña hija que adora. Antes le había robado el corazón a la hinchada fotografiándose al salir a la cancha junto a los pelusas que invaden el campo. Las circunstancias también lo convierten en escritor y produce el libro: "Yo soy Pelé" que por supuesto se vende por miles. Un día decide pintar. El motivo: una pelota que cae al fondo de las redes en una tarde de sol radiante. Los compradores de objetos exóticos se disputan la obra y pagarán por último 1.000 dólares por ella. Pelé lleva el ritmo en el cuerpo y se hace compositor. Le encanta interpretar los bossa nova que el mismo compone. También, como culminación del folletín, exige a sus familiares que dejen la casita de barro y les compra una mansión soñada "hasta con vidrio" como dice risueño recordando la niñez casi a la interperie. Un equipo de asesores económicos se dedica a contarle la plata que gana y luego a invertirla. Se transforma así en uno de los empresarios más sólidos del Brasil. Tiene acciones en varios Bancos, es ejecutivo de varias fábricas importantes de nylon y materiales de construcción. Gana como promedio 15 millones por partido. Sus entradas anuales suman alrededor de 1.500 millones de pesos nuestros sin incluir los premios especiales, las bonificaciones, los viáticos y las regalías a que está acostumbrado. Siempre se muestra locuaz, aunque modesto, hábil, ducho en el arte de eludir el bulto cuando lo ponen en aprietos. No le gusta dar consejos. Sólo le repite a los jóvenes que sean sobrios; mantiene una melancólica reserva en relación con su infancia descalza, se muestra tierno y devoto de su esposa Rosemary y confirma que ha cambiado de táctica en la cancha. Ahora se desplaza cerca de la parte media del campo para dirigir la estrategia del conjunto. Es probable que brille menos, que haga menos goles, pero da la impresión de un padre que arrea sus polluelos con sus típicos gritos cariñosos en plena ofensiva.

En la noche de su gol Nº 1.000 en el famoso Estadio de Maracaná, 999 globos de todos los colores fueron soltados en el momento de iniciarse el espectáculo. Había expectación mundial porque "El Rey" cumpliría tan insólita proeza. Ahí va, endemoniado, escurridizo, como si tuviera un paquete de resortes en cada pierna y por momentos da la impresión que no es de este mundo. Parece detenerse el segundo preciso, buscando el hueco que sólo él puede ver. Por ahí se filtrará con una fuerza natural, como un fenómeno que no tiene explicación. Mueve otra vez el cuerpo, la cintura, levanta un poco la mano derecha, baja la cabeza, hace un ajuste matemático, parece sumar, y restar, y luego viene el disparo. Todo ha ocurrido en escasos segundos y se levanta el rugido de la multitud: todo el mundo parece llenarse de silbidos y gritos eufóricos, delirantes, mientras el pequeño y efímero Rey que jugó sus primeras pichangas a pata pelada, corre a rescatar la pelota entre las redes para mostrarla pleno de júbilo. El cable ha asegurado que es el héroe del siglo XX. Era lo último que tenían que decirle, aún después del retiro definitivo de la Selección del Brasil.

PABLO PICASSO

No se le puede calificar con los adjetivos simples a este monstruo de la naturaleza. A este engendro de las artes, a este titán, a este volcán, a este hombre avaro, caprichoso, a este gigante infinito, a este Don Juan insólito, solemne, increíble, porfiado, iracundo: el gran buscador de la perfección, el símbolo más nítido de la contradicción de la existencia. El veterano que termina de cumplir 88 años aún muestra su musculatura de acero, y ese rostro siniestro y bondadoso a la vez, ese hábito para reírse de lo más sagrado, esa sensación de hablar sólo para el bronce con una arbitrariedad secular, con un alcance feérico, inventando atmósferas, pesadillas, pasajes del absurdo, raíces de la realidad.

Aparece en París casi siendo un adolescente y poco menos que se le salen los huesos por los costados. Ya trae la mirada que no dejará títere en pie, que no dejará vivir a las mujeres después que sus ojos, como verdaderos anzuelos, lancen sus llamas provocadoras. A los 23 años vive rodeado de ratones y muebles hechos por él mismo de tablas viejas. El hambre le roe la imaginación en el desolado Montmartre, su residencia pasajera. Los testigos en esa época dicen que se parece a un toro bufante con los ojos enrojecidos, con todo el cuerpo dispuesto a embestir contra las leyes establecidas y los principios estéticos. Las primeras tentativas terminan en el fracaso. Un pedazo de queso y un vaso de vino le permiten seguir manchando las telas como un desaforado porque sabe desde ese mismo instante que no parece ser de este mundo. Las vecinas cuchichean al ver pasar al fantasma pobre y melancólico, que lanza anatemas y palabras como piedras, que no saluda a nadie, que es hosco y tremebundo, que huele a aguarrás, que blasfema como para que el mundo se caiga a pedazos. Pero no ocurre nada. Sólo muestra cierta compostura cuando le solicita a un humilde casero una nueva porción de carbón al crédito. Algún día se lo pagaré -pronostica incrédulo él mismo-. Mientras pinta hay alguien que lo escucha con la solemnidad que el artista exige: es su fiel perra Frika. Ya tiene el hábito de pintar desnudo en medio de escenas de algarabía y fracaso. Cada pincelada adquiere el matiz de un desafío. El hombre embiste la tela y parece perforar el lienzo, cae en instantes de arrebato, pero al segundo siguiente, queda postrado por el error. Nadie enmienda sus caídas, sino este dios terreno y muerto de hambre que tiembla con las convulsiones de un volcán y entonces bota la lava, escupe sangre y vitalidad, brazos increíbles, seres tristes

Todo terminará con una gritería infernal. En el suelo queda el producto de todo un día de trabajo. El gran fracasado se retuerce proclamando su inutilidad, su frustración. Hierve por dentro y por fuera. De pronto la mirada se enternece y confirma que tiene a su lado un ser humano que lo escucha y casi lo comprende. Se llama Fernanda. El genio le hace una confidencia un tanto doméstica: "Necesito que me amen para poder trabajar". En algún momento de descanso se reúne con amigos que va han proclamado su talento: Van Dongen, Derain, Matisse, el Aduanero Rousseau. No es que la vida le sonreía, aún. Pero aplasta con sus barbaridades este pulpo impropio, mordaz, gigante hasta en sus pequeñeces más absolutas, hombrón desolado que ocupa perfectamente cada mirada para que sus ojos caigan en el lugar preciso: es decir en el rostro más bello del lugar. Ningún disparo le resulta fallido en sus lances amorosos. Pinta acróbatas y payasos -él mismo que se siente integrante del circo Medrano-. Ya puede cambiar un cuadro por algunas conservas. En 1907 se produce el primer escándalo oficial de su vida. Muestra su famoso "Les demoiselles d'Avignon". El éxito entra por la puerta y también por las ventanas. La explosión de euforia es tan grande que Picasso deja el miserable tugurio de Bateu-Lavoi con todo lo que tiene adentro, incluyendo a Frika que ve partir al triunfador con destino al número 11 del boulevard de Clichy. En cada sala un estilo distinto. El agua del baño rueda oportunamente. Los que están atentos al éxito reciben oportunas invitaciones para compartir sus tés. Más tarde los tomadores nocturnos se reirán abiertamente de la vida. Alguien ejecutará a Schubert en el piano de cola. La

felicidad parece completa. Pero Picasso brama por dentro. Cambia de mujer, de país, de tema secular. Aterriza esta vez en el 242 del bulevar Raspani, cerca de la rue Schoelcher. La demanda de sus cuadros va en aumento, pero no está satisfecho.

Cuando estalla la Primera Guerra Mundial, Picasso no acude al frente de batalla como su amigo Apollinaire. El conflicto no lo conmueve mientras su propio mundo estalla en pedazos con el cubismo y la secuencia de polémicas interminables. Todavía se codea con poetas y rateros, ese submundo de los bajos fondos que tanto le atrae. Son los desvalidos, sus perennes payasos, tristes y reideros, como esperando siempre la gran mala noticia de la muerte. De pronto, esta atmósfera lo aburre. Parece completar un ciclo: Sus momentos de mayor ternura y emoción. Contempla desde la colina el muro de los lamentos y esas criaturas sin destino. El dinero entra a raudales. Compra casas, villas, atelieres y es el cliente vital de todos los Mercados de las Pulgas. Ahora vive en la rue La Boétie. El comedor es estilo Napoleón III como corresponde a tan alta alcurnia. La mujer de turno se llama Olga Koplova, que sopla todo: los cuadros, las innumerables cuentas bancarias, los amigos, los modales, los clientes. Pablo se mueve enjaulado. Tanto lustre lo anangustia. Y el barniz de las reuniones mundanas lo hace bostezar olímpicamente. Comienza a pintar sus implacables monstruos. Deja los muebles y los momentos de éxtasis para regresar a los cafés mundanos: el Flore, a los Deux Magots. Ya desde ese instante no volverá a conocer el sosiego, la quietud.

Salta de un estilo a otro, de una mujer a otra. Algunas

como reconocimiento le anuncian la buena nueva de la llegada de un hijo -cuatro en total-. El sátiro sonrie vestido de invierno con un mamelucho que chorrea pasión, verdes insólitos, azules eléctricos. Es el energúmeno engendrando, puliendo, borrando, tomando la madera y el metal para hacer milagros. Se pasea por todas las culturas, robando, asaltando, disfrutando, renovando, Luego cierra la puerta y la última trampa. Se ríe de su gloria que le obliga a juntar montañas de oro. De noche -la confesión es de una de sus mujeres Francoise Gilotpega un salto. Deja la cama para contar las monedas, temblando, una por una. En sus ojos de avaro brilla la ironía, la necesidad de reírse de él mismo, de sus fantasmas que no lo sueltan un solo instante mientras abre otra vez el chorro de su creación, y vuelan montañas de sombras y luces, colores que son aludes parecidos a los del primer día de la creación.

Le gusta disfrazarse de payaso, ama los toros y sentencia cada vez que se queda solo: "Las mujeres no me abandonan a mí, yo las abandono". Cuando la Gilot publica sus "intimidades" contrata los servicios de tres abogados para enviarla a la cárcel y silenciarla. Fracasa. Despechado refunfuña: "Una mugre de mi zapato vale más que toda su cháchara". La mujer que compartió quince años de su vida lo muerde a través del mundo dando conferencias. Termina por reconocer mirándose al espejo: "Soy un payaso; ese es mi destino". En uno de sus numerosos castillos amontonó 800 de sus cuadros personales que no vende a ningún precio. En su última villa de Notre-Dame-de-Vie donde espera completar su primer siglo, parece haber encontrado por fin un poco de paz.

La misma que nunca necesitó. Sigue pintando pero atmósferas tenues, personajes que vienen de regreso, tonos confortables, luces tristes. Hasta que el genio pega la patada satánica, ojalá en la medianoche y deja la cama y toma los pinceles y embiste la tela y ruge, y ruge porque morirá rugiendo y blasfemando contra su destino, contra esa implacable facultad de engendrar dioses y diablos, criaturas vivas, solemnes, momentos estelares de la humanidad. Un mundo tan caótico como el volcán que tiene por corazón. Ese viejo corazón solemne donde esconde sus únicas flaquezas humanas. Haber amado desaforadamente como si la vida se le fuera a terminar en el mismo instante en que depositaba sus ojos de fuego en la próxima víctima, es decir, en su próxima salvadora.

AGUSTIN LARA

Feo como él solo, esmirriado, imperfecto, tierno y contradictorio, tenía una mezcla de ángel inspirado y artista con rumbo. Aseguraba que cuando su madre lo vio al nacer lloró a mares. Luego lo protegería con ternura singular. Fue díscolo y difícil en la niñez, amante de la aventura y la libertad. El peor enemigo de su vida fue su padre, don Joaquín Lara, un ginecólogo de Tlacoţalpán. Hombre enérgico, frío y severo descubrió a temprana edad que su hijo sería un artista. Y mientras tuvo fuerzas hizo todo lo posible para que Agustín fracasara. No pudo salirse con la suya porque el compositor libró una batalla frontal, dura y áspera que lo llenó de tristeza. Don Joaquín era un hombre enchapado a la antigua, de conceptos severos y moral de acuerdo con la época. En su casa se cerraban las puertas junto con las últimas lu-

ces del crepúsculo. Para el joven Agustín la vida recién comenzaba cuando la noche joven abría sus promesas. Dispuesto a abrirse camino con la música que llevaba en el alma comprendió que tenía enormes desventajas. Más tarde con su usual sarcasmo recordaría: "Dios debe haber dicho: a éste hay que darle harta inspiración, como es tan feo..."

NACE UNA CANCION

Protegido por su madre, incomprendido por su padre, fue enviado a un Colegio Militar para que se endureciera. Querían que mostrara temple de acero, un espíritu vigoroso a toda prueba. Poco menos que el muchacho se quiebra cuando se inicia el entrenamiento guerrero. Era tan delgado que se doblaba con el solo peso del fusil. Fue el blanco de bromas crueles inevitables. Pronto un general lo mandó de vuelta a su casa con la recomendación: "Es necesario que suba de peso. Parece un fideo". Agustín aprovechó la oportunidad para decir que no regresaría a usar el uniforme de los cadetes. Su padre, en castigo, lo envió a un trabajo más duro: funcionario de una empresa de ferrocarriles. El gerente después de mirar su estampa lo destinó a la sección contabilidad en calidad de planillero. Pero la música iba por dentro. Un amigo lo lleva a un "Club de Señoras", una casa de citas y el joven Agustín es contratado para tocar el piano. Le ofrecen casi una fortuna para su edad: diez pesos por la noche. Entra en contacto con un mundo increíble: mujeres fáciles, generales que gastan el dinero a manos llenas, funcionarios de Gobierno que realizan exitosos negocios

a nivel del erario nacional, delincuentes y bailarines que usan mejor el cuchillo que las palabras. En este momento Agustín Lara siente la necesidad de empezar a componer.

LLEGA EL AMOR

El submundo del placer y la alegría le hace comprender que su padre le había pintado un cuadro muy distinto de la realidad. Muchos de los pleitos eran resueltos por la vía más rápida: la descarga implacable de los pistoleros al mejor estilo mexicano. También comprueba que los sentimientos amorosos son menos eternos que las palabras y la encendidas promesas. Inicia entonces la serie de romances que no tendrían fin. Son mujeres del ambiente, sensibles, frívolas, soñadoras, y divinas, según su propia expresión. Un día que llega a cumplir con su actuación en el "Club de las Señoras" descubre que las puertas están cerradas. Escucha el tableteo de ametralladoras. Se había iniciado la rebelión del Ejército contra Madero, un suceso que más tarde se conocería como la "Decena Trágica", una revuelta que dejó un impresionante saldo de muertos y heridos. Agustín siente el deseo de regresar a su casa, pero vuelve a fracasar. Su padre se ha marchado a Europa y el resto de su familia -su madre y dos hermanas- viven atrincheradas en dos piezas de lo que fuera una mansión. Venden casi todo, pero dejan el piano para que el muchacho pueda distraerse. Hasta que su madre descubre que ya Agustín no interpreta las melodías de antes, sino canciones un tanto pecaminosas, de acordes furtivos y letra de doble y hasta triple sentido. Agustín habla entonces de la "musa de turno", de la mujer que siempre permanecerá a su lado. No se pregunta si es por amor o por entretenimiento. De lo que está absolutamente seguro es que no es por dinero puesto que en muchas oportunidades ni siquiera tiene para comer.

EXIGENCIAS ECONOMICAS

Después de la revuelta, Agustín vuelve a sus andanzas musicales nocturnas. Exige ahora que le den un peso por cada pareja que baila, hasta que un día su padre descubre que no es un alto funcionario de Correos y Telégrafos -como había mentido- sino un músico de mala muerte. Le atrae la noche con sus encantos y peligros hasta que una furibunda musa armada de cuchillo casi le escribe su nombre completo en la cara. Se llama Estrella. Lo llevan a la Cruz Roja y es sometido a una serie de operaciones de cirugía plástica. No tiene remedio. Huve a un pueblo del interior: Puebla, presionado por serias dudas. Cae, como es natural, en el cabaret del lugar. Tiene un incidente con la administradora del local que utiliza su influencia para enviarlo a la cárcel. Por último llega a un acuerdo: permanacería encarcelado de día, pero queda libre en la noche para tocar el piano. Desde luego bajo la severa custodia de un par de gendarmes. Necesitó dos años para recuperar la confianza en sí mismo y entonces regresa a la capital. Lo contratan como acompañante de dos cantantes de éxito: Juan Arvizu y Maruja Pérez. Recordando esos momentos diría: "Se aprende mucho de la vida de los prostíbulos. Mis canciones y la letra de ellas, casi todas mejores que las usuales en la canción popular, eran expresiones sinceras de mi vida. Gradualmente comenzaron a popularizarse. La gente que las oía no tardaba en tararearlas, otras las cantaban y finalmente, alguno que otro pianista las plagiaba".

MUJER ...

Agustín Lara, indefenso, golpeado por la vida, se abre paso en las carteleras. Inventa la teoría que para conquistar una mujer hay que tener fama, dinero, una buena cuenta bancaria, una dosis de cinismo y también de ternura. La fórmula le resulta. En 1930 después de una serie de peripecias y aventuras el compositor tiene la estampa de un héroe nacional. Entre sus admiradores se cuenta la gente más humilde y el Presidente de la República. Es el intérprete natural de hechos menudos, de situaciones de segunda categoría, sin complicaciones. La letra fluye como el agua y ataca al corazón. Todos se sienten interpretados y Agustín Lara comienza a cosechar dinero. En forma impresionante. Consume como promedio hasta dos botellas de coñac Napoleón. Regala joyas que asombran. Cuando queda sin un solo centavo sabe que le basta con sentarse al piano para componer una nueva serie de éxitos. Ahora se siente seguro y casi triunfador. Se ha casado con Toña la Negra, una impresionante cantante de Veracruz. Dice "Cuando estoy inspirado produzco canciones como quien imprime un periódico". Es cierto. Así nacen "Lamento jorocho", "Oración caribe", "Solamente una vez", "Novillero", dedicado al torero Lorenzo Garza. Se muestra en público casi siempre

con una mujer distinta. Se deja llevar por el halago del triunfo. Se ríe cuando alguien de la galería en una galería le grita: Agustííín, pareces el paraguas de María. (Ya ha iniciado su célebre romance con María Félix). Corren los meses del año 1945. El compositor anota: "Fascinado por su hermosura me propuse ser algo en su vida y la colmé de regalos". Le obsequia un espectacular abrigo blanco, autos exclusivos, joyas encargadas a Europa. María se deja regalonear hasta que aparece un multimillonario norteamericano. La pareja acuerda casarse para obtener el divorcio. Mientras se tramita la separación Lara le escribe "María Bonita": Amores habrás tenido, muchos amores / María Bonita, María del alma / pero ninguno tan bueno ni tan honrado / como el que hiciste que en mi brotara/.

OTRA VEZ SOLO

La pareja alarga una situación insostenible. Un día Agustín Lara repite uno de sus gestos característicos. Se va de la casa sin dar explicaciones. Al día siguiente María Félix le envía envueltas en una sábana, sus pertenencias. Por ahí confesó a sus íntimos que María Bonita le había costado tres millones de dólares, pero no se sintió arrepentido. Para olvidarla se enamora entonces de Clarita Martínez. Recuerda: "Volví con mi táctica de flores, joyas y canciones". Con un agregado un tanto práctico: "El dinero se hizo redondo para rodar". En los hechos demuestra que esta conclusión es un verdadero axioma y sigue gastando a manos llenas. De esta época data "Granada", canción que integra cuanta fiesta familiar

existe en el mundo. Se hace tan famoso en España que el Gobierno lo invita para rendirle tributo colectivo. Sus juergas hacen noticia y no es para menos. Un titular confirma: "Agustín está tomando más coñac del que produce España". Después salta a París y buena parte de Europa. Una nueva diosa entra en escena sabiendo de antemano el porvenir que le espera: Yolanda Gasca. Doscientas cuarenta y cinco estaciones de radio transmiten en cadena a su regreso un homenaje que le rinde el pueblo mexicano al creador de "Farolito", "Clavel Azul", "Imposible". Cantinflas lo saluda eufórico: "Manito, ojalá vivas muchos años para nosotros, aunque no engordes". "Mira Mario, cuando yo me muera quiera que me entierren con unos diez kilos de carne junto a mi cadáver; si no, los gusanos me van a odiar".

CENIZAS AL VIENTO

Cambia a Yolanda Tasca por Vianey Lárraga, una modelo de TV. Compra una casa en Veracruz. En el fondo está más solo que nunca. Lo acompaña su más fiel amigo: su coñac. Le ofrecen medio millón de dólares para filmar su vida. Acepta. En 1965 el Alcalde de Granada le comunica que el Gobierno español acordó regalarle una casa. Vuelve a España esta vez tomado de la mano de Rocío Durán que sería la única mujer que llegó hasta su lecho de muerte. Deja por un momento la música popular y ensaya nuevas posibilidades en otros géneros. Sus admiradores lo acusan: "Está loco". Replica: "Si yo fuera una persona normal me habría quedado en el rincón de alguna cantina"

Un día lo invitan a visitar Tlacotalpán, su pueblo natal. Llegó acompañado por impresionante séquito. Dicen que ha arribado el hijo pródigo y todo el mundo quiere mirarlo de cerca. Hasta su primer profesor que le recuerda mostrándole un bastón de castigo: "Todavía lo conservo desde hace más de cincuenta años cuando eras un pillo". Y agrega el anciano: "¿Cómo estás hijo?" En el viaje de regreso la comitiva se detiene en muchas partes. Lara toma a un niño en brazos y le pide que sonría. El muchacho contesta ante el asombro de todos: "Señor, disculpe, no sé reír". Lara justifica: "¿Han oído? Esta criatura no sabe reír, pero yo si sé llorar". Es cierto.

Sentimental, impulsivo, débil y poderoso interiormente, siempre de paso en el amor y en la gloria, tímido y triunfante pidió a un piloto amigo que si quedaban algunas cenizas de sus restos, las soltara sobre el mar.

Todos sus bienes, al margen de sus canciones, las donó al Instituto de Cancerología de México. Explicó con pocas palabras toda la doméstica y emocionante filosofía de sus setenta años de vida: "Soy pobre, y quiero morir pobre, como nací".

RAQUEL WELCH

Los pocos que la conocen de cerca aseguran que tiene más carácter que belleza, más temple combativo que encantos, más seguridad para saltarse obstáculos que posibilidades de ser feliz. Y es probable que sea cierto. La vida la había arrinconado en un oscuro cuarto en San Diego, Estados Unidos. Se había resignado a ser madre soltera, a lavar pañales, preparar comida, leer fotonovelas usadas, criar niños, conversar con algunas amigas sobre temas intrascendentes. Tenía la resignación de las mujeres que miran pasar los días como una condena. A veces vislumbran la pequeña luz entre las tinieblas, pero luego la rutina las vuelve a envolver y regresar a su punto de origen sin pena ni gloria, ni entusiasmo.

UN DESTINO MARCADO

Raquel Tejeda Welch era la novia de un marinero pobre y con pocas esperanzas de sufrir ascensos en el escalafón económico de su profesión. El se llamaba Jim Welch, ahora convertido en un próspero vendedor de terrenos. Pero entonces, le había repetido el eterno cuento de los enamorados y ella, una muchacha de nariz prominente y pelo negro, pensó que había llegado el momento de independizarse. Su hogar era un infierno. Cuando el barrio la vio embarazada, sufrió la presión de algunas damas de las Ligas Moralistas que insistieron para que se casara. Raquel dio como explicación que esperaría el regreso de su prometido. Entonces lloraba buena parte del día mientras su familia, para que expiara su pecado, la condenó a vivir dentro de una pieza, tejiendo todas sus horas libres. Cuando por fin hizo su aparición el galán, aceptaron casarse pero llevados por la presión de las circunstancias. Pronto Raquel tuvo un infierno propio. Jim mostraba un carácter liviano y mundano. Le gustaban los deportes. conversar sobre cualquier cosa, salir a pescar y cazar. Raquel, en cambio, tenía planes secretos y delirantemente ambiciosos. De ahí esos silencios de la pareja que parecían de piedra. Pronto comprendieron que habían cometido un grave error al casarse, pero ya habían nacido dos hijos: Damon y Tabnee.

BUSCANDO CAMINOS

Cuando Jim se marcha, Raquel regresa a la casa de su suegra. Ya deja vislumbrar sus ambiciones, su afán de triunfar, lo que promueve algunas risas sueltas de su grupo, Alguien se las ingenia para señalarle que sería bastante oportuna una visita al siguiatra. Sólo una mujer que esté a punto de perder el juicio puede hablar con tanta propiedad de joyas fabulosas, miles de dólares, mansiones y momentos de oro. Un día, tomó un avión para trasladarse a Los Angeles. Y se vuelve a repetir la historia. Amarga, vengativa, rumiando venganzas golpea la puerta de una agencia -oh ironía- de busca talentos. Efectivamente su ambición parecía no tener límites. El gerente de la General Artistas Corporation sufre un ataque de risa cuando por fin la postulante logra hacerse mirar y oír. Extrañas influencias se movieron bajo cuerda. El hecho es que Raquel aparece un día animando una parte del programa del famoso Danny Kaye. Es la encargada de comentar el pronóstico del tiempo. Una manera de incorporarse al carro del éxito. Los primeros ahorros los emplea en corregir su prolongado apéndice nasal. Otros comentaristas agregarían que la intervención plástica se hizo extensiva a otros límites de su geografía.

CUANDO LLEGA EL EXITO

En esas circunstancias conoce a un promotor de estrellas, Patric Curtis, que no tarda en confesarle que jamás en la vida se había encontrado con un talento en bruto de tales proporciones. Raquel se deja asediar y espera. Pronto Curtis, marginando un poco sus sentimientos, le propone una sociedad: repartir las utilidades futuras. Se habla de millones para arriba. Raquel no se sorprende porque el tintinear de las monedas sonaba hace tiempo no sólo en sus oídos, sino también en su alma. El equipo trama

una historia, un programa estratégico dividido en varias etapas. El secreto consiste en borrar el pasado de Raquel quitarle algunos años y transformarla en el símbolo del deseo, la pasión desenfrenada, las ansias insatisfechas, en las provocaciones que podían hacer peligrar los códigos de la moral cinematográfica. Cuando inician la batalla, saben de antemano que tienen el cincuenta por ciento del éxito asegurado. Basta tener buena memoria para levantar los hombros llegado el momento de contestar a los periodistas sobre su origen en medio de ollas, vecinas frustradas y el hambre reglamentario.

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

En 1966 Raquel participa en "El viaje fantástico" y "Mil años A. C.", bodrios convenientemente promovidos donde la estrella muestra con toda claridad dónde tiene efectivamente su talento. Nadie lo pone en duda. Curtis entre bambalinas apura la promoción apretando el acelerador a fondo. Brigitte Bardot ya había iniciado el camino de su descenso irremediable. Las competidoras italianas terminaron por engordar. Raquel era más insulsa que ninguna, aunque no tonta. Era la imagen de las mujeres que prometen todo sin dar nada, exasperando a los espectadores hasta la próxima película. Su sensualismo era una mezcla de fría indiferencia y provocación colindante con el parte policial Después le llovieron contratos. Por su participación en "El oficio más antiguo" recibe 240 mil dólares. Curtis, victorioso, insiste en que su representada por ningún dinero del mundo aparecerá completamente desnuda aumentando la combustión y la curiosidad de la caldera del diablo. Raquel comienza a usar su personalísimas blusas para rectificar su indudable talento. De paso olvida en forma definitiva su pasado.

BORRON Y CUENTA NUEVA

Curtis, en el colmo de la prosperidad y el delirio económico, le propone matrimonio aunque sin rectificar las cláusulas vigentes de sus contratos comerciales. De paso, asimila los dos hijos de Raquel en un gesto heroico y sentimental. Raquel se conmueve y comienza a tomar clases de modales. Se traslada a una fabulosa mansión en Beverly Hills. Deja de contestar la correspondencia con sus familiares y dice a los reporteros que efectivamente su vida comienza cuando conoce a Curtis. La prosperidad del negocio permite algunas libertades. Raquel muestra una dosis de inseguridad permanente, pero Patrick la orienta por el camino de la productividad sin reservas. Salen a recorrer el mundo. Confiesan que no tienen vida privada, aunque nadie sería acusado de suspicacia, si pensara que Curtis casi siempre deja abierta la puerta de su alcoba sobre todo si afuera esperan los fotógrafos de los diarios sensacionalistas. Algunas columnistas existen en la "remodelación" de Raquel, pero Curtis se las ingenia en presentarla como la diosa que despierta el emblema del sexo lanzando llamas de deseo. Caricatura, ficción. La fórmula vuelve a dar resultados. Cuando llega el momento de descifrar su origen, Raquel Welch ya está en condiciones de desafiar al mundo. El nuevo golpe publicitario aporta una dosis de ternura.

LO IMPORTANTE ES TENER VIDA PROPIA

Ahora, al cumplir sus 29 años cinematográficos (tiene 33 en la vida civil) recibe 250 mil dólares por año. El arrepentimiento de sus vecinas de miseria y pobreza no ha bastado. Raquel no contesta sus peticiones de todo tipo "porque forman parte de ese negro pasado que deseo olvidar para siempre". Para nadie es un misterio que no es feliz, pero ha puesto de nuevo a prueba su temple, su tenacidad y también su porfía. Sin su administrador —galán-marido— (bastante más joven que ella), Raquel sabe de antemano que su imperio correría peligro. Se siente insegura y más de una vez ha comprendido que añora el momento de encontrar la paz al margen de la industria del cine.

Por momentos parece envuelta en un círculo vicioso. De hecho ya comprobó que la meta que se había impuesto para ganar dinero no era la meta precisa. Tampoco está dispuesta a encarar una tercera nueva vida, según sus propios comunicados. Igualmente sus estados anímicos siguen siendo variados y confusos. Pretexta, en plena filmación, enfermedades que cuestan millones a los productores. Se ha convertido en una mujer caprichosa, difícil y hostil.

EL MAÑANA NO LE IMPORTA PARA NADA

Tiene ahora la oportunidad de elegir los argumentos que más le interesan. En las pocas oportunidades que trató de mostrar condiciones dramáticas, la experiencia terminó en un verdadero desastre. Ahora encara la posibilidad de financiar sus propias películas en otra etapa del desarrollo de su industria física. Cuando filmó "Cien Rifles", la única vez en qu estuvo más cerca del desnudo, algunos fotógrafos curiosos se las ingeniaron para captarla muerta de frío, en los estudios. Curtis compró los negativos para venderlos en una suma millonaria a una revista de distribución universal. Cuando Raquel fue informada de la transacción sufrió una nueva crisis de nervios. Dijo entre sollozos, que era una mercancía de fotógrafos, publicistas y productores. Nadie quiso desmentirla. Ni su esposo, el hábil Patrick Curtis, el hombre que mueve la computadora cada vez que la abatida Raquel aparece en escena, aburrida de su destino, programada como la furia desatada del sexo y sabiendo que no puede desmentir la base de su triunfo, de su negocio y de su frustración.

EUGENIO IONESCO

Cuando se levanta el telón, el público descubrirá una colección de sillas. No hay un alma. Las sillas pueden aumentar o multiplicarse como el pan bíblico o como una peste. Una voz les dará vida para aumentar la sensación de vacío. Todo indica que las sillas seguirán sin uso por los siglos de los siglos. Que los personajes que debían ocuparlas desaparecieron o murieron para siempre, así se llamen Dios o el Emperador. Detrás del escenario, el autor, un payaso con el rostro arrugado, un tanto fofo, de mejillas sueltas, parece sonreír satisfecho. Los únicos ocho espectadores de la función se muestran un tanto desconcertados. Uno de ellos, Arthur Adamov aplaude como un loco lanzando unos "bravos" estremecedores. El resto se retira con indiferencia. El administrador del teatro Lancry, donde se presenta la obra, considera que está próximo a la

quiebra y no es para menos. Debieron pasar seis años hasta que en 1956 algunos críticos consideraron "Las Sillas" como una de las obras maestras de Ionesco y del teatro moderno. Detrás de su simbología quedaba abierto de par en par el abismo más absoluto. No había dónde equivocarse porque el diálogo parecía una conversación entre ciegos y sordos. Las palabras ya no servían para nada. Al contrario. Aumentaban la confusión, el control de las ideas y los sentimientos, para significar todo lo contrario de lo que querían decir. El hombre, en primera y última instancia estaba tan desconectado del resto del mundo que sólo le quedaba un recurso para sobrevivir: tirarse a nado dentro de si mismo, inventar las bellas palabras del amor y el dolor, multiplicar su afán de servir y ser útil, salir al encuentro de lo desconocido, ir anotando a su favor las exigencias de una reciprocidad imposible.

NADA DE NADA

Mientras tanto, como en un nuevo Calvario, anda perdido en toda clase de laberintos. En su torpeza no diferencia el bien del mal, no crea ni un solo juego paralelo hasta que el absurdo de su existencia lleva a tales extremos que el punto culminante de su tristeza resulta cómico. Y más que eso: grotesco, burdo, canallesco. Por eso "Las Sillas" persisten. Son como una presencia viva de la inutilidad de la vida, porque ni siquiera juegan su papel específico. Nadie las utiliza como sillas, como también el egoísmo y el fervor por el dinero hacen que el hombre no sea utilizado como hombre y sí como mercancía, como objeto que se compra y se vende al mejor postor. En este

terreno, cada una de las obras de este ostensible clown nacido en Rumania en 1912, parece llegar a su culminación. Nadie quiere levantar su palabra por temor a ofender o ser ofendido. Mejor es claudicar, traficar con los principios, hacer ostentación de la derrota como si se tratara del más olímpico de los triunfos. En "Las Sillas" ese drama de viejos (ella 94 y el 95), Ionesco señala el camino imposible de la comunicación. Un matrimonio caduco entre dos ancianos que no tienen nada que decirse, que jamás nunca tuvieron nada que decirse y que sin embargo, se pertenecen. Están atados, unidos, por el convencionalismo de la imaginación porque ya entraron en la edad en que hasta los sueños tienen un dejo de amargura y sobresalto. Habla entonces el Ionesco escéptico y amargo, el hombre golpeado por la guerra y el pensamiento de los líderes de la humanidad, aun tan grotesco como ese par de ancianos que despotrican contra el alma y la esperanza del último resquicio de la vida. Aclara el autor: "El tema de mi obra no son los fracasos, ni la ruina moral de los viejos, sino Las Sillas, es decir, la ausencia de personas, la ausencia del Emperador, la ausencia de Dios, la ausencia de la materia, la irrealidad del mundo, el vacío metafísico. El tema de la pieza es la nada."

HOMBRE Y TECNICA

Ionesco también plantea en varias de sus obras el significado del avance tecnológico al precio de la felicidad y de la alegría de vivir. En un extremo del universo millones de seres extienden las manos en busca de ternura, de amor y comprensión. En la otra mitad del mundo ocurre exactamente lo mismo, pero el amor no es posible y nada permite que estas manos se junten; al contrario. Los objetos y la técnica escapan del control del hombre medio. Es un esclavo porque se le había anticipado una vez más su liberación, lo que resulta otro engaño.

Este hombre de aspecto bonachón y triste que diariamente sale a hacer sus compras, de mirada un tanto lánguida y aspecto de padre comprensible, terminó por revolucionar el teatro. Derrumbó mitos y formas para dar paso a una expresión distinta, violenta, distorsionada. Vive habitualmente en la céntrica calle Rívoli junto a su esposa Rodi, mujer tranquila y melancólica que naturalmente habla maravillas de su marido. Dice que es un pequeño burgués, de mal dormir, que tiene fe en la gente, que gusta tomar café y reunirse con sus amigos, que siempre hace memoria de sus días de pobreza, que tiene hábitos matemáticos y siente un desprecio bastante pronunciado por la crítica y que es parco cuando habla del amor y de su propio destino. El matrimonio tiene una hija -Maria France- que después de mostrar inclinación por la literatura en la Sorbona ahora se dedicará de lleno al teatro. Ionesco es un gustador de la buena mesa, bebe con sobriedad; arma viajes más o menos imaginarios que a veces le resultan, como una reciente e intensa gira por América Latina. En especial los periodistas del continente vieron a un hombre rechoncho, de párpados que le apagaban los ojos al hablar y que no aceptó que lo asociaran a la manida idea del teatro del absurdo. "Lo que es absurdo -afirmó a su paso por Chile- es la vida, la conjunción de hechos que nos muestran una faceta un tanto grotesca de la realidad. Naturalmente, de eso yo no tengo la culpa."

TODO SENCILLO

Su casa reúne una impresionante colección de máscaras de tribus de buena parte del mundo. El mobiliario es el que elegiría un próspero director de banco. Se sabe que no le gusta la publicidad y en ese sentido se parece a su amigo Samuel Becket. En las paredes cuelgan los cuadros de Brecque, Cocteau, Le Corbusier, Giacometti que al desaparecer le causaron un dolor irreparable. Una de sus obras, "El rey se muere", plantea la ausencia que dejan las amistades; otro de los abismos que le parece difícil soportar. Rodeado de libros, fotos y documentos. Ionesco escribe jornadas de cuatro horas. Lo hace a mano con una letra un tanto débil y sobre todo nerviosa. Se apoya sobre una tabla que se coloca en las rodillas para mejorar la posición del cuerpo. Su sencillez es conmovedora. Cuando no está en estado de ánimo sale al Barrio Latino para buscar una silla en su café favorito "La Coupole" en Montparnasse. Ahí permanecerá largas horas, esquivando las miradas de los turistas que siempre andan a la caza de personalidades. Cuando lee deja que los anteojos corran por su nariz. Parece entonces uno de esos abuelos de los campos que al ver que alguien se acerca miran por entre los lentes. A veces, una leve sonrisa puede aliviar muchas situaciones porque Ionesco es un hombre tenso. A raíz de incorporarse a la Academia Francesa, honor que siempre disipó, dijo: "Estoy contento, pero no feliz." Después anunció el contenido de una de sus últimas obras, "Juego de Masacre", donde la muerte es el principal protagonista, el producto de una sociedad que todo lo ha materializado y contabilizado. La muerte no es siguiera ni el

polo antagónico de la vida, el recurso supremo y dialéctico de la existencia. Vida y muerte pierden su significado para dar paso al mal implacable como es la pobreza y su secuela de humillaciones hasta que en la cúspide de la acción aparece Dios pero para negarse a sí mismo. Sus criaturas lo han engañado. Dios también se siente parte de este juego incontrarrestable. Un personaje define la situación al declarar: "Yo no prometo la desaparición del mal, sino conseguir que su significado sea diferente." No es un nuevo juego de palabras. Un crítico francés dio la siguiente opinión sobre "Juego de Masacre": Ionesco inventó esta muerte masiva alrededor de él para no morir solo. ¡Si pudiera morir de otra cosa que la muerte, cómo estaría de contento!" Pero resulta evidente que no lo está.

POMPAS DE JABON

Después de ser negado en forma sucesiva durante prolongados años, Ionesco alcanzó a saborear la gloria. Ha sido lo suficientemente modesto como para no alterarse. Al contrario. Su juicio sobre su propia obra sigue siendo bastante implacable como cuando repite: "Mis piezas no son otras cosa que pompas de jabón, burbujas que yo soplo con mi aire y con todos mis pulmones y por eso mismo son irisadas y frágiles y se las lleva el viento." En una reciente entrevista por TV, un periodista le dijo que había bastante similitud entre su planteamiento sobre el absurdo y la obra de Jean Paul Sartre. Se defendió diciendo: "Pero si él no es humano. Somos, en realidad, polos opuestos. A él le gusta la tragedia y a mi el humor diferente. El cree en ciertas ideologías y en el destino de las ideas.

Yo no creo en nada de eso. Ahora hay un hecho concreto: el humor impide que la gente termine en los campos de concentración."

Al dar a conocer "La cantante calva", se convierte en su primer éxito efectivo. Aquí introduce una de sus cuñas características. Una familia de clase media usa las palabras para alejarse y dividirse, para plagarse de lugares comunes, incomprensión y fastidio. Cada colección de verbos y adjetivos parece chocar en el aire con otro cauce de incongruencias, de vaciedad. Todo el mensaje parece estar de sobra porque detrás de las palabras sólo existe la necesidad de callar y en todo caso de expresar todo lo contrario de lo que se está sintiendo. En resumen, no hay ideas, no hay nada, sino ese aburrimiento que parece llegar a la perfección porque está justificado hasta la última esencia.

LA LECCION

En "La lección" Ionesco recurre al humor negro más desbocado y cruel para rebelarse contra ese mundo que oprime a quienes necesitan la libertad como la expresión más certera de la existencia. Hay que ganarse la vida para subsistir, pero encima de eso la esclavitud que engendra el trabajo es tan pasmosa que un profesor propone como alternativa asesinar a sus pequeñas alumnas. No se trate de un maniático sexual, sino un hombre, un matemático, que utilizará el mejor de sus conocimientos para que las criaturas desaparezcan envueltas en cómica ironía. Porque la verdad es que el sistema destruye a los seres sin necesidad de exterminarlos en forma violenta. Al con-

trario, se encarga diariamente de frustrarlos, de aniquilarlos con la misma paciencia que la gota de agua perfora la piedra a través del tiempo y por eso sabe de antemano que tiene asegurada su victoria. En "Rinocerontes" (1958) el autor muestra la crueldad y hasta la bestialidad del totalitarismo copando una población. Es la deshumanización total para no molestar al invasor. Los habitantes se van pareciendo a animales, a cualquier cosa que no se identifique con el hombre porque es la condición que plantea el vencedor efímero de la batalla. El que se rebela, ése no sobrevivirá. La trampa no tiene salida, sino la identificación con el régimen absurdo, cruel y despiadado. No falta el inconformista que puede mostrar el lado opuesto del planteamiento. No sin razón, en muchas oportunidades, los críticos calificaron a Ionesco como loco sin remedio. Tal vez por momentos da la apariencia de un francotirador un tanto anárquico porque nada en el mundo parece servirle para expresar su absoluta sensación de vacío como en "Amadeo" donde plantea las dificultades entre las relaciones de una pareja. Hay un cadáver que crecesin cesar. Y todo vuelve a ser frágil, inútil.

NO SOY PROFETA

Acosado por alumnos, admiradores y reporteros, Ionesco se divierte aumentando la confusión en torno a su obra. En una oportunidad manifestó: "No soy profeta ni omnipotente, sino un hombre que plantea problemas y pide explicaciones en vez de darlas." Cierto. Agrega: "Se piensal escribiendo, porque la escritura es la herramienta del pen-

samiento. Pero al escribir y también al pensar no tengo soluciones."

Teatro para náufragos, para desolados, para mirar la piel y el alma y hasta los huesos al trasluz, Ionesco recurre a la risa como el máximo resorte, es decir, la fuerza que puede levantar a la humanidad de sus propios escombros. Personalmente, ninguno de sus pensamientos metafísicos le impide su paseo matinal, su afán por mirar vitrinas, su deseo de expresar que está contento con su destino. Sólo a veces, cuando recuerda su pasado, no puede desplazarse hacia una zona de optimismo. Es cuando aparece el Ionesco sin salida, obsesionado por las trampas que están a nuestra disposición día y noche. En todo caso, él no ha contribuido a quitarlas del camino. Al contrario, las multiplicó tal vez en un acto de soberbia. Simplemente Ionesco quiere completar el vacío, la nada, el número de sillas que nos esperan en la eternidad o en el infierno.

NEIL A. ARMSTRONG

"Ya sabía lo que le esperaba", dijo contestando la respuesta de un periodista que le preguntó: ¿Qué piensa su señora de su destino de astronauta? En otras palabras le esperaba vivir un destino distinto, emociones inéditas, miedos desconocidos, orgullos increíbles, alegrías singulares, angustias sin medidas. Y luego también el premio: tener otra vez en tierra a este Cristóbal Colón del espacio, victorioso, con temple de acero que no pudo ocultar las lágrimas para decir simplemente, humanamente: "Gracias a Dios, volvimos."

A mí me parece que por encima del significado histórico y tecnológico también habría que analizar el suceso bajo el punto de vista del amor, en esta dimensión diferente cuando el galán deja su hogar y parte en una aventura temible que inicia una etapa de otro tipo en las relaciones humanas.

Atrás, en la puerta, con la mano en alto quedan Janet y los dos astronautas potenciales: sus hijos Eric, de 12 y Mark, de seis. El galán lleva una misión para cumplir en nombre de la humanidad. Ella lo esperará en el balcón. pero aquí, en la Tierra, en este valle de lágrimas. El la recordará seguramente en algún momento cuando las estrellas son como las señales de otros desafíos. Ella lo seguirá añorando desde la pantalla de TV. Eric dice con sorpresa: "¡Cómo le ha crecido la barba a mi papi!"; Mark: "Se ve igualito que cuando me da un beso antes de que yo me quede dormido." A su lado, Michael Collins y el piloto Edwin Aldrin también rememoran esa tibia ilusión de la casa y la familia. ¡Doméstico y prosaico momento! Se ven tan pequeños, tan humildes en el quehacer cotidiano. Pero son los lazos profundos, los sentimientos de la familia terrícola que crecieron después de esta proeza. Es cierto, entonces, que el amor mueve montañas y conquista lunas y planetas. Ya tenemos la prueba. La conquista del satélite natural de la Tierra es también una expresión del amor y el galán-papá ha hecho méritos como para convertirse en el hombre del siglo. El mérito llega demasiado tarde, porque en el fondo lo que Armstrong tenía que conquistar ya estaba conquistado. La misión de ir a la Luna es una misión hecha con amor, pero con amor hacia toda la humanidad.

Decir que Niel Armstrong tiene los nervios de acero no es efectivo, como lo comprobaron científicamente los controles médicos de Houston. Decir que tiene un corazón de piedra, tampoco es cierto. El navegante del espacio tuvo miedo cuando despegó. Volvió a tener miedo cuando pisó la Luna para iniciar la más portentosa de las hazañas de todos los siglos, y tuvo miedo también cuando inició el regreso a casa. Cuando puso en marcha el motor de Aguila para iniciar el camino de vuelta, cuando pensó

en Janet, en Eric en Mark, en usted y yo, en cada uno de nosotros, también tuvo miedo.

Había sido el elegido, pero la prueba fue demasiado grande para el solo y por eso se aferró al resto de la humanidad.

Recordarlo ahora como un personaje que tiene los ojos azules, con aspecto juvenil, recordar que mide 1,80, que pesa 75 kilos, no tiene ninguna importancia.

Investigar su carácter, su paso por la escuela, la infancia en Wapakoneta, Ohio, donde ya, por supuesto, tiene una calle con su nombre, no tiene gracia alguna.

Decir que fue audaz como piloto experimental en los temibles y punzantes aviones X-15, es sólo un mérito menor. Repetir que combatió en Corea y que su avión fue derribado, es un detalle que no enriquece para nada su personalidad.

Es ahora un viajero posiblemente infectado y tan curioso que hizo decir a Mark: —Mami, ¿cuál de esos tres hombres tan raros es mi papá? En la pantalla parecía un buzo con su escafandra igual que cuando caminó sobre la Luna junto a Aldrin como si tratara de interpretar los pasos de un desconocido baile cósmico.

El héroe sólo flaqueó cuando regresó a la Tierra, esa referencia remota que ahora servirá de trampolín para conquistar toda la profundidad de las estrellas. La TV se fijó en su rostro que mientras cumplía su tarea pare de acero, pero luego cuando regresó a la base terresto midió una vez más la pequeñez de los humanos. Nadie se asombró cuando Armstrong sollozó en una prueba de tierno orgullo del frágil astronauta terrícola valeroso com ninguno.